

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 26.

NUM. 310.

LA

ESPAÑA MODERNA

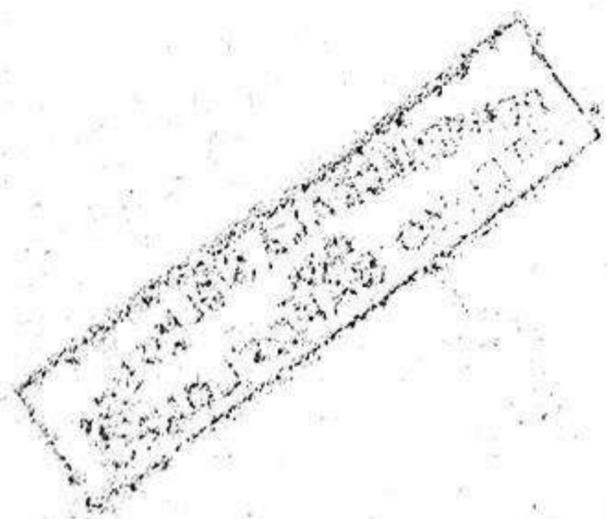
Director: JOSÉ LÁZARO

OCTUBRE 1914

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»

Calle López Hoyos, 6

MADRID



Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

Imp. y encuad. de Valentín Tordesillas, Tutor, 16, Madrid.—Teléfono 2.042.

LA REINA GOBERNADORA

CRÓNICAS POLÍTICAS DE 1833 A 1840

IV

Istúriz.—El motín de la Granja.—Calatrava y Mendizábal.—Jura de la Constitución de 1837.—Los carlistas en Torrelodones.—Incidentes políticos.—Bardaji, el Conde de Ofalia, el Duque de Frías y Pérez de Castro.

Istúriz era la personificación del partido *liberal moderado*, y su exaltación al Ministerio fue mal recibida por los elementos revolucionarios que venían transigiendo con Mendizábal, ante la esperanza de conseguir el restablecimiento de la Constitución de Cádiz.

Encontró en las Cortes el nuevo Ministerio (1) una fuerte oposición, debida a la solidaridad que a Mendizábal había ofrecido Caballero, con sesenta Procuradores amigos; y en vista de que la mayoría se le presentaba hostil, no tuvo más remedio que disolver las Cortes.

Demasiado comprendía Cristina que la determinación era violenta, y para disculparse hizo redactar a Istúriz un Manifiesto explicando los motivos de la disolución. En el documen-

(1) El Gabinete Istúriz duró desde el 15 de Mayo al 13 de Agosto de 1836.

to, que lleva la fecha de 22 de Mayo de 1836, hace la Reina, en breves párrafos, la historia de su gestión al frente del Estado, y en este punto Istúriz debió, indudablemente, ceñirse a las indicaciones de Cristina, resultando, por lo tanto, fiel expresión del pensamiento de aquella mujer.

Dice así:

«Españoles: Desde que, por fallecimiento de mi amado esposo (Q. E. E. G.), quedé encargada del gobierno de estos reinos durante la menor edad de mi muy cara y augusta hija la Reina Doña Isabel II, dediqué todos mis conatos a mirar por vuestra felicidad y asegurarla en cuanto me fuese posible. Convencida de que *la mayor fuerza del Trono consiste en tener por apoyo la verdadera opinión pública ilustrada e independiente*, fue mi principal cuidado, tanto en la elección de Ministros, cuanto en la adopción de las providencias que me proponían aquellos en quienes había depositado mi confianza, adquirir un cabal conocimiento de las necesidades, de los *justos deseos* y del *bien entendido interés del pueblo*, cuyo gobierno me está encomendado, para *satisfacer* las primeras, *acceder como conviniese* a los segundos, y por estas vías promover y afianzar sólidamente el tercero. Al convocar las Cortes por el Estatuto Real de 10 de Abril de 1834, obrando con arreglo al consejo de quienes formaban entonces el Ministerio, traté de dar a las leyes fundamentales de la Monarquía, en lo tocante a los Cuerpos coparticipantes de la potestad legislativa, una composición y forma muy semejantes a las hoy admitidas en naciones ilustradas y felices, y, según la más fundada presunción, muy convenientes al estado de España.

•Recompensó por algún tiempo la satisfacción pública mi afán y desvelo por vuestro bien; juntas las Cortes, a su espíritu e índole estuvo atemperada la conducta de mi Gobierno, porque así era mi inclinación y mi idea de lo que más convenía al Estado.

•Pero, de repente, irritados los ánimos por los sucesos de la guerra civil, y engendrando la irritación desconfianza, ocu-

rrieron movimientos, alteraciones y disensiones, cuyo crecimiento fue rápido y terrible. Atenta yo siempre al bien público, sin ceñirme a las rígidas formas legales, cuando vi a la Nación deseosa de ciertas reformas en su legislación política, me apresuré con gusto a seguir y mandar llevar a efecto los consejos de quienes, *sin sacrificios grandes y perniciosos de la prerrogativa Real*, me propusieron medio de conciliar opiniones desavenidas, de sentar sobre nuevos cimientos la paz y las esperanzas de vuestra felicidad venidera.

»Deseando, sobre todo, la conservación de bienes tan costosamente adquiridos, cuando recelé nuevas conmociones en el Estado puse, por medio de la disolución de las Cortes, a la Nación por árbitra de la diferencia de opinión ocurrida entre mis Consejeros responsables y los Procuradores del pueblo.

»Cuanto llevo enumerado he hecho yo, españoles, por vuestro bien, por el de mi augusta hija, que es el mismo, por *el interés del Trono y de la Nación, que es indivisible*; y lo he hecho con el placer más puro, y lo haré, si necesario fuese, de aquí adelante. Guiada por estos deseos, cuando habiendo salido fallidas muchas esperanzas, y no pudiendo yo satisfacer a propuestas cuyo fundamento no era a mis ojos la justicia ni la conveniencia pública, su inseparable compañera, me vi en el caso de aceptar la dimisión de los que entonces componían el Ministerio, y elegí por sus sucesores a hombres cuya vida política les había granjeado la confianza de los amantes de la libertad más apasionados.»

Después de esto, y aquí entra ya el criterio de Istúriz, se acrimina la conducta de la mayoría del Parlamento, movida, *no por amor de justicia, sino por aversión a personas*, pretendiendo demostrar que la disolución de las Cortes había sido un acto realizado en beneficio del país.

Hemos subrayado algunas frases del Manifiesto para que el lector se fije en ellas por su marcado sabor absolutista, de mal efecto en aquellas circunstancias, como se verá más adelante; pues cuando el elemento liberal exaltado suspiraba, acertada-

mente o no, por la Constitución de Cádiz, no era ocasión propicia para desilusionarle.

Efectivamente, el 25 de Julio se sublevó Málaga, y a poco siguieron su ejemplo Granada, Cádiz, Sevilla, Córdoba, Huelva y Zaragoza, donde nada menos que el General D. Evaristo San Miguel fue nombrado Presidente de la Junta revolucionaria.

*
* *

El 12 de Agosto de 1836, a eso de las nueve de la noche, después de haber acostado a sus hijas, hallábase Cristina en una de las habitaciones del Palacio de la Granja, entreteniendo la velada en hacer comentarios sobre la guerra civil, que era, naturalmente, la preocupación de la Reina Gobernadora. Formaban la tertulia D. Miguel Barrio y Ayuso, Ministro de Gracia y Justicia; el Duque de Alagón; el Marqués de Cerralbo, Caballerizo mayor; el Conde de San Román, Comandante general de la Guardia provincial, y algunas otras personas de la alta servidumbre de la Real Casa.

Aun teniendo cerrados los balcones, pues suele obligar a ello por las noches el fresco húmedo que producen los jardines, percibieron hacia la parte de la población un murmullo confuso, como de gente amotinada, que se iba acercando con cierta celeridad, y que producía en el ánimo de Cristina y sus contertulios la consiguiente alarma. A poco rato, apareció delante del palacio un grupo numerosísimo de soldados dando vivas a la Constitución y disponiéndose a forzar las puertas de hierro que dan entrada a los jardines, como lo consiguió en breve espacio de tiempo. Eran los granaderos del primer regimiento de Provinciales de la Guardia, sublevados contra el Gobierno y que pretendían imponerse a Cristina, obligándola a restablecer la Constitución de 1812.

San Román, comprendiendo el peligro que la Reina corría en aquellos momentos, bajó precipitadamente al vestíbulo, y,

exponiendo su vida al mezclarse con los sublevados, trató en vano de impedir que subieran al piso principal; pero pudo lograr que no se presentaran en tropel, sino que nombrasen una comisión, compuesta de cabos y sargentos, a fin de que conferenciase con la Gobernadora.

Cristina, en pie, teniendo a su espalda las personas que hemos nombrado al principio, y que experimentarían en aquel caso insólito cierto recelo respecto de las intenciones que animaban a los individuos de la comisión, recibió a ésta, demostrando una tranquilidad que seguramente no sentiría. Iba a la cabeza de los amotinados el sargento Higinio García, quien expuso, con premiosas e incorrectas frases, pero claras y categóricas, que el Ejército y el País pedían el restablecimiento de la Constitución de Cádiz.

Contestó la Gobernadora, dando a su voz un timbre indefinible de dulzura, que el asunto era privativo de las Cortes, próximas ya a reunirse, y que ellas, como representación del País, lo determinarían; pero no satisfizo a la mayoría de la comisión tan vaga promesa, y, después de sostener un altercado con Cristina, ésta tuvo que acceder a la petición de los sublevados, prometiendo expedir el Real decreto que solicitaban, a reserva de que en su día lo sancionase el Parlamento.

Quedaron conformes, al parecer, sargentos y cabos con la proposición de la Reina; mas ya en el piso bajo, algunos hicieron presente su recelo de que la promesa se pudiera desvirtuar al correr de los días, estimando que se debería haber exigido de la Gobernadora el Decreto firmado, única solución positiva que podía tener el alzamiento revolucionario, por lo que se acordó en definitiva volver a subir y recabar el anhelado Decreto, sin contemplaciones ni distingos.

Se escaparon algunos tiros de entre la fuerza sublevada, que impaciente esperaba en los jardines el resultado de la conferencia con la Reina, y ésta, naturalmente, alarmada, se apresuró a disponer la traslación de sus hijas a una habitación interior, pues la alcoba donde dormían no ofrecía seguridades

para el caso de que el edificio fuese tiroteado por la tropa insurrecta.

Mala impresión debió recibir Cristina cuando se encontró segunda vez en presencia de los sargentos; pero supo dominarse, y les recibió afable, como siempre, accediendo, después de discutir con García, con otro sargento llamado Juan Lucas y con un tambor de Provinciales, a firmar el documento, redactado delante de todos por Izaga, el alcalde del Real Sitio, a causa de que Barrio y Ayuso, el único Ministro que allí se encontraba, había presentado la dimisión de su cargo.

Decía así el Decreto:

«Como Reina Gobernadora de España, ordeno y mando que se publique la Constitución del año 1812, en el ínterin que, reunida la Nación en Cortes, manifieste expresamente su voluntad, o dé otra Constitución conforme a las necesidades de la misma.» Y la Reina lo firmó con pulso sereno.

Acto seguido, prestaron los juramentos de rúbrica los jefes de Palacio; el regimiento sublevado hizo lo propio a la puerta del cuartel, frente a su bandera; y Cristina, segura ya de que la población estaba tranquila, se retiró a descansar.

Eran las cuatro de la madrugada.

El día 14, por la tarde, celebró Cristina en Palacio una junta, a la que asistieron el embajador de Inglaterra, Mr. Villiers; el enviado extraordinario de Francia, M. Boix Le-Conte, por hallarse gravemente enfermo el conde de Bayneval (1); Barrio Ayuso y el Ministro de la Guerra, Méndez Vigo, que minutos antes había llegado de Madrid. Todos aprobaron la conducta de la Reina, cuya voluntad había quedado anulada ante la imposición de los sublevados.

Como los sargentos entraban y salían con entera libertad en Palacio, el día 14, a media noche, habiendo sabido que el Ministro de la Guerra iba a tomar el coche para Madrid, en aquellos momentos, acudieron a S. M. protestando del viaje,

(1) Falleció el día 16.

si no lo verificaba Méndez Vigo acompañado de dos individuos escogidos entre los sargentos sublevados. Hubo que transigir con todo; pero lo más curioso es que habiendo Cristina hecho la indicación de que uno de los acompañantes fuera el Higinio García, éste, vivamente emocionado, se excusó en estos términos:

«Señora: después que yo he sido el que ha hecho la revolución, pues ya se puede decir no se fían de mí, porque dicen que estoy de complot con V. M. para engañarlos.» Y se dejó caer sollozando en un sillón. La Reina tuvo que reirse de la simplicidad de aquel pobre hombre.

El General Rodil, que había llegado a la Granja, se puso *motu proprio* al mando de las fuerzas militares, y salió con ellas llevando a su lado al sargento García, que no quiso ceder el puesto preeminente que le correspondía.

A la Reina también se la permitió venir a Madrid con sus hijas, y habiendo alcanzado en Torrelodones los coches de la comitiva real a los batallones insurrectos, quisieron los soldados que Cristina hiciera con ellos su entrada en Madrid; pero desistieron de su propósito al exponerles verbalmente la interesada, con aquella sonrisa angelical constantemente dibujada en sus labios, las molestias que le iban a hacer sufrir, obligando a llevar los carruajes al paso de la tropa.

La Gobernadora y sus hijas llegaron a Madrid el día 17, a las seis de la tarde.

*
* *

No hubo más remedio que nombrar un Ministerio francamente liberal, y, con buen acuerdo, Cristina entregó los poderes a D. José María Calatrava (1), hombre sensato, cuyos antecedentes no podían inspirar sospechas a los constitucionales. Había sido diputado en las Cortes de Cádiz, por lo que Fernando VII le tuvo ocho años en el penal de Melilla; durante

(1) Fue Presidente desde 14 de Agosto de 1836 a 18 de Agosto de 1837.

la época revolucionaria de 1820 a 1823, volvió a figurar en las Cortes y fue Consejero del Supremo; desterrado al venir la reacción, viajó por Inglaterra y Francia hasta la regencia de Cristina, quien le abrió las puertas de la patria. Tenía a la sazón cincuenta y cinco años, y era orador notable aun al lado de Martínez de la Rosa, del Conde de Toreno, de Alcalá Galiano y de D. Joaquín María López.

Calatrava encargó la cartera de Hacienda a Mendizábal, y ya tuvimos otra vez a este hombre siendo el árbitro de la política española, porque sabía imponerse a sus compañeros por la firmeza de su carácter y su inquebrantable propósito de reformas.

Durante su tiempo se decretó una quinta de 50.000 hombres, con la exención a metálico de 3.000 reales; la movilización de los milicianos nacionales de diez y ocho a cuarenta años, solteros y viudos sin hijos, también con exención a metálico de 1.500 reales para Infantería y 2.000 para Caballería; se pidió un *anticipo* de 200 millones de reales, con el interés de 9 por 100 anual, pagadero por cuartas partes de Octubre a Enero, y reintegrable de 1837 a 1840 por medio de pagarés que se admitían en pago de contribuciones; y se estableció una rebaja gradual en los sueldos de los empleados públicos, desde el 3 al 25 por 100 (1).

El estado de la Hacienda era cada vez más afflictivo, pues en el presupuesto de 1837 ascendieron los gastos a 1.570 millones de reales, llevándose sólo Guerra 774. El déficit pasaba de 1.000 millones de reales.

Como Mendizábal había vivido su primera época dedicado a los negocios, han supuesto algunos que aprovechó su estancia en el Ministerio para realizar operaciones ventajosas en beneficio suyo particular. Javier de Burgos, en su obra *Anales del reinado de Isabel II*, se hace eco de estas murmuraciones, llevado de su apasionamiento político; pero la Historia debe

(1) Ese buen recuerdo deben guardar de Mendizábal los funcionarios públicos.

reivindicar el buen nombre de Mendizábal en este concepto, habiéndose demostrado que dijo la verdad al manifestar en una sesión del Congreso, hacia Mayo de 1837, «que había perdido la fortuna con su elevación al poder, y que no dejaría a su familia otra herencia que las lágrimas». Javier de Burgos era un hombre de talento y de gran ilustración, pero vanidoso; así es que, según su libro, en aquella época no hubo en España más que un hombre político de valía: él. La crítica de este escritor adolece de falta de imparcialidad, aun dando de bueno lo difícil que nos es a todos sustraernos a la influencia de nuestras convicciones o nuestras conveniencias.

*
* *

La pesadilla de Cristina, en 1837, era la Constitución de Cádiz, y deseaba a todo trance que desapareciera legalmente, formando otra que modificase algunos de los puntos del Código de 1812; pero el Gobierno estaba rehacio para acometer la empresa, por temor a producir recelo entre las masas populares. Sin embargo, tales debieron de ser las instancias de la Gobernadora, que los Ministros se decidieron a presentar el proyecto de Constitución, y habiendo comenzado a discutirlo en 30 de Marzo, quedó aprobado en cuarenta días.

Satisfecha Cristina del resultado, quiso prestar en seguida el juramento al nuevo Código político, y señaló para realizar este acto solemne el día 18 de Junio. Un escritor, contemporáneo de aquellos sucesos, poco afecto a Cristina, describe con notoria espontaneidad la ceremonia, y a su descripción nos atenemos copiando los párrafos que hemos conceptuado de más interés (1):

«Cuando llegó el 17 de Junio, y cundió por Madrid la nueva de que la Gobernadora iba en el siguiente día a prestar *libre y espontáneo* juramento a la nueva ley fundamental, ya todo se olvidó; los liberales no volvieron la vista a examinar

(1) *Galería militar contemporánea*. Madrid, 1846.

la anterior conducta de Cristina, y sólo conocieron actualmente en ella la dispensadora de un gran beneficio. Cobraron expansión los ánimos, el júbilo se apoderó de los corazones, y sólo la ansiedad y la impaciencia podían ponerles límites.

»Llegó el día 18; un sol puro y radiante arrojaba torrentes de luz por todo el disco horizontal; un gentío inmenso discurría por las calles y plazas; el entusiasmo público había adquirido creces y mayores medros. Eligióse para la ceremonia del juramento el salón de las Cortes, y la carrera desde este sitio hasta Palacio estaba lujosamente colgada y entoldada, cubriéndola la guarnición y Milicia nacional en toda su extensión. Desde las nueve y media, un inmenso gentío se agrupaba alrededor del edificio de las Cortes, ansioso de ocupar las tribunas destinadas al público espectador, y apenas se abrieron las puertas, cuando todas las localidades se vieron inundadas por los concurrentes.

»A las doce y media el Congreso estaba reunido, siendo su Presidente el Sr. D. Agustín Argüelles. El continente grave y reposado de los Diputados anunciaba una especie de felicidad concentrada e intensa. Un silencio casi religioso, solemne, dominaba en aquel recinto; a poco rato, el Portero mayor entregó al Presidente una carta autógrafa de S. M. la Reina Gobernadora; esta novedad llamó la curiosidad de los Diputados y espectadores; hacíanse largos comentarios sobre el contenido de aquel escrito; la zozobra, el temor y la inquietud habían herido rápidamente el corazón de los circunstantes, cuando el Presidente disipó las dudas y recelos leyendo la carta. En ésta la Reina Cristina manifestaba al Congreso *que el juramento que iba a prestar a la Constitución de 1837 era de su real agrado, que sería la primera en respetarla y sostenerla, y que en el caso que faltase a alguno de sus artículos no quería ser obedecida.* Al concluirse la lectura, el Sr. Argüelles, con los ojos bañados en lágrimas, exclamó: «¡Qué Reina tan magnánima!» Esta expresión y el halagüeño contenido de la carta produjeron una sensación tal en el ánimo de los Diputados y en el de

los concurrentes, que les hizo prorrumpir en vivas a Cristina.

Las dos era la hora señalada para efectuar la ceremonia, y a la una y media salió Cristina del Real Palacio, en la *carroza de los dos mundos*, llevando consigo a la inocente Isabel (1), quien se presentaba por primera vez en los actos públicos. Precedíanla los Infantes D. Francisco de Paula y D.^a Luisa Carlota, y una brillante comitiva con lujo y esplendor dignos del más poderoso monarca. Al verse rodeada Cristina de tanta pompa y magnificencia, de un pueblo tan entusiasta y leal, y de un Ejército y Milicia nacional tan numerosos, debió experimentar las ideas más halagüeñas y lisonjeras para el porvenir, porque, al parecer, aquel pueblo olvidaba sus precedentes, y la tributaba la inestimable ofrenda de sus cordiales afectos. Además, Cristina en aquel tiempo estaba en el apogeo de su belleza (2), y esto le daba poder para dominar y arrostrar hacia sí recónditas simpatías del corazón humano.

»Luego que la regia comitiva llegó al Palacio de las Cortes, salió a recibir a SS. MM. la Comisión nombrada al efecto, y al entrar en el salón fueron saludadas por los Diputados y concurrencia con estrepitosas aclamaciones.»

El discurso contiene esas generalidades, esos lugares comunes que se han utilizado siempre en este género de escritos; pero sobresale entre sus párrafos uno curioso que no podemos resistir la tentación de copiar.

«La Reina de las Españas, aunque en edad tan corta, debía asistir a este solemne acto. Ya los albores de la razón comienzan a rayar en ella, y un espectáculo tan noble y tan grandioso se imprimirá con más viveza en su tierna fantasía, al paso que su inocencia y sus gracias añadirán interés, y darán, si es posible, mayor fuerza a nuestros recíprocos juramentos. Colocada en medio de la Representación nacional, amparada y de-

(1) Tenía seis años y ocho meses.

(2) Tenía treinta abriles, y bien se puede afirmar, porque había nacido en el mes de Abril.

fendida por la lealtad española, es como si estuviese en presencia de todo su pueblo, como si alzada fuera y proclamada en el antiguo escudo de los reyes sus antepasados. Acostúmbrase desde ahora a vivir entre vosotros, a oír vuestros consejos, a penetrarse de vuestro bien, a procurarlo con todas las potencias de su alma. Ella es la heredera que el cielo concedió a los votos de los españoles; ella es la *alumna de la libertad*, educada a la sombra de sus leyes protectoras; que su primer sentimiento sea venerarlas, su principal deber cumplirlas, su incesante anhelo defenderlas.»

La nota cómica del discurso, pues entonces, como hoy, los actos más solemnes habían de dar motivo al humorismo, fue la ocurrencia de llamar *alumna de la libertad* a la Reina niña, y parece que la gente de buen humor le sacó punta a la frase.

*
* *

Las cosas de la guerra andaban muy por lo mediano, sin que uno ni otro bando obtuviese ventajas positivas de la fortuna; pero la prolongación del alzamiento carlista constituía ya un aliciente para los partidarios de D. Carlos.

Allá por el mes de Julio, el cabecilla Zariátegui formó una división con objeto de internarse en Castilla y llegar hasta la Corte, si encontraba compostura favorable; consiguiente a este propósito se presentó, el 4 de Agosto de 1837, a las puertas de Segovia, que no pudo defenderse, y cayó, por lo tanto, en poder del ejército carlista, saqueándola horriblemente.

Ya supondrá el lector el mal efecto que la noticia produciría en Madrid, y el pánico que causaría en sus habitantes, conociendo todos que la población no tenía condiciones de defensa, ni fuerzas militares suficientes para impedir el asedio (1). Pero era necesario prepararse, y, al efecto, se distri-

(1) Del Ejército no había aquí más que un batallón del regimiento de la Reina Gobernadora, un escuadrón de Lanceros y dos baterías de Artillería.

buyeron las compañías del Ejército y de la Milicia nacional en los puntos estratégicos, formándose, para conservar el orden en el interior de la villa, unos retenes de *vecinos honrados*, a fin de infundir cierta tranquilidad a los que no eran hombres de armas tomar. A la cerca que en algunos puntos existía de tiempo atrás para impedir la entrada clandestina de los artículos que devengaban *derechos de puertas*, se le concedieron los honores de muralla, lo mismo que a las tapias del Retiro, Moncloa, Casino de la Reina y otros jardines resguardados de igual manera por la parte que daba al campo; y al efecto, en estos muros se abrieron aspilleras a proporcionada altura para disparar los fusiles contra los sitiadores. Nosotros, en nuestra niñez, hemos tenido ocasión de ver aun abiertos los boquetes de 1837.

Los Generales Méndez Vigo y Azpiroz, que operaban en Castilla, se unieron para cortar el paso a Zariátegui, y Espartero se aproximó a Madrid, viniendo por Guadalajara; de suerte que el plan ideado por los carlistas iba a tener para ellos un fatal y triste desenlace; sin embargo, la situación era verdaderamente crítica, y la Reina experimentaba la angustia y el decaimiento moral consiguientes al desarrollo de los sucesos, poco favorables a la causa de Isabel II.

Conjeturando que Zariátegui tenía que venir por el camino de Segovia, constantemente había en los balcones altos de Palacio algún empleado observando, con un anteojo de larga vista, el campo que media entre Madrid y la sierra de Guadarrama, en la seguridad de descubrir las fuerzas carlistas, merced a la situación que ocupa el Real Alcázar.

El día 11 de Agosto se divisaron los soldados del ejército liberal, que se situaban entre las Rozas y Torrelodones, formando parapetos y baterías a cubierto para contener el paso de los carlistas. Avisada Cristina, subió anhelante al balcón que servía de observatorio terrestre, y pudo apreciar por sus ojos la situación de las tropas que la defendían.

A eso de las tres de la tarde vió que venían, como de To-

rrelodones, los carlistas, y que rompieron el fuego, haciendo retirarse a los soldados de las avanzadas, que se replegaron hacia las Rozas.

Este primer movimiento llenó de consternación a la Gobernadora, pues supuso que las fuerzas liberales no iban a ser suficientes para contener el ímpetu de los soldados de Zariátegui; pero cerca del anochecer volvió a brillar la alegría en el semblante de Cristina, viendo que los carlistas abandonaban el campo y retrocedían a Torrelodones.

Méndez Vigo y Azpiroz habían hecho desocupar las primeras posiciones, a fin de traer al enemigo a un terreno en donde podía jugar satisfactoriamente la artillería. Zariátegui, comprendiendo el ardid preparado por los Generales isabelinos, se vió obligado a desistir de su propósito de venir sobre Madrid, y se replegó otra vez en Torrelodones, emprendiendo luego el camino de las provincias del Norte.

Espartero entró en Madrid al día siguiente, y el conflicto quedó conjurado; pero Cristina se había llevado un susto de marca mayor.



La desunión de los liberales se acentuaba cada vez más, en perjuicio de la causa común que defendían. El 16 de Agosto de 1837, a raíz de los sucesos que acabamos de referir, los Oficiales de la división que se había situado en Aravaca y Pozuelo para contener el avance de Zariátegui, se sublevaron, pidiendo la destitución del Ministerio por medio de una manifestación escrita, dirigida a la Reina, que se vió obligada a condescender, encargando la Presidencia del Consejo a D. Eusebio Bardají y Azara (1), un catalán muy listo y muy ilustrado, ya hombre de sesenta y un años, que había sido Diputado doceañista y *corrido Cortes*, como se decía entonces, por haber estado de Secretario de nuestra Legación en Viena, y

(1) La desempeñó desde 18 de Agosto a 16 de Diciembre de 1837.

de Embajador en Turín y en Londres. Bardají resultaba un buen Ministro de Estado; pero no tenía talla política, ni condiciones para dirigir el Gobierno en aquellas difíciles circunstancias.

Cristina se había percatado de que iba perdiendo popularidad; por esto le dijo a D. José Landero en aquellos días: «Si mi presencia a la cabeza del Gobierno puede ser motivo de disturbios, o causar algún embarazo a que la Nación marche por la senda de su bienestar, estoy pronta a separarme.» Conviene que el lector no olvide estos conceptos, que deberá recordar al leer los acontecimientos de 1840.

Seoane calificó duramente en el Congreso la conducta de los Oficiales sublevados en Pozuelo, y éstos le exigieron una reparación en el llamado terreno del honor, teniéndose que batir aquel Diputado con un tal Manzano, en representación de sus compañeros (1).

Espartero publicó un manifiesto rebatiendo, o procurando rebatir, los cargos que Seoane había lanzado contra los Oficiales, lo cual produjo en los maliciosos la sospecha de que el General quizá no fuera del todo ajeno a la conspiración.

La marcha de la política iba tomando mal aspecto para la Reina Gobernadora. Primeramente, unos sargentos imponen su voluntad a Cristina, haciéndola cambiar el Ministerio, y luego unos Oficiales se sublevan con iguales pretensiones. Siguiendo en progresión—debió pensar ella,—la escala de la jerarquía militar, el día en que se subleve un General, no se contentará con la destitución de los Ministros, y pedirá mi destierro.

Bardají, sin embargo de sus excelentes prendas personales, carecía de simpatías entre los elementos liberales exaltados, y no contaba con mayoría en las Cortes, por lo que tuvo

(1) Fueron padrinos: el Coronel Córdova (hermano del General), por Manzano; y el ex-Ministro de la Guerra, Conde de Almodóvar, por Seoane. Resultó éste levemente herido.

que presentar la dimisión, reemplazándole D. Narciso de Heredia, Conde de Ofalia (1), que venía a ser la segunda edición de Bardají, pues tenía hasta la misma edad, y pertenecía también a la carrera diplomática, habiendo estado de Secretario en la Embajada de los Estados Unidos y de Embajador en Londres y París.

Cristina no ignoraba que el nuevo Presidente del Consejo de Ministros tenía un criterio contemporalizador. Hallándose Ofalia de Embajador en París durante los últimos años del reinado de Fernando VII, deseaba inclinar el ánimo del Rey en favor de las reformas políticas, pues había tenido ocasión de apreciar la evolución que iban sufriendo las ideas de gobierno entre los estadistas conspicuos de Europa. A este fin, pretextando una consulta diplomática, vino a Madrid y celebró varias conferencias secretas con el Monarca, a las que no sería ciertamente ajena la Reina Cristina; pero Calomarde, percatado del complot, tomó cartas en el asunto, y ordenó al embajador que saliese con viento fresco para su Embajada. Lo extraño es que Fernando VII, conociendo el criterio político del conde de Ofalia, le nombrase Secretario del Consejo de Gobierno que dejó instituido en su testamento para que asesorase a la Reina Gobernadora en los asuntos de importancia.

Las reformas que deseaba Ofalia en tiempo de Fernando se habían realizado con creces; de suerte que su cometido como Presidente del Consejo de Ministros se reducía a sostenerlas o quizá a restringirlas. Véase por dónde el antiguo *progresista* se había convertido en moderado sin cambiar de opinión.

El problema político se iba enmarañando cada vez más; la guerra civil no se podía dominar, a causa del apoyo que a los carlistas prestaba, forzoso es confesarlo, gran parte del país; la masa revolucionaria, numerosa también, ansiaba reformas radicales a todo trance, y las arcas del Tesoro se hallaban

(1) Desde 16 de Diciembre de 1837 a 6 de Setiembre de 1838.

exhaustas. Aquí hacía falta una inteligencia superior, un hombre prestigioso, de carácter enérgico, que supiera encauzar el desbordado torrente de las pasiones políticas; pero la veleidosa fortuna no quiso otorgar este favor a los españoles. Ofalia, dotado de una buena fe, que todos estaban prontos a reconocer, podía hacer poco, y además, para colmo de desdichas, se le presentaron contrariedades de difícil resolución, tanto para él como para cualquier otro que hubiera ocupado el Poder.

Cuéntase que la Infanta Doña Luisa Carlota, aquella que por afecto a Cristina había dado una bofetada a Calomarde, como recordará el lector, hubo de enemistarse con su hermana por causas que no están positivamente descubiertas; pero se decía entonces, y un escritor verídico lo afirma (1), que Cristina había escrito, en 1836, una carta, en italiano, a la Doña Luisa Carlota, manifestándola que *su augusto esposo, al morir, la había recomendado mucho casase a Isabel II con un hijo de Don Francisco, y que estaba muy dispuesta a llevar a efecto su voluntad*. Cuéntase también que Cristina, por efecto de circunstancias desconocidas, había cambiado de modo de pensar, y en la época que vamos historiando tenía otros proyectos de matrimonio para su hija, a los que no era extraño Luis Felipe de Francia (2). Quizá todo fuera invención, quizá fuera cierto; lo que no ofrece duda es la desavenencia surgida entre Cristina y su hermana, hasta el punto de que Doña Luisa Carlota y su esposo fueron desterrados de España, dándoles los pasaportes el Conde de Ofalia. Veamos la causa, que es curiosa. Veía la luz, por entonces, un periódico titulado *El Graduador*, que publicó

(1) Pirala: *Historia de la Guerra civil y de los partidos liberal y carlista*.

(2) Ya por Agosto de 1835 corrieron voces de que, por mediación de Lord Elliot, se había convenido el casamiento de la Reina Isabel con el hijo mayor del Pretendiente; pero la *Gaceta*, en un suelto oficioso, dijo: *Estamos autorizados para desmentir de la manera más explícita esta patraña, tan absurda como ridícula*. No sabemos lo que haya de verdad en el asunto.

algunos artículos, no ya contra el Gobierno, sino también contra la persona de la Gobernadora; tan descaradamente hostiles a ésta, que fue preciso suspenderle; y como las autoridades no se andaban con paños calientes, encarcelaron a los redactores (1). El periódico estaba protegido por los citados Infantes, quienes se habían puesto de parte de los liberales exaltados, dando un mentís a las conjeturas de la lógica, pues el Infante Don Francisco de Paula era el único individuo de la Familia Real que por las Cortes de Cádiz había sido excluído de la sucesión a la Corona de España. Probada la intervención que, más o menos directamente, había tenido dicho señor en las inspiraciones que recibía la publicación, se creyó oportuno alejarle de España en compañía de su esposa. Los murmuradores se pusieron de parte de los expatriados, dedicando a Cristina las más acervas censuras.

El Gobierno, la entidad que lleva este nombre, venía careciendo de prestigio desde Zea Bermúdez, esto es, desde los primeros momentos de la Regencia, sin que se pudiera atribuir la causa a determinadas personalidades. Ofalia no supo o no pudo rehacer la opinión, que estaba ya predispuesta justificadamente en contra de todos los Ministros que, durante cinco años, habían dirigido la gobernación del Estado, y se encontraba, por lo tanto, envuelto en el anatema. La desastrosa acción de Maella (Aragón), donde los soldados de Cabrera consiguieron una victoria indiscutible sobre el ejército liberal, dando muerte al valeroso General Pardiñas, vino a colmar la impopularidad del Ministerio, y un motín, que se desarrolló en las calles de Madrid, durante la noche del 29 de Agosto de 1838, pidiendo la destitución de Ofalia, hizo que éste presentara la dimisión.

Le reemplazó D. Bernardino Fernández de Velasco, Duque

(1) No hemos encontrado en las bibliotecas de Madrid el periódico *El Graduador*, y, por lo tanto, no podemos saber qué es lo que dijo de Cristina.

de Frías, de Uceda y de Escalona; Marqués de Villena, de Berlanga, de Caracena, de Frechilla, del Fresno, de Frómista, de Jarandilla, de Toral, del Villar y de Viana; Conde de Haro, de Alba de Liste, de Alcaudete, de Colmenar, de Deleitosa, de Fuensalida, de Luna, de la Puebla de Montalbán, de Oropesa, de Peñaranda de Bracamonte, de Pinto y de Salazar.

Había sido Capitán de Dragones de la Reina, Coronel del regimiento de Pavía, y luego Embajador en Londres y en París. Era un cumplido caballero, ilustrado y amable. Todas estas condiciones no bastaban para ser Jefe de un Gabinete en circunstancias excepcionales; así es que el Duque, atribulado un día, después de cambiar impresiones con los ex-Presidentes del Consejo, Martínez de la Rosa, Mendizábal, Istúriz, Calatrava, Bardají y Ofalia, quienes, sin duda alguna, le matarían las ilusiones que pudiera abrigar, presentó la dimisión a los tres meses de ejercer el cargo (1).

Aquí de los apuros de Cristina. Espartero no quería ser Ministro, rechazando siempre el cargo cuantas veces se le había ofrecido (2), y, sin embargo, excitaba indirectamente las pasiones de militares y paisanos en contra de todos los Ministerios. Frente a él, apareció el General Narváez, entorpeciendo también la marcha de los Gabinetes y removiendo los elementos díscolos del país. El partido *liberal-moderado* prescindió del primer adjetivo de su título, y reorganizado por Martínez de la Rosa y el Conde de Toreno, prestó su incondicional apoyo a Ofalia, aunque sin resultado positivo, pues los elementos progresistas, vencidos en el Congreso, apelaron a los motines de las calles, con el fin de derribar al Ministerio, según hemos visto.

(1) Se le había nombrado en 6 de Setiembre de 1838, y dimitió en 9 de Diciembre siguiente.

(2) Una nota equivocada nos hizo decir, en nuestro libro *Isabel II, íntima*, que Espartero había llegado á desempeñar la cartera de Guerra con anterioridad a 1840. Sirva esta nota de rectificación.

Para defender sus ideales el nuevo partido *moderado* formó la *Sociedad Jovellánica*, en que figuraban Martínez de la Rosa, Miraflores, Córdova, Donoso Cortés, Istúriz, el Conde de Clonard, Alcalá Galiano, Castaños, Patricio Escosura y otros personajes políticos menos conocidos. Esta sociedad tenía por objeto: restablecer el Estatuto Real, puro y neto; combatir toda idea o doctrina de libertad popular, y no transigir con el restablecimiento de la Constitución de Cádiz. Su lema era, según el manifiesto impreso que publicó, y que tenemos a la vista:

*Nosotros somos los buenos;
nosotros solos, ni mas ni menos.*

*
* *

La Reina estaba perpleja, y no sabía con qué carta quedarse, pues comprendía que la unión de los partidos, cuando les separan doctrinas fundamentales y contrarias, es un imposible que no se ha realizado nunca más que para derribar a un Gobierno. Las coaliciones, ni pueden ser duraderas ni definitivas. Cristina, que tuvo en un principio amor a las reformas, llegó, no cabe duda, a cobrarlas miedo, y ante la falta de verdaderos hombres de Estado, se inclinaba, en cierto modo, a los elementos *moderados*, en los que encuentra más facilidad la gestión de cualquier Gobierno.

Después de vacilaciones sin cuento, se decidió por este último sistema, y entregó el Poder a D. Evaristo Pérez de Castro (1), doceañista, hombre de edad madura, pues contaba sesenta y seis años; diplomático acreditado, y uno de los muchos que, siendo liberal en tiempo de las Cortes de Cádiz, rectificaron sus ideas, simpatizando con los *jovellanistas*.

La única gloria del Ministerio Pérez de Castro fue el Convenio de Vergara con que se dió por terminada la guerra ci-

(1) Fue Presidente desde 9 de Diciembre de 1838 a 20 de Junio de 1840.

vil; aunque, en honor a la verdad, la obra se debió única y exclusivamente a Espartero, que la realizó, y a Cristina, que instigaba a todos constantemente para que se acabase, por cualquier medio, aquella lucha fratricida.

Bien conocida es la anécdota que se refiere a una célebre frase de la Reina cuando Alaix, el Ministro de la Guerra, fue a Palacio a presentarla una carta de Espartero, en que pedía seis millones de reales para satisfacer las pagas de los Oficiales y soldados carlistas adheridos al convenio, cantidad que no podía el Gobierno proporcionar con la urgencia que el caso requería. Enterada de ello Cristina, dió orden verbal a Gaviría, su tesorero, para que le entregase al Ministro los seis millones, y volviéndose a éste, le dijo sonriendo: *Hasta la camisa*.

A pesar del favorable acontecimiento del convenio de Vergara, pasada la primera impresión, el Gobierno quedó como estaba, sin fuerza moral y con pocas o ningunas simpatías, por lo que tuvo que cerrar las Cortes para poder vivir.

Así las cosas, el Brigadier D. Francisco Linage, Secretario de campaña del Duque de la Victoria, publicó en el *Eco del Comercio* un comunicado, haciendo, en nombre de Espartero, declaraciones contrarias a la marcha que seguía el Gobierno, y censurando la disolución de Cortes. El documento vino a caer como una bomba en el Ministerio, al punto de que se creyeron obligados sus individuos a presentar la dimisión, que no fue admitida. Aquí ya se traslucieron las intenciones de Espartero, a pesar de haber rechazado varias veces la cartera de Guerra y aun la Presidencia del Consejo: por lo visto aspiraba a más.

Lo peregrino del caso era que el Duque, por boca de Linage, se condolía de la desunión de los partidos, y en este caso venía él a caer en el defecto que censuraba. Pirala, entusiasta de Espartero, defiende el acto realizado por éste; Cristina no creemos que fuese de la misma opinión. Ella, que tantos honores había concedido al General, quizá no esperase una acometida tan brusca e inoportuna.

En 1.º de Mayo de 1838 le había hecho Capitán general, y no le regateamos el merecimiento.

En 11 de Diciembre de aquel año le nombró Comandante general de la Guardia exterior del Real Palacio; pero Espartero, en la idea de que el nombramiento era un ardid para quitarle el mando de las fuerzas que tenía a su cargo, declinó en 21 de aquel mes el honor que se le confería.

En 1.º de Junio de 1839 le hizo Cristina Grande de España de primera clase, con el título de Duque de la Victoria, quedando exento de pagar los derechos correspondientes (1).

En 18 de Enero de 1840 le confirió el mando de las fuerzas militares que operaban en Cataluña, Aragón y Valencia, para exterminar las partidas carlistas que quedaban por aquellas comarcas.

En 3 de Junio del mismo año le concedió el Toisón de oro y el Ducado de Morella.

Y, por fin, en 20 de Agosto siguiente, al dar nueva organización a los ejércitos de Cataluña, Centro y Norte, quedó al frente de todos el Duque de la Victoria, con lo cual puso Cristina en manos de Espartero los futuros destinos de España y la resolución del problema político.

Pero no adelantemos los sucesos.

CARLOS CAMBRONERO

(1) En la misma fecha se concedió al General D. Diego de León un título de Castilla, con la denominación de Conde de Belascoain. Este General, fusilado en 1841 por defender los derechos de Cristina, pagó con su vida el favor recibido. Y fue el mismo Espartero quien le mandó fusilar.

ACEPCIONES NUEVAS

(ENSAYO SOBRE SEMÁNTICA ARGENTINA)

Sabido es que las palabras se comportan como seres vivientes: nacen, crecen, se reproducen y mueren. El germen es la raíz; las palabras que nacen de una misma raíz constituyen una familia; el discurso es la sociedad de las palabras y las letras son los órganos. El neologismo es la palabra naciente o que acaba de nacer; el arcaísmo, el vocablo moribundo, a veces el fósil; el barbarismo es hijo espurio y el solecismo supone una trasgresión de las relaciones o del orden que las palabras deben guardar entre sí para estar en buena sociedad.

Crecen las palabras por la agregación de prefijos o sufijos, por yuxtaposición, por cambios desinenciales y por variaciones de terminación. Crecen también, sin sufrir variante alguna morfológica ni fonética, cuando adquieren distinta significación.

La rama de la ciencia filológica que estudia esta manera de crecer de las palabras ha tomado el nombre de *semántica*. Breal, creador del término, dióle una significación más amplia; en su obra magistral, *Sémantique*, no se reduce al estudio de los cambios de acepción que se operan en las palabras, abarca todos los fenómenos del lenguaje que constituyen manifestaciones de la inteligencia humana. Complementa esta obra la de Darmesteter, *Vida de las palabras*. Los autores alemanes,

Delbrück y Jaberg en primer término, han estudiado detenidamente esta fase del lenguaje, denominándola *semasiología*.

Los retóricos, al observar esta manera de crecer de las palabras y su estrecha relación con el arte de bien hablar, hanle dedicado preferente atención, como que no hay tratado de literatura que no dedique uno de sus capítulos al lenguaje traslaticio, a los tropos. Cicerón y Quintiliano atribuyen esta evolución de las acepciones a la necesidad y al placer; los autores modernos, con más acierto, la consideran hija de la necesidad y de la imaginación. Hay que convenir en que no se anduvieron muy desencaminados los que con Rousseau atribuyeron a las pasiones el origen de los tropos; pues ellas, las pasiones, mueven la imaginación y hacen más evidente la necesidad del lenguaje traslaticio.

Cuando, al exteriorizar una idea, nos falta el término apropiado, recurrimos, para salir del paso, a otra palabra que nos parece tan expresiva como la que nos hace falta; actúa la asociación de ideas, y puédese así sacar a las voces de su verdadera y primitiva significación, la que corresponde a la raíz.

Obra, en ocasiones, el deseo de ser más expresivo, más gráfico o más vehemente; el deseo de dar mayor colorido o más vigor al discurso, mayor novedad o más elegancia; ya es disimulo, ya el afán de ser satírico, o ya simple eufemismo.

Nuestro hombre de campo es de suyo muy dado a emplear el lenguaje figurado, y he tenido oportunidad de admirar, no pocas veces, su fácil ingenio, su mucha habilidad para crear rápidamente tropos y figuras ocurrentes, picarescas las más veces; y mal puede faltar esta facilidad, esta riqueza de imaginación en el hombre de las ciudades, sea docto o inculto.

Ofrece, por tanto, el habla de los argentinos campo fecundo, donde puede espigar abundantemente quien estudie con el debido detenimiento nuestra semántica.

Como una simple muestra de la facundia metafórica que nos es común, permítaseme tomar, para anticipar siquiera un ejemplo, uno de los actos o estados que por desgracia se ven con

más frecuencia que la que fuera de desear, sea la *embriaguez*, y váyanse contando algunas de nuestras muchas maneras de expresarla figuradamente: *estar entre San Juan y Mendoza* (nuestras dos provincias que producen más vino), *hecho una uva*, *en pepe* (eufemismo), *alegre*, *achispado*, *punteado*, *pasado*, *picado*, *chupado*, *mamado*, *tomado*, *bebido*, *subirse* o *trepár a la parra*, *empinarsé el codo*, *agarrar una tranca*, *una turca*, *una mona*, *un peludo*... En Colombia, según veo en Cuervo (*Apunt.*), la colección zoológica resulta más completa, como que allá así se pilla *una mona*, como *un lobo*, o *una zorra*, o *un cernícalo*.

El estudio más detenido y profundo que se haya hecho hasta hoy de la semántica o semasiología castellana, y en especial en cuanto corresponde al habla de los americanos, corresponde al ilustre filólogo Rufino J. Cuervo; está en el capítulo IX, *Acepciones nuevas*, de las *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*.

A la luz de tan luminosa investigación, guiado por los autores que dieron norma a Cuervo y a la vez por mis propias vistas, voy a consignar a continuación un ligero ensayo sobre semántica argentina. Muchos de los ejemplos que presento constan ya en las obras de Lafone Quevedo (*Catamarqueñismos*), Granada (*Vocabulario Riopl.*), Monner Sans (*Notas al cast. en la Arg.*), Garzón (*Dic. Arg.*), Segovia (*Dic. de argentinismos*, etc.), Toro Gisbert (*Americanismos*) y en otros autores. Como debo condensar mi trabajo dentro de los límites de un artículo de revista, obligado me veo a ser conciso y suprimo toda la serie de citas que podría aducir para dar fe de las nuevas acepciones que explico.

Designase una cosa con el nombre de otra que se le parece o que con ella tiene algún carácter común.

Es caso muy frecuente. Se produce las más veces por mera ignorancia del término apropiado: el que desconoce la palabra que corresponde, de algún modo ha de expresarse; y he aquí que recurre al nombre de la cosa, sér u objeto que más se pa-

rece, que guarda mayores relaciones o que por lo menos ofrece algunos caracteres comunes con aquello que quiere designarse.

Si, atraídos por las más vistosas galas de la Naturaleza, penetramos a un florido jardín, tendrá para rato nuestra investigación filológica con el trastrueque que se produce en la denominación vulgar de las flores; en cada provincia, si no es en cada pueblo, se dan nombres distintos, precisamente porque se aplican a las plantas y flores cuyo verdadero nombre no se conoce el de aquellas que se les parecen, o el de cosas o seres que tienen alguna semejanza. Así resulta, por ejemplo, que se llama *campanilla*, no sólo a las *campánulas*, sino también a las *petunias*, *ipomeas* y otras flores más o menos parecidas. Hay un *acanto* que denominamos *cucaracha*, y se debe tal designación al parecido que fácilmente descubre, no tanto la vista como el olfato, entre este insecto y las florecillas de la planta, florecillas que están dispuestas en alta espiga; *dragón*, dicen otros, y presumo que aplican tal término, no porque se descubra algún parecido con otra planta del mismo nombre, que es de hojas lanceoladas y de primorosas flores, sino porque se habrá advertido alguna semejanza entre las dentadas hojas del acanto y las alas del dragón. A la igualdad de forma deben su nombre los *conejitos* (*antirrhinum*), según otros, *boca de león*. Por la semejanza de forma y color llamamos *botón de oro* a la *sanvitalia* y a otras plantas de flor parecida; en España dase igual designación al *ranúnculo*, *marimoña* o *francesilla*. El aspecto de las flores nos ha hecho bautizar con el nombre de *escarapela* a la planta de jardín que en España conocen como *malvaloca*, *real* o *rósea* (*althæa rosea*); y a igual motivo deben su denominación la *flor de papel* (*zinnia*), la *flor de seda* (*portulaca*), la *flor de nieve* (*iberis*) y otras muchas. A la *bellorita* (*bellis perenne*) le llamamos *coqueta*; en España es *margarita*; en la provincia de Buenos Aires damos este nombre (*margarita*) a la *verbena*, y en las provincias de San Luis y Mendoza, al *nardo*.

Si del reino de Flora pasamos al de Pomona, no faltarán

ejemplos; bien conocido es en toda América con el nombre de *piña* el fruto del *ananá*; pero váyanse con cuidado los que ofrezcan una *piña*, que por estos mundos, como por Santander, «dar una piña» es dar una *puñada*. Convengamos en que no deja de existir alguna semejanza entre la fruta del pino y un puño bien cerrado.

En el reino animal no dejan de abundar estas populares metáforas; los chicos y algunos grandes... de escasa erudición, sin duda, llaman *linternitas* a las *luciérnagas*, *palomitas* a las *mariposas*; los desdentados más conocidos en la provincia de Buenos Aires son el *peludo* y la *mulita*, esta última (*tatu hybridus*) debe su nombre a cierta semejanza, especialmente en la forma de la cabeza, con la *mula*.

Bagre, nombre de uno de los más feos y despreciados peces de la América, es, metafóricamente, *mujer muy fea y despreciable*. Recibe igual o parecido significado esta voz en Chile (Echeverría y Reyes), Perú (Palma) y Costa Rica (Gagini); en Colombia (Cuervo) designa *lo charro y de mal gusto*; en San Salvador (Barberena) y en Honduras (Membreño) equivale a *listo, astuto, doloso, fraudulento*, por lo resbaloso del pez.

Llamamos *andador* a la *pollera*, aparato, de mimbre generalmente, que se emplea para que aprendan a andar los chicos; y, en cambio, sólo usamos esta voz *pollera*, lo mismo que en Chile (Echev. y Reyes), Perú (Arona) y otros países suramericanos, para designar la prenda de vestir que en España recibe también los nombres de *saya, falda, basquiña, brial* o *guardapiés*.

En la Argentina, como en Chile (Amunátegui Reyes, Echeverría y Reyes), son *aros* los *aretes, zarcillos, arracadas* o *pendientes*; también se les llama *caravanas*, especialmente a los pendientes grandes que antes se usaron, y se les daría tal nombre por estar formados de diversas piezas que van juntas, pendientes unas de otras.

Denominamos *galera, galerita*, al *hongo* o *sombrero de copa*; al de copa alta, *galera alta*, o *de pelo*, o *de felpa* y también ci-

lindro, como en Madrid; se llamó *cubilete*, como en Colombia y otros países, a los que adoptaban la forma de un cubilete invertido, y *chistera*, a los que tenían el costado arqueado hacia adentro. Supongo que este significado de la voz *galera* ha nacido por comparación con el vehículo que así se designa, debido a la tolda de que está provisto; y más caprichoso y ocurrente resulta el parangón al llamar *tarro de unto* a la *galera alta*, designación ésta que es común en casi todos los países suramericanos de habla castellana.

Pava es, para nosotros, la caldera con pico y asa donde se calienta agua para cebar mate, hacer té o café y para otros usos; ¿nacerá esta nueva acepción de la semejanza que ha podido descubrirse entre el utensilio nombrado y la forma de una pava echada, o proviene del fuelle empleado en ciertos hornos metalúrgicos, fuelle cuyo nombre, *pava*, se deriva del inglés *pipe*, tubo?... En otros países de América llaman *cafetera* a este utensilio de cocina, y en Venezuela (Rivodó) *pava* es sombrero de copa baja y ala ancha.

Aquí, como en Méjico (Ramos Duarte) y Perú (Palma), se *empaqueta*, o *paquetea*, el que se pone ropa nueva o domingue-
ra, y quien tal hace queda *paquete*. Advierte Palma (*Papeletas Léx.*) que esta voz, *paquete*, consta en obras de Fernán Caba-
llero en el sentido de «vestir bien», y debo agregar que se trata de una acepción castiza, anotada en los diccionarios, inclusive el de la Academia, que tan olvidadizo viene resultando. Tra-
tándose de damas, más decimos *emperifollarse* que *empereji-
larse*, y hago esta advertencia porque el *Léxico* no menciona el primero de estos verbos.

Nuestro vulgo llama *cajetilla* al *petimetre*, y, en cambio, para designar la cajetilla de cigarrillos se emplean las voces *paquete* y *atado*.

Pito decimos a la *pipa*, lo mismo en Chile (Echev. y Reyes), y de aquí nace *pitar*, vulgarismo equivalente a *fumar*.

Guantón es manotada, golpe de puño con guante o sin él; poseen igual significación *castañazo* y *piña* (ya citado); pero

más corriente es *trompada*, voz que también es común en Chile (E. y Reyes, Ortúzar), Perú (Palma), Colombia (Cuervo), Costa Rica (Gagini), Méjico (Ramos Duarte), Andalucía y otros puntos de habla castellana. El verbo afín es *trompear*.

A fe que no será mucha la semejanza que puede existir entre el *pebete*, canutillo con pólvora que sirve para encender fuegos de artificio, y los chiquillos que con tal vocablo designamos; para apocopar el término, y acercándose más al primitivo *pipe* (del inglés, *tubo*, *canutillo*), se dice hoy con mayor frecuencia *pibe* que *pebete*.

Abra (ensenada o bahía, abertura entre dos montañas) nos sirve para nombrar la abertura o pasaje que está entre arboledas o bosques; si ha sido abierta expresamente para servir de senda, se llama *picada*.

Empleamos la voz *trocha* (vereda) para indicar el ancho de las vías férreas; decimos ferrocarril de trocha ancha o angosta, según sea la distancia que medie entre los rieles.

Como en Costa Rica (Gagini), San Salvador (Barberena), Honduras (Membreño), y otros países de América, hemos dado en llamar *veredas* a las *aceras*.

Llamamos *bañadera* al *baño* (pila para bañarse), *bañista* al *bañero*, y nuestros *bañados* son terrenos o campos bajos y pantanosos. También se da el nombre de *esteros* a los *bañados*, especialmente hacia el Norte de la República.

Recado, es el conjunto de aperos (*bajeras*, *carona*, *bastos*, *cincha*, *cojinillo*, *sobrepuesto* y *sobrecincha*), especie de albarda, con que ensilla su caballo nuestro hombre de campo.

Bocado, es la atadura que se pone en la boca de las caballerías, especialmente mientras se las doma, y hace las veces de freno.

Rara vez se oye en la Argentina la voz *costal*, decimos *bolsa*; tampoco se usa *saco* en la acepción de *bolsa*.

Damos el nombre de *balde* al *cubo*, generalmente de latón, y más ancho en la boca que en el fondo (de forma de cono truncado invertido).

Aquí, como en Chile (Echev. y Reyes, C. Ortúzar, Z. Rodríguez, Amunátegui, etc.), se llama *lapicera* al *portaplumas*; y lo más curioso es que al *lapicero* lo denominamos *portalápiz*.

Decimos comúnmente *carretillas* por *quijadas*; presumo que proviene esta nueva acepción del parecido que tiene con algunas carretillas la mandíbula inferior de muchos animales. Bien puede ser también que obre la influencia de la voz «carrillo», que designa la parte carnosa de la cara desde la mejilla hasta lo bajo de la quijada, ya que la parte huesosa entra también en función al *comer a dos carrillos*.

Llamamos *chueco* al *estevado*; lo mismo en el Perú (Palma) y en Chile. Según Zorobadel Rodríguez, alude esta significación al palo con que se juega a la chueca, palo que termina a manera de garfio. En Méjico (Ramos Duarte) equivale a *tuerto*, y es atribuído al italiano *cieco*, *chueco*, *tuerto*, *ciego*.

Al pelo enredado como una maza o cachiporra le decimos *porra*.

Al caballo que queda con la cola pelada le llaman *chaira*, por comparación con el instrumento que lleva este nombre.

Especialmente los caballos pequeños, que nombramos *petisos* o *petizos*, cuando son viejos y muy trabajados suelen tener las rodillas abultadas, y se les dice entonces *macetas* (lo mismo en Chile), por la semejanza que viene a tener este abultamiento con la cabeza de una maza. También recibe el nombre de *maceta* una maza chica o mazo que se emplea para clavar estacas.

En la Argentina, como en casi toda la América, llamamos *calcetas* a las aves que según el Léxico serían *calzadas*: *gallina calceta*, *paloma calceta*, etc.

Dominamos *taco* al *tacón*, y en cambio, decimos *retacón* por *retaco*.

Dícese, en estas tierras, *tendal* por *tendalera*: «quedó el *tendal* de muertos».

La voz *puesto* nos sirve para designar la casa y dependencias del ganadero que cuida una extensión de campo; y a este

ganadero, que generalmente trabaja a medias con el propietario o con alguna habilitación, se le llama *puestero*.

Brete, cepo o prisión que se pone a los reos en los pies, es, en la Argentina, el sitio donde se acorralan las haciendas para matarlas o marcarlas.

Las haciendas, como los hombres, se *embarcan* en los trenes, y al corral que en las estaciones sirve para hacer pasar los animales a los vagones, se le llama *embarcadero*.

En nuestros campos se *atracan* las personas y cosas, como si fueran embarcaciones; vale este verbo por *arrimarse* o *acercarse*. En el Perú (Arona), *atracarse* a la opinión de uno es *adherirse* a ella.

Llama nuestro vulgo *tumba* a la carne del puchero, y dice «trabajar por un pedazo de *tumba*», «no ganar ni para la *tumba*»; hay que convenir en que es rara la fúnebre comparación que ha podido originar este nuevo significado, significado que viene perdiendo su valor despectivo, porque el encarecimiento de la carne trae como consecuencia obligada su supresión de la mesa del pobre; hoy día, ganar para la *tumba* es ya mucho ganar, o, por lo menos, es ganar lo suficiente para comer bien.

Son tan comunes en la Argentina, como en Colombia y otros países de América, los siguientes ejemplos, presentados por Cuervo (*Apunt.*): *carátula*, por carpeta, forro, portada; *oreja*, por asa; *cartucho*, por cucurucho; *estampilla*, por sello de correo; *puntero*, por mano, saeta, mostrador, índice; *lavatorio*, por lavabo; *caramanchel* y *sucucho* (términos de mar), por chiribitil; *sequía*, por sed; *chupado*, por escurrido; *mayúsculo*, por descomunal; *rendir*, por cundir, y *planazo*, por cintarazo.

Por mera ignorancia, por desconocimiento del término apropiado, hemos dado en llamar *palo jabonado* a la *cucaña*; *zapato de goma* al *chanclo*. No será difícil que se eluda el uso de esta última voz por eufemismo, a causa de su parecido con «chancro».

Fácil de advertir es la comparación que nos hace decir *rulo*,

por rizo; *aspas*, por astas; *cuchara*, por llana; *casco*, por gajo de naranja y de otros hesperidios; *tropa*, por convoy de carros o carretas; *lama*, por las plantas acuáticas o camalotes que cubren las aguas cenagosas; *cambista*, por guardaagujas; *rancho*, por sombrero de paja; *mesa de luz*, por mesa de noche, etc.

Generalización y determinación.

Hay casos en que una palabra amplía su significado de tal manera, que viene a expresar ideas o conceptos que no están comprendidos en la acepción primitiva o etimológica. La causa principal de este fenómeno está en que muchas veces aplicamos una palabra para designar otras ideas particulares que tienen alguna relación o semejanza con la que en propiedad corresponde, y luego otras y otras hasta que al fin el mismo término viene a expresar muchas cosas, acciones o cualidades que tendrán atingencia entre sí, pero que las más veces escapan a la idea comprendida en la raíz.

Aquí, como en Colombia y otros países de América, la palabra *agarrar* (asir fuertemente, como con garras), ha tomado para sí todos los significados de coger (que a su vez tomó otros que excuso nombrar); y tanto se *agarra* un toro por las astas, como se *agarra* una violeta para ofrecerla a una niña; y así se *agarra* un resfriado, como se *agarra* para tal o cual parte.

En algunas de nuestras provincias del Norte se *bota la plata*, lo mismo que en Colombia, Costa Rica y otros puntos, con lo que viene a extenderse la significación de *botar*, que equivale a «arrojar o echar fuera con violencia». Es común en toda la Argentina el *cargar anteojos, espolines* y otras cosas de menor peso que nada o bien poco tienen de *carga*. Cualquier pedazo de cuero arrugado y duro es para nosotros una *garra*, sea cual fuere el animal de que provenga; y decimos metafóricamente «está hecha una *garra*», o «es una *garra*», para expresar la extrema flacura de una persona. Tenemos por

chambón, no sólo al que es poco habilidoso en el juego, sino en cualquier oficio u operación. Está *pintona*, no tan sólo la uva cuando comienza a tomar color, sino toda la fruta que está comenzando a madurar. Todas estas voces han extendido su significación de un extremo al otro de América, de la Argentina a Colombia, por lo menos, y de algunas, *chambón*, por ejemplo, puede aseverarse que corre también en España con igual amplitud en su acepción.

Agregaré algunos ejemplos.

Caso curioso es que a pesar de ser hoy muy raras las monedas de plata en nuestra circulación monetaria, damos en llamar *plata* al dinero, papel moneda, oro, níquel, cobre o lo que fuere; aquí es *platudo* o tiene un *platal* el que es adinerado, lo mismo en Méjico (Ramos D.), Costa Rica (Gagini), Perú (Palma) y otros países hermanos. Nuestros grandes diarios tienen páginas y más páginas llenas de *anuncios*, pero el término éste nos resulta ocioso, pues la voz *aviso* se ha tomado para sí la tarea de anunciarlo todo. Llamamos *morrudo* al que es musculoso y fornido; y la verdad es que hemos perdido el significado primitivo de esta voz desde que decimos *jeta* al *morro* o *bezo*, de donde viene el llamar *jetudo* al *morrudo*. *Conscripto*, término que nació para calificar al padre que como tal se inscribía en el senado romano, designa en la Argentina, como en el Perú (Palma) y otros Estados, al soldado que entra a servir en el ejército en virtud de la *conscripción* o reclutamiento. De *dragón*, soldado que sirve tanto a caballo como a pie, hemos sacado *dragonear*, desempeñar un cargo que no es el propio; lo mismo en el Perú y en Chile.

Obsérvase operación inversa a la que acabo de analizar, toda vez que la significación de un término se restringe o especializa.

Tal ocurre cuando llamamos *res* a la del ganado vacuno especialmente, y cuando consideramos *gente* sólo a la que tiene decencia. Se produce la misma especialización del término genérico al designar con el nombre de *masas* o *masitas* las pastas

y pastelillos hechos con masa de harina, huevos, dulces y otras substancias. *Tienda*, según el Léxico, es «casa, puesto o paraje donde se venden comestibles y otros géneros»; nuestras *tiendas* venden géneros, pero no comestibles, y nuestros *almacenes* venden comestibles, mas no «cualesquiera géneros, como armas, pertrechos, etc.»; igual o parecida restricción de estas voces se produce en Venezuela (Rivodó) y otros países americanos.

Obra comúnmente la acción de un determinativo que se omite para obtener mayor brevedad en la expresión; otras veces, por el contrario, el término que se calla es el determinado.

Ejemplos del primer caso:

En toda la América, *hincarse de rodillas* queda dicho con sólo mentar el verbo determinado *hincarse*; *levantarse*, equivale a *levantarse de la cama*; *pararse*, es *pararse en pie*.

Obedeciendo a igual tendencia, el *aparte de ganados* queda entendido en nuestra campaña con la sola voz *aparte*; la *recogida de los animales* diseminados por el campo, acción que precede al *aparte*, a la *hierra* y a otras faenas, se llama sencillamente la *recogida*; a la *yerba del mate*, o *yerba-mate*, la llamamos *yerba* y nada más.

Ejemplos del segundo caso:

Aquí, como en Colombia (Cuervo), la *torcaza* o *torcaz*, es *paloma torcaza*, y al hablar de un *remitido*, entendemos que se trata de una *nota* o *comunicación remitida*. En Buenos Aires los coches de *tranvías acoplados*, aunque hace pocos años que corren, son ya *acoplados*; ir al *Botánico*, es ir al *Jardín Botánico*. Las *lonas* o *bolsas bajas* que hacen de sudaderas en el *recado*, se designan con la voz *bajas*. La *embarcación chata*, de fondo llano y ancho, baja, usada para carga, se llama *chata*, lo mismo en el Perú (Palma), Chile y Uruguay; igual designación recibe el *carro* de cuatro ruedas, bajo y sin toldo, y también el *vagón* descubierto. Quedó el nombre de *nazarenas* a las *espuelas nazarenas* que usaban nuestros gauchos; se las habrá llamado *nazarenas* por las grandes puntas de la rodaja,

semejantes a las espinas que coronaron a Cristo. El adjetivo *petiso* o *petizo*, que equivale a pequeño, bajo y rechoncho, se aplicó, como ya he anotado, al caballo de poca alzada, y ya no se dice *caballo petiso*, sino *petizo*; unos escriben *petiso* y otros *petizo*. Garzón (*Dic. Arg.*) consigna las dos ortografías; la etimología pide *z* (supongo que proviene del francés *petit*), pero nuestra pronunciación más común autoriza la *s*.

Voces correlativas.

Se trata de casos de sinécdoque y metonimia, casos en que la misma voz viene a servir para la designación de ideas que, si bien son distintas, están íntimamente relacionadas entre sí.

Tomamos la parte para denominar el todo cuando llamamos, como en Colombia (Cuervo) y otros estados de habla castellana, *fulminantes* a las *cápsulas* o *pistones* de las armas de fuego, *fósforos* a las *cerillas*, *naipes* a las *barajas*, *óleo* al *bautismo* o *bautizo* y *rosa* al *rosal*. Esta última sinécdoque es bien antigua, según lo prueba el mismo Cuervo con citas de Nebrija y Huerta.

En la Argentina solemos llamar *durazno* al *duraznero*; la voz *melocotonero*, nombre genérico que se da a este frutal en España, no tiene aquí uso y sólo he oído emplear la palabra *melocotón* para designar una variedad del durazno o duraznero, el *melocotón de Zaragoza*; de modo que hemos convertido en nombre genérico el que era específico, y viceversa. Se oye llamar *manzana* al frutal, al *manzano*; *naranja*, al *naranjo*; *ciruela*, al *ciruelo*; y si no damos en denominar *pera* al *peral* (*pirus communis*), es porque lo llamamos *pero*, vocablo éste que en España, según reza el *Léxico*, designa una variedad de manzano y su fruto. El *albaricoquero* y su fruto, el *albaricoque*, se designan por estas tierras con los nombres de *damasco* y *damasca*; la primera voz se aplica a las variedades de fruto pequeño, y la segunda a las de fruto mayor, sirviendo indistintamente estas palabras para denominar al fruto o al frutal;

como el damasco es, en España, una variedad del albaricoque-ro, resulta que hemos venido a emplear el nombre de la especie para designar el género.

Tomamos el contenido por el continente al llamar *parque* al material de guerra; la misma sinécdoque es común en Colombia (Cuervo). *Hacienda* es la «finca rural», y damos en denominar el ganado con esta misma voz. En cambio, haré notar que el aparato constituido por una serie de recipientes superpuestos, tomados por una asa y con un hornillo en el fondo, aparato que se emplea para llevar de una casa a otra la comida, vale decir las viandas, recibe el nombre de *vianda*, como el contenido.

Sabido es que suele tomarse la parte por el todo en la designación afectiva de las personas: los griegos decían «*cabeza querida*»; hoy decimos «*corazón de mi vida*». Me toca advertir que en Buenos Aires, La Plata y en todas nuestras principales ciudades hasse dado en la flor de tomar... pues, nada menos que las *canillas* para mentar afectivamente a los muchachos vendedores de diarios; éstos, que ahora se dan el lujo de tener asilos protectores, ya no son muchachos, son *canillitas*.

Los americanos *cobramos* una cuenta aunque no percibamos un céntimo; nos basta, para *cobrar*, la acción de requerir el pago; según la significación etimológica del término, sólo *cobra* el que percibe o recoge, lo que quiere decir que venimos a tomar la causa por el efecto.

Obsérvase el fenómeno opuesto con la voz *resaca*: ésta expresa, según el *Léxico*, «el movimiento que hace la ola del agua del mar y ríos caudalosos, cuando se retira volviendo de la orilla o playa»; aquí más nos sirve para designar el residuo, especie de mantillo, que queda depositado en la costa por efecto de este movimiento de las aguas. En Cuba (Pichardo) es «paliza, tunda de palos».

Julepe, según el *Léxico*, viene a ser, en sentido figurado y familiar, «reprimenda, castigo»; aquí en la Argentina, en el Perú (Palma), en Yucatán (Ramos Duarte) y en otros puntos

de América, es «susto, temor a un castigo»: «meterle a uno un *julepe*», o «*julepearlo*», equivale a «darle una corrida, asustarlo». En otras regiones de Méjico y en Cuba es «*trabajo, sufrimiento*».

Como se ve que más engruesa el que menos trabaja, dase en decir que *hace cebo* el que «holgazanea».

La *pigricia*, que es «pereza o negligencia», trae escasez, y la escasez o poquedad de las cosas, en especial comestibles, es precisamente lo que nosotros indicamos con la voz *pigricia*: «le echó una *pigricia* de sal a la comida», «me dió una *pigricia* de arroz»...

El *gurrumino* o *gurrumina* (voz onomatopeica, del *gurú* de los palomos), «individuo muy amartelado y condescendiente con la propia mujer», está, sin duda, expuesto a debilitarse, y de esta circunstancia habremos tomado las acepciones que damos a esta palabra en América: llamamos *gurrumina*, en la Argentina, al que es «raquítico o chiquitín»; en Perú y Bolivia es «persona pusilánime, cobarde»; en Colombia, «tristeza, melancolía»; en Costa Rica, «criatura muy pequeña»; en Guatemala, «molestia, peguiería»; en Méjico, «muchachillo de corta edad, majadería, fruslería». En Honduras, según Membreño, es «persona lista, astuta»; y la verdad es que en tal significado no hay signo alguno de debilitamiento. En bable, *gurrumina* es «arruga, vieja», lo que viene a indicar que también en España sale esta palabra de su significación primitiva.

De la correlación que existe entre el *dintel*, parte superior de las puertas y ventanas, y el *umbral*, parte inferior, contrapuestas, que forma escalón, nace el que se confunda el valor de estas dos voces en forma tal, que nos encontramos frecuentemente, tanto aquí como en otros países de habla castellana, con «personas que se paran o se posan en el dintel», ni más ni menos que si fueran pájaros o insectos; quizá no haya libro sobre barbarismos que no deje de impugnar este trueque incorrecto de acepciones; con todo, no deja de producirse, lo que

demuestra que forman legión los descuidados e ignorantes en materia de bien hablar.

Pásase de lo material a lo inmaterial.

Este traslado de acepciones, común en todos los idiomas, nos trae otra vez a los dominios de la metáfora.

Abundan en todo léxico significaciones figuradas, palabras de una o más acepciones de orden físico, puramente material, que agregan o pasan a expresar otras de orden inmaterial, sensitivo o moral. Cuervo incluye en este grupo el traslado que se produce de un dominio sensitivo a otro; tal ocurre cuando decimos que está *feo* (adj. que debiera expresar una sensación visual) un manjar, porque tiene mal gusto, o porque da mal olor, y cuando advertimos que está *feo* un canto, porque desafina; caso muy semejante ofrecen los adjetivos *lindo*, *duro*, *blando*, etc.

Imposible será consignar todas estas ampliaciones, todas estas maneras de crecer que tienen los vocablos; y no ha de ser nuestra Real Academia, aun cuando se propusiera trabajar de veras y dar fiel cumplimiento al lema que se ha impuesto, no sería ella, digo, la que podría darnos cuenta cabal de tales cambios de significado, la que podría dejar *fijadas* en su *Léxico* todas estas nuevas acepciones, que desde que son de carácter metafórico quieren ser novedosas, y obligan la invención de otras nuevas para ir desechando las que el uso frecuente y el tiempo desgastan. Y si el *Léxico* no ha podido dar cabida siquiera a los muchos ejemplos que son comunes en España, mal podremos pretender que prohija a todos los que nacen y pululan por estas tierras.

Bien se verá que la metáfora nace del pueblo, que es espontánea: la retórica la estudia como gala del decir, a la filología tócale analizarla como fenómeno del lenguaje, como una de las tantas maneras de crecer que son propias de las palabras.

En los casos que he venido estudiando, el traslado de acep-

ción se produce dentro del mismo orden físico o material: designación de una cosa con el nombre de otra, voces que amplían o determinan su significado, acepciones que nacen por correlación de ideas; en los ejemplos que presentaré en este grupo, el traslado de significaciones va del orden material al orden psíquico.

Hará cosa de ocho años, dióles a los jóvenes de Buenos Aires, a los estudiantes principalmente, por llamar *afilar* a la acción de mirarse amorosamente con las damas o de «pelar la pava»; y tanto ha cundido tal expresión, que ya no hay pueblo de la República donde no se la conozca; ha venido a substituir al anglicanismo *flirtear*, que siempre fue de uso más culto: el *flirt* resulta *afile*, y el *flirteador*, *afilador*... sin piedra, se entiende. Podría suponerse que no se trata de un traslado de acepción, sino más bien de un nuevo término de creación erudita, que habría sido formado teniéndose en cuenta la voz griega *philos* (que ama), que obra como seudoprefijo en muchas palabras de nuestro idioma; mas hay que advertir que los inventores de esta nueva manera de afilar, poco se cuidan de asuntos etimológicos, y es seguro que ha nacido tal significado, por mera asociación de ideas, a la vista del afilador ambulante.

Camote, voz indígena, que significa en toda América la *batata* o *boniato*, ha pasado en la Argentina, Chile (Z. Rodríguez, Ortúzar, Lenz), Perú (Palma), Ecuador (Tobar), Costa Rica (Gagini) y otros países a significar nada menos que enamoramiento»; dicese «tener un *camote*», «¡qué *camote!*», y también «estar *encamotado*». Presumo que este traslado de acepción se debe a una cualidad del camote, la dulzura, que es común en los enamorados. En Méjico (Ramos Duarte) es *camote* el «*bribón y sinvergüenza*»; a fe que la dulzura no habrá originado tales acepciones, y toca advertir que por allá también llaman *camote* a la «cebolla». En el mismo Méjico, y en otras naciones del Norte, *camote* es «tonto, bobo», y *tragarse camote*, «hablar con dificultad».

Ser un *batata*, es tener mucha timidez, facilidad para turbarse; y con *abatatarse* o *estar abatado*, se expresa el estado consiguiente.

Bolada, en Colombia (Cuervo), es «partida, pasada, chana-da», por alusión al juego de billar; aquí es «oportunidad, suerte favorable»; «aprovechar la *bolada*», es aprovechar la ocasión, casi siempre en mala parte o en aventuras amorosas; de modo que no es muy culto el término. En Chile es «golosina».

Bolearse, equivale figuradamente a «equivocarse, confundirse»; proviene de enredarse en las *boleadoras*; arma formada con dos o tres bolas unidas entre sí con cuerdas, se arroja a las patas del animal (caballo, avestruz, etc.) que se quiere hacer *rodar* (caer en plena carrera, trote o galope); la usaron los indios y nuestros gauchos.

Bolazo, es «barbaridad, disparate, despropósito»; en su sentido material o directo, significa «golpe de bola».

Macana, arma indígena, o *macanazo*, es, figuradamente, mentira, despropósito (en Chile, «estupidez, tontería», según E. y Reyes); *macanear*, disparatar; *macaneador*, el que dispara; *macanudo*, muy bueno, grande, notable. Hay en *macana* y *macanudo* otra traslación de significado (puede leerse en el *Tesoro de catamarqueñismos* de Lafone Quevedo, en el *Dic. argentino* de Garzón, etc.), que habría yo explicado en el primer grupo de este ligero estudio filológico, si no fuera por el cuidado que pongo en eludir todo cuanto esté en pugna con la decencia; a tal acepción deben estas voces su mucha vulgaridad, resultan muy chocantes en boca de personas cultas.

Bolsear, o *dar un bolsazo*, es por estos mundos «dar calabazas». En Aragón *bolsear* es «hacer bolsa la ropa, tapicería, etcétera»; en Méjico (Ramos D., Icabalzeta), Guatemala (Batres Jáuregui) y Costa Rica (Gagini) equivale a robar a uno el bolsillo.

Gancho, *hacer gancho*, es facilitar un noviazgo, y resulta

ganchero el que se toma esta tarea. En Chile es *ganchero* el que se ocupa en trabajos aislados; en el Ecuador (Tobar) dan este nombre al caballo que montan las señoras, debido a que llaman *gancho* a la montura o silla que ellas emplean.

Para nuestras damas es un *cascode* todo hombre casado, que ya no puede festejarlas o no es casadero.

Es un *cataplasma* el individuo cargante, que da la lata o que se deja estar de visita, molestando con su presencia.

Está o es *consentido*, por acá, no el cornudo, sino el vano, tonto, presuntuoso o mimado.

Darse *corte*, es darse importancia.

Tener *cuñas*, buenas *cuñas*, es tener quien proteja y ayude para la obtención de un empleo.

Ser *chichón*, es ser bromista, guasón; el verbo derivado es *chichonear*.

Empacar, sólo consta en el Léxico con el significado de «empaquetar, encajonar», como en Chile (Z. Rodríguez, Ortúzar, etc.), Perú (Palma) y otros puntos de América; *se empaca* la bestia que no quiere andar, que resulta *empacadiza*, *empacadora* o *empacada*; en sentido figurado decimos que *se empaca* la persona que se atufa y que no quiere hablar o no continúa su tarea.

Aplastar se aplica figuradamente a las caballerías para expresar el cansancio extremo que las imposibilita para continuar andando. «Se me *aplastó* el caballo»; se me cansó tanto, que no da paso. En Méjico (Ramos Duarte) significa «derrotar, vencer, maltratar».

Es un *palangana* el descarado y pedante (lo mismo en Chile y Perú); *palanganada* y *palanganear* derivan de esta acepción.

Pasmado: sin gracia, corto de genio, torpe; consta en Gagini, y es común en casi toda la América.

Tupido, por cerrado de mollera o estúpido, úsase también en Chile, Venezuela, Costa Rica, etc. Quizá no se trate de un traslado de significación, sino más bien de una aféresis de la

voz *estúpido*, que podría haberse formado por influencia del francés *stupide* que salva el inconveniente del acento.

Pavo es «tonto, sin gracia», cualidades muy propias de la gallinácea que lleva este nombre; *pavada* es «tontería, necesidad, cosa sin importancia», y *pavear*, fisgar (lo mismo en Chile). En Colombia (Cuervo), Venezuela (Rivodó) y Costa Rica (Gagini), *comer pavo* es «no bailar por falta de compañero»; esto se designa en la Argentina con el verbo *planchar*, muy significativo por cierto.

Tener *parada*, es tener apostura; hacer la *parada*, desafiar; ser pura *parada*, es ser fanfarrón.

Ser *mulita* (*tatu hybridus*, desdentado inofensivo y disparador), es «ser gallina», flojo, pusilánime.

Rabonear, *hacer la rabona*, es «hacer novillos»; en Colombia (Cuervo) se dice *capar*.

Tanto aquí como en Chile y Perú, *piñar* una persona o *piñarse* de ella es fisgar, burlarse; *piña* es figa, burla.

Fregar es fastidiar, incomodar; lo mismo en Chile (Z. Rodríguez, Ortúzar, etc.), Perú (Palma y Arona), Ecuador (Tobar), Colombia (Cuervo), Costa Rica (Gagini), etc. Es un *fregado* el que fastidia o incomoda; en Yucatán (Ramos Duarte) equivale a «bellaco, perverso».

Pechar o *dar un pechazo*, es petardear; igual significación corresponde a *sablear* o *dar un sablazo*, lo mismo en el Perú (Palma).

Calzonudo es, entre nos, el calzonazo, hombre muy flojo y condescendiente.

Coludo, por «provisto de cola, de cola larga», también lo dirán por España, aunque el Diccionario omite la noticia; mas ignoro si aplican por allá esta expresión familiar al importuno y olvidadizo que deja sin cerrar la puerta que abre para darse paso.

Está *fiambre* una reunión o fiesta cuando falta animación, vale por fría o friona.

Arribeño, en lenguaje familiar y figurado, es el que anda, come, bebe o se divierte *de arriba*.

Sacar el cuero, descuerar o descuerear a una persona, es hablar mal de ella.

Excéntrico, por extravagante o raro, y sus derivados *excentricidad* y *excentricismo*, son de uso corriente en la Argentina, Chile y Perú; prosperan estas nuevas acepciones, aunque han sido condenadas como galicismos.

Empecinado no es, en América, sólo «el que saca, fabrica o trata la pez», sino el que *se empecina*; *empecinarse* es encapricharse, obstinarse; y *empecinamiento*, terquedad, obstinación.

Falta en el Léxico la acepción figurada de *lata*, «charla larga e insulsa»; y tenemos como *latero* al individuo que «da la lata». Reparando en el significado que ha tomado esta voz, puede suponerse que se trata de una apócope del adverbio *latamente*: «con extensión, larga y difusamente».

Echar o dar una *raspa* es regañar, vale por reprimenda.

Muñequear, «jugar las muñecas» en la esgrima, es, para los argentinos, «porfiar, gestiones con empeño»; resúltanos *buena muñeca* o «persona de muñeca» el que es de mucha capacidad, resuelto y tenaz. También decimos, como en Chile (E. y Reyes), que *muñequa* el maíz cuando despuntan las mazorcas.

Háblase de *bagaje* intelectual para dar a entender el caudal de conocimientos que posee una persona.

En la clasificación adoptada por Cuervo va colocado en primer término el grupo de los *parónimos*, palabras en que se confunde el significado, a causa de la semejanza de forma y sonido. Es aquí tan común como en Colombia el trueque de las acepciones que corresponden a las voces *abrogar* y *arrogarse*, *actitud* y *aptitud*, *adaptar* y *adoptar*, *apóstrofo* y *apóstrofe*, *deferir* y *diferir*, *desechar* y *disecar*, *posesión* y *posición*, *ratificar* y *rectificar*, *competer* y *competir*, *péndola* y *péndula*, *achicharrar* y *achucharrar*, *arenoso* y *harinoso*, *borde* y *bordo*, *espuela* y *espolón*, *machacar* y *machucar*, *florear* y *floreecer*, etcé-

tera. Extensa sería la lista si me propusiera anotar todos los parónimos que dan lugar a confusión; quien tenga sus reparos, quien quiera estar exento de las faltas de propiedad y de los errores de ortografía que motivan frecuentemente tales confusiones, trate de estar seguro de la acepción que corresponda a cada una de las voces que dé en emplear, recurra a los diccionarios o a los tratados especiales que, como los *Parónimos* del doctor Victoriano E. Montes, compilan y explican detenidamente todas las palabras de esta índole.

Entre las voces *mal entendidas*, cita Cuervo éstas: *sendos* (nuestro único adjetivo distributivo), que se usa indebidamente por «grandes, descomunales, repetidos»; *blondo* (significa «ondulado») por «rubio», *reasumir* (volver a tomar lo que antes se tenía o se había dejado; tomar una autoridad superior las facultades de todas las demás) por «resumir», *a fuer* (a manera, a uso) por «a fuerza», y algunas otras que no son, en la Argentina, de uso tan común como éstas. Así como hay palabras que cambian de acepción por ser mal entendidas, otras cambian de forma por ser mal oídas, y adquieren entonces las nuevas voces significados que no les corresponden. Para nuestros chicos, el «juego de *rescate*» es *rascate*, y muchos chicos y grandes al «*desternillarse* de risa» se *destornillan*, como si algo tuvieran que hacer las ternillas con los tornillos y destornilladores; otros se *descostillan*. La voz *batacazo* (golpe fuerte y con estruendo que da alguna persona cuando cae) expresa, figuradamente, en el juego de carreras, el triunfo del caballo que menos probabilidades tenía de ganar, triunfo inesperado que suele dar enormes dividendos al ganador; tanto aquí como en Chile, por confusión auditiva, muchos llaman a esto *bata-tazo*; no son, por cierto, las personas más leídas ni los de mejor oído.

Hay *acepciones que parecen nuevas*, sólo porque la Academia las ha omitido o las explica en forma deficiente; faltan en el Léxico; pero, en cambio, están abonadas por la tradición literaria o por el uso popular. En este caso vienen a encontrar-

se muchas de las voces que he venido presentando. Cuenta Cuervo en este grupo una serie de palabras que se usan aquí con el mismo significado que tienen en Colombia y en casi toda América, significado que en España sólo resulta desconocido para los señores académicos y para algunos lexicógrafos. Ofrécese este caso en *apeñuscar*, *aporcar*, *capellada*, *cobija*, *patada*, *a patadas*, *rancho*, *rastrojo*, *rodaja* (de espuela), *tocino* y otras voces.

Ejemplos se presentan en que tanto la acepción como la palabra misma parecen ser nuevas, y no son más que ligeras variantes de términos y acepciones castizas. Tal ocurre con la voz *carcahuesal*, argentinismo que es de uso frecuente en la provincia de Buenos Aires para designar terrenos pantanosos, especialmente los formados de carcavones o por pisadas de animales, que al desecarse dejan el suelo muy desparejo; se trata sin duda de la palabra *carcavuezo* (de *cárcava*, hoya que suelen hacer en la tierra las avenidas impetuosas de agua); la modificación que ha sufrido el término es fácil de explicarse si se tiene en cuenta que tales terrenos *cascan* los *huesos* de quien se atreve a pasar por ellos sobre algún vehículo, y, por otra parte, hay que contar que la *s* vale por *z* en nuestra pronunciación habitual. *Guadal* es el terreno de dunas o el pantano arenoso, aparentemente seco, donde caminan con dificultad los animales (véase Lafone Quevedo y D. Granada); aunque los léxicos españoles no traen el término, mal puede resultar desconocido, dado su origen árabe. Y ya que estoy metido en terrenos, he de advertir también que los sitios cenagosos, secos en la superficie, pero temblantes y tan peligrosos que puede hundirse el que se interna en ellos, toman el nombre de *tembladeral*; son semejantes al *tremedal*, *tremadal* o *tembladal* que define el *Dic. Ac.*; hacia el Este de la provincia de Buenos Aires, en las cercanías de la costa, se alternan estos parajes con los *cangrejales* (terrenos bajos y húmedos, socavados por los cangrejos); que resultan igualmente intransitables.

Interesante es la sección que Cuervo (*Apunt.*) y Toro (*Ame-*

E. M.—Octubre 1914.

ricanismos) dedican a las nuevas acepciones que adquieren algunas voces para eludir palabras que se consideran, por mera gazmoñería las más veces, pornográficas o indecentes; esta clase de *eufemismos* varían en ocasiones de una provincia a otra. Omitiré los muchos ejemplos que podría agregar; mas séame permitido dejar apuntado que los que exclaman *caramba*, *carambolas*, *caray*, *caracho*, *canario*, *cáscaras*, *caracoles*, *canasto*, etc., substituyen, quizá sin darse cuenta de ello, una voz que, por cierto, se guardarían muy bien de decir; y se me ocurre esta indicación porque no hace mucho me preguntaba una niña si era feo decir *caramba*... ¡vaya si lo es!

Con todo lo dicho hasta aquí no he hecho más que trazar un ligero esbozo: he tratado de mostrar algo de lo mucho que puede recoger quien quiera cosechar de veras en los campos abundosos de nuestra semántica; hay tanto que decir, que habría materia para un voluminoso libro.

Quédanme aún, dispersas entre muchas papeletas, no pocas acepciones nuevas, que es difícil agrupar; tales, por ejemplo, las que ofrecen las voces *angurria* (afán por comer, avaricia; en Costa Rica, según Gagini, «egoísmo, avaricia, mezquindad»), *angurriente* (insaciable, muy interesado), *compadre* o *compadrito* (individuo fanfarrón, procaz; es nuestro chulo), *tópico* (tema o título de un escrito, proposición), etc.

Piden también un lugar en estas notas, y sea el último, muchos modos adverbiales, dichos y refranes que tienen acepción metafórica; son expresiones figuradas, más o menos ingeniosas, siempre agudas, a las veces picarescas, que llenarían muchas páginas. Quien quiera hacer cosecha abundante, recurra al *Dic. Arg.* de Garzón. Sólo presentaré algunos ejemplos que acuden a mi memoria en este momento, ejemplos que son comunes por estas tierras y que aún no han tenido cabida en el *Léxico* académico, hélas aquí: *a patadas* (a rodos), *en cabeza* (en cabello), *apretarse el gorro* (huir), *alce ese trompo en la uña* (replique a esa pulla), *andar o estar una cosa como la mona* (desorganizada), *calentar agua para que otro tome mate* (traba-

jos o empeños que otro aprovecha; suele tomarse en mala parte, ante todo por el doble sentido que adquiere en la Argentina el primer verbo), *ser bravo como un ají* (muy bravo), *no dar alce* (sin descanso), *llevar a uno el apunte* (corresponderle, prestarle atención), *tener banca* en alguna parte o con alguna persona (merecer confianza), *de día beata y de noche gata* (hipócrita, que aparenta virtudes que no tiene), *irse al bombo* (fracasar), *darle a uno un café* (una reprimenda), *cantar para el carnero* (morir), *colgarle a uno la galleta* (despedirlo del empleo), *al que nace barrigón es al ñudo que lo fajen* (cada uno es como debe ser), *salir como rata por tirante* (escapar de un apuro aprovechando cualquier recurso), *sacarse el lazo con mano ajena* (salvar una dificultad o un peligro con ayuda de otra persona), *no tener uno donde caerse muerto* (estar pobrísimo, en la miseria), *hacerse el chancho rengo* (hacerse el imposibilitado), *el que quiere pescado, que se moje...* (se atribuye al tirano Rosas; no se toman truchas a bragas enjutas, o a quien lo quiere celeste, que le cueste), *estar a partir un confite* (muy amigos), *no largar la teta* (no dejar el empleo, vivir del presupuesto), *alégrate pato, que mañana te mato* (aprovecha la oportunidad o la diversión, que pronto te la suprimiré), *recibir a uno con una piedra en cada mano* (en disposición de regañar o pelear), *gastar pólvora en chimangos...* (en gallinazos, dicen en Colombia; trabajo o gasto sin provecho, porque se trata de un ave que no se come).

JUAN B. SELVA,

Profesor en Dolores (República Argentina).

LA GUERRA FRANCO-ALEMANA DE 1870 Y 1871

III

Chardogne.

—¿Cree usted que van a esperarnos en el campo de Châlons?

—Así lo creo, porque si el mariscal Mac-Mahón hubiera querido dejarnos libre el camino de París, no hubiese concentrado en Châlons su nuevo ejército, sino detrás de las fortificaciones de París.

—Tal vez tenga usted razón; poco importa de todos modos que los franceses se detengan allí o allá, con tal de que se detengan.

—Muy de lamentar sería que, a consecuencia de las batallas de Metz, se hallen tan quebrantados que piensen ya en la paz.

—No lo tema usted; los franceses sabrán cometer faltas a millares, pero estoy seguro de que no rendirán las armas tan pronto.

Así hablábamos el 25 de Agosto de 1870, mientras que seguíamos la carretera que va de Loissey a Bar-le-Duc, por Silmont. Hicimos alto cerca de esta última localidad, en medio de una vasta y linda pradera; la división formó inmediatamente un inmenso cuadro, en cuyo centro se erigió un altar.

Habíamos de celebrar allí, y de una manera completamente militar, el santo de nuestro rey, Luis de Baviera.

A guisa de dosel, desplegamos las banderas de nuestros regimientos, cuyos leones bávaros, desde lo alto de las astas, miraban altivamente todo el país conquistado.

Terminado el servicio divino, el oficiante nos dirigió una breve alocución; luego, las bandas de la división tocaron el himno nacional y el *Te Deum*; por fin, la oración por el rey, que fue acompañada de salvas. Fue un espectáculo emocionante el de aquella ceremonia religiosa en plena Francia, durante la guerra.

.....

Reanudamos la marcha, atravesando Longueville, y poco después, Bar-le-Duc, población muy linda y muy bien situada. Al cruzar la calle principal, tuvimos la satisfacción de desfilas ante nuestro venerable jefe, el general von der Tann.

Los que no hayan conocido aquella hermosa figura tan digna, aquel perfecto caballero, aquel gran capitán, aquel admirable filántropo, no pueden comprender el entusiasmo que inspiraba a todo el 1.^{er} Cuerpo bávaro. Le conocíamos tan bien nosotros, que, de haberlo él ordenado, nos hubiéramos lanzado sin vacilar sobre una batería que vomitase metralla.

Al pasar frente a él, erguíamos la cabeza y nos considerábamos como suficientemente recompensados si acertábamos a leer en los ojos del anciano que estaba satisfecho de nuestro aspecto.

Pasamos por Fain, Verney, y llegamos al medio día a Chardogne, término de nuestra marcha de aquel día.

Yo fuí alojado con dos compañeros, el capitán de Estado mayor Xylander y el teniente barón de Aufsess, en casa de un campesino llamado Mateo, donde estábamos, relativamente, bien. Al día siguiente, por la mañana, supimos con mucho contento que la jornada se consagraría al reposo, a fin de permitir que nos alcanzasen los cuerpos de ejército rezagados.

Por la mañana, al dar una vuelta por la población, encontré a un sargento de mi compañía, aunque no de mi sección; le pregunté si estaban bien alojados él y sus cabos, a lo que me contestó:

—Admirablemente, mi teniente; estamos en una granja que se halla a ocho minutos del pueblo, en casa de una viuda joven y rica. Hay allí, a más de los mozos de labranza, unas guapas muchachas que nos tratan como si fuésemos sus compatriotas; lo único que sentimos es no saber francés.

—¿Y es guapa la viudita?—pregunté.

—Sí—me contestó el sargento,—y no tiene más que veintidós años. Mi teniente debería ir a alojarse a esa finca; se está mucho mejor que en el pueblo.

—¿Pero hay todavía sitio?

—Muy suficiente; he visto una amplia habitación desocupada que estaría muy bien para mi teniente.

La proposición me sonrió; presentía una aventura en la que me holgaba de entrar.

Ordené en seguida a un soldado que pasaba por allí que encargase hacer la maleta a mi asistente y le dijera que estuviese preparado para mudarnos de casa.

Hecho esto, me dirigí a la granja, acompañado por el sargento; debo decir que éste no había exagerado nada; la casa era excelente; la dueña, bonita y muy amable. No me costó trabajo darle a entender que el pueblo estaba atestado y que me habían designado para alojarme en la granja; ella aceptó de buen grado mis explicaciones, y me enseñó el cuarto que ya conocía yo por la descripción del sargento. Apenas me hube instalado, cuando la señora X... (el nombre no hace al caso) me trajo, para regalarme, queso, manteca fresca, pan, miel, acompañado todo de una excelente botella de vino del país; la encantadora manera con que me ofreció todas estas buenas cosas y me sirvió vino, deleitáronme en extremo.

A los cinco minutos, mi corazón de veintiún años estaba completamente inflamado. Declaré a mi gentil patrona que el

agasajo sería más completo para mí si consentía ella en compartirlo; no se hizo rogar demasiado y, a los pocos momentos, charlábamos los dos alegremente como si fuésemos antiguos amigos. Diferentes veces manifestó el deseo de ir a la cocina para preparar el almuerzo de mis hombres y el mío, a lo que me oponía yo con toda la energía de que era capaz. Tuve, sin embargo, que dejarla marchar, pero con la condición de volver en cuanto su trabajo hubiese terminado.

En cuanto salió de la habitación, no pude yo estarme quieto; me puse a acecharla, a espiar su vuelta; miraba por la ventana y al fin la vi en la huerta cogiendo un magnífico melón, y ya no la perdí de vista.

Volvió y se puso a preparar concienzudamente nuestro almuerzo. Aproveché la ocasión para manifestar terminantemente a la linda francesa que estaba en absoluto decidido a no aceptar nada de ella si no se servía hacer por sí misma los honores del almuerzo, y no se decidía a compartirlo conmigo.

Accedió ella, quieras que no, diciéndose, probablemente, que más valía no indisponerse con un enemigo, y se manifestó muy amable durante el almuerzo.

Hablamos de una manera encantadora. Nadie hubiera creído, y espero al hacer esta confesión que nadie sospechará de mi patriotismo, que nuestra conversación era entre un oficial alemán y una patriota francesa; un extraño, que nos espíase, no hubiera oído más que a un joven como los otros, diciendo galanterías a una joven, sin asomos de alusiones políticas. ¿Y no era yo ante todo un tenientillo, mozalbete, y Amelia (supe al fin su nombre) la gracia en persona?

Poco a poco, nos habíamos hecho verdaderos amigos, hasta el punto de que, en mi contento, me hubiera olvidado de la hora y de lo demás, si, por fortuna o por desgracia, no se hubiese puesto a dar la una y cuarto; me acordé entonces con estupefacción de que a las dos tenía que asistir a una revista en el pueblo. No pareció agradarle a Amelia esta noticia; en cuanto a mí, he de confesar que nunca servicio alguno se me

antojó más largo que el de aquel día, en Chardogne. Y para colmo de desdichas, al capitán se le ocurrió utilizar la jornada de reposo para pasar revistas de todo género: revista de material de ambulancia, revista de víveres en conserva, de cartuchos, de mochilas, etc.

Eras las cuatro dadas cuando nos despidió.

—¿Y cómo están ustedes alojados, señores?—nos preguntó.

—No mal—mi capitán;—puede pasar.

—Si les agrada, les invito a que me acompañen ahora a mi alojamiento; tengo un cuarto muy bonito y no faltará vino.

—Muchas gracias, mi capitán—le contesté yo;—pero deseo descansar bien esta noche, y voy a acostarme pronto; tengo también que escribir unas cartas.

—Como usted guste, querido.

—¿Y ustedes, señores?

—Con mucho gusto—contestaron mis compañeros.

El capitán añadió:

—No se sabe nada todavía respecto a la marcha de mañana, a no ser que se tocara llamada una hora después de diána. Formaremos en el mismo sitio que hoy. Adiós, señores.

—A sus órdenes, mi capitán.

Por fin estábamos libres.

Me desembaracé no sin trabajo de mis compañeros, y emprendí sin tardar el camino de mi alojamiento, esforzándome en andar todo lo despacio posible, mientras que pudiera ser visto; en cuanto estuve lejos, eché a correr hacia la granja, hacia ella, hacia mi querida Amelia.

No pareció que le desagradara volverme a ver, lo que me puso muy orgulloso.

Al poco rato, me traía un excelente café; la supliqué que lo tomase conmigo y me hiciera compañía, a lo que accedió con la mayor gracia del mundo, y nos pusimos a charlar alegremente como antiguos amigos... Empezó ella por contarme toda su historia..., que su marido había muerto en tal fecha, etc., etc. Llegamos incluso a hablar de política, y esto me

permitió oír todas las historias más o menos extraordinarias que se habían inventado, antes de la guerra, sobre nosotros los bávaros, para uso del buen pueblo francés.

—Sabemos muy bien—decíame ella—que ustedes se han visto obligados a marchar, y que a la primera victoria francesa, se hubieran puesto de nuestra parte.

Era inútil contradecirla; ella estaba enterada de cosas nuevas e increíbles.

—Es evidente—me decía ella para concluir—que ustedes no pueden ya tener las primeras intenciones, porque los prusianos no dejarían de darles el golpe de gracia, pero no teman; a pesar de todo, llegarán ustedes a ser nuestros aliados, porque los alemanes van a ser derrotados cerca de Châlons, y entonces se verán ustedes muy contentos si queremos aceptarles por amigos.

¿Qué podía yo hacer? Tratar de convertirla y de modificar su manera de ver, me parecía casi imposible.

Además, ¿para qué? Hallé el asunto harto poco interesante para insistir más en él, y me esforcé, lo que fue bastante difícil, en cambiar de conversación, entonando un canto a la belleza de sus ojos.

Y verdaderamente lo merecían aquellos ojos. Lo animado de la conversación entablada les había dado un extraordinario brillo, que me produjo una impresión muy fuerte, con gran contentamiento de la dama.

Hablábamos de nuevo desde hacía unos minutos cuando, como joven teniente que era, me hice de pronto más insinuante, con palabras al principio encubiertas, para llegar por fin a manifestar abiertamente el deseo... de recibir un beso, con la sola intención, dije, de sellar una amistad recíproca. Pero Amelia no quiso entenderlo así; el proverbio alemán: «Nadie tiene derecho a hurtarse a un beso de honor», no la decidió, como tampoco la enumeración de todos los usos y costumbres practicados aquí y allí, como el «beso de Pascuas» en Rusia, y otros por el estilo.

Hubiese abandonado la partida, si no me hubiera dicho que un soldado no tiene el derecho de batirse en retirada, que debe siempre mantenerse en las posiciones conquistadas, y esto tanto más, cuanto que ahora no parecía que el enemigo quisiera resistir en realidad...

Cuando bruscamente se abrió la puerta y mi asistente se precipitó en el cuarto, gritando:

—Mi teniente, están tocando a generala en el pueblo.

Como electrizados nos pusimos en pie Amelia y yo, sin que al pronto se me ocurriese palabra alguna.

—Es de urgencia, mi teniente, sin duda vamos a ser atacados.

—¿Qué estás diciendo? ¿Que vamos a ser atacados? ¿Pero te has vuelto loco?

—Oiga usted mismo, mi teniente.

Y en efecto, oíase tocar a generala en el pueblo, y hasta el corneta que había en la granja se puso a repetir el toque.

¿Qué podía significar todo aquello, puesto que no había un enemigo en los alrededores?

Las cornetas volvieron a sonar; ya no había duda posible.

—Toma, Hans—dije;—ahí tienes la llave de la maleta; mete todo a escape y vente en seguida.

Y volviéndome a Amelia:

—Adiós—le dije;—tengo que marchar y dejarla; mi sueño ha sido demasiado hermoso, no podía realizarse. Piense en mí de vez en cuando, si me ocurriera caer en tierra francesa. Adiós.

Y volviéndome desde la puerta, añadí:

—Pero ¿verdaderamente he de marcharme sin ese beso?

Ella no contestó, pero sus ojos consintieron. Entonces la estreché en mis brazos y la besé; luego tomé mi sable, mi casco y me dirigí a salir. Al volver una vez más la cabeza, vi que me saludaba con la mano, como para demostrarme que no la había ofendido mi atrevimiento. Y dijo con tristeza, como si le apenara mi brusca marcha:

—¡Qué triste es la guerra!

A lo que contesté como soldado:

—Sí, pero ¿qué se ha de hacer? En la guerra como en la guerra. Adiós, Amelia, adiós.

En dos saltos bajé la escalera; en la puerta, los cazadores estaban ya listos.

—Paso gimnástico, ¡marchen!

A los cinco minutos formábamos con el batallón, y daban las seis cuando nos poníamos en marcha hacia Bar-le-Duc, de donde habíamos llegado ayer.

Volví a ver la granja al pasar, del otro lado de la carretera; le envié con el pensamiento un postrer saludo, mientras que murmuré en voz baja: «hasta la vista»..., en vano, sin duda, porque han pasado treinta años y no he vuelto a ver Chardogne ni a la encantadora Amelia.

.....

Muchas contrariedades nos estaban reservadas en la jornada aquella; en primer término, el no saber adónde íbamos, ni por qué nos habían puesto en camino tan rápida y misteriosamente.

A las dos horas de marcha cruzábamos Bar-le-Duc por segunda vez; pero, cosa rara, mientras que ayer el pueblo nos había parecido completamente desierto, hoy todos los habitantes estaban en sus puertas y nos dirigían palabras más o menos irónicas o burlonas.

—Si queréis ir a París—nos gritaban,—es por allí;—y al mismo tiempo nos indicaban la dirección opuesta a la que seguíamos; o bien:

—Buen viaje a Berlín, señores alemanes, daos prisa.

O:

—Los prusianos están vencidos; van a ser exterminados.

Todas estas reflexiones nos crispaban los nervios, y ya no dudábamos de que las cosas habían ido mal cerca de Metz; toda la columna fue presa de un gran malestar.

No choque, por lo tanto, que, en tal estado de espíritu, un veterano se arrebató hasta el punto de dar a uno de aquellos burlones, más atrevido y más tenaz que los otros, un fuerte culatazo que le dejó sin conocimiento.

Seguíamos siempre la misma dirección; de pronto, cuando ya empezaba a anochecer, llegó la orden de tomar más hacia el Norte.

«¡Ah!—pensó cada cual;—nos remontamos hacia Metz; con tal de que lleguemos todavía a tiempo...»

Y continuábamos, en medio de la oscuridad, infatigables, pasando sucesivamente por Naives, Rigmont, Bilotte, Ville-devant-Belrain, Nicey.

Varias veces fuimos alcanzados por la artillería, que nos obligaba a hacernos a un lado del camino, y más de una vez tuvimos que echar una mano para ayudar a desatascar alguna pieza.

Por fin hizo alto la columna; se oyó un llamamiento: «¡Señores oficiales!...» al que, como se puede suponer, se contestó pronto; todo el mundo estaba ávido de noticias.

—«Señores—empezó nuestro jefe,—digan a sus soldados que va a ser preciso, en los días que van a seguir, hacer marchas forzadas hacia el Norte. El mariscal Mac-Mahón, con el ejército de Châlons, ha dejado el campo de Mourmelon, y se dirige hacia Rethel, para desde allí tratar de libertar el ejército de Bazaine, encerrado en Metz.

»Nosotros debemos ir a su encuentro, atacarle en cuanto le encontremos y cerrarle el paso. Podemos alcanzarle de aquí a muy pocos días, y tener entonces la ocasión de entablar victoriosamente furiosos combates. Debo añadir, señores, que en Metz todo va bien.»

Estas palabras nos entusiasmaron. Algunos soldados, los más próximos, las oyeron. Como un relámpago, se propagó por todas las filas la noticia de que íbamos al encuentro de Mac-Mahón para combatirle, y que en Metz todo iba bien.

Fue un verdadero regocijo: nadie sentía ya cansancio ni

desaliento; los oficiales se felicitaban recíprocamente, los soldados lanzaban gritos de alegría, toda la columna estaba emocionada, y no se deseaba más que seguir adelante para poder acercarse cuanto antes al enemigo.

Tuvimos que esperar más de una hora larga, para que la artillería, que iba delante, pudiera pasar un río.

Por fin reanudamos la marcha, cruzamos por el pueblo de Pierrefitte para, a eso de las dos de la madrugada, llegar a Longchamp, donde habíamos de pernoctar.

Por mucho tiempo me acordaré de semejante lugar: cinco oficiales de nuestra compañía, doce hombres y dos caballos se hallaban alojados en una casucha campesina de un piso, muy sucia, habilitada por un matrimonio viejo, el tío y la tía Amelot, dos seres raros, parientes, sin duda alguna, de los brujos del Blockberg. La mujer tenía una voz insoportable, la más chillona que pueda haber; por añadidura, no cesaba de dar vueltas, de quejarse, de jurar; iba del cuarto en que nosotros estábamos al de nuestros hombres, removía constantemente el fuego en la chimenea; en una palabra, no nos dejó dormir hasta que, para calmarla, la amenacé con encerrarla en la pocilga; pero me hubiera sido hartamente penoso tocar a aquella vieja, llena de roña.

¡Ironía de la suerte! Aquel monstruo se llamaba también «Amelia».

Haber sido, horas antes, el huésped de Amelia G..., en Chardogne, y verme alojado ahora en casa de la tía Amelot... todavía me estremezco al pensarlo.

En cuanto al hombre, que se me excuse hacer su retrato; tenía gota, reuma y se pasaba el tiempo escupiendo en el suelo.

Permanecimos en aquel infierno, alrededor de un mezquino fuego, hasta las ocho de la mañana, en que tomamos la carretera de Dombasle y de Verdún.

Por la noche vivaqueamos; gracias a Dios, no había de volver a verme nunca en un alojamiento semejante al de aquella Amelia Amelot...

.....
 A los pocos días encontrábamos al ejército francés; luego fue Beaumont y Sedán.

En cuanto a la gentil Amelia, no sé si vive aún, ni si, de tiempo en tiempo, piensa todavía en nuestro buen encuentro, seguido de aquella brusca marcha tan tristemente significativa.

IV

La primera batalla.

En realidad, podíamos perfectamente afirmar que habíamos asistido a la batalla de Wörth, puesto que nos encontrábamos durante el ataque en primera reserva y que, poco después, tomamos parte en la persecución.

Y, sin embargo, no teníamos la impresión de haber recibido allí lo que se puede llamar el bautismo de fuego. Pasaron, es cierto, algunas granadas por encima de nuestro batallón, pero sin probarle suficientemente; ahora bien, las pérdidas son indispensables en este género de bautismo, como el agua en la ceremonia religiosa, sin la cual no es regular.

Hasta el día siguiente no se nos había de permitir tomar verdaderamente parte en la fiesta.

¿No habéis observado nunca, durante una campaña, que siempre, antes de algún acontecimiento, empiezan a correr rumores que no se sabe de dónde vienen? Se propagan rápidamente hasta el último de los soldados, y como por lo general tienen fundamento, todos los repiten con convicción; los unos los creen, los otros son escépticos; háblase de ello; algunos oficiales jóvenes apuestan en pro y en contra, y para terminar, todo el mundo espera los acontecimientos.

Solamente el pobre tren de campaña no sospecha nunca nada, a lo que parece.

¿Es esto verdad? No lo sé, puesto que nunca he servido en él, gracias a Dios.

Así, pues, las noticias circulaban numerosas aquella noche en el gran vivac, cerca de Sommerance.

—Ya verán—decía nuestro ayudante mayor—cómo mañana llegamos a las manos; los franceses no pueden estar lejos; no estamos más que a dos jornadas de marcha de Bélgica. En cuanto a haberlos pasado, podría llevarse el diablo a toda nuestra caballería si semejante cosa hubiese ocurrido.

—Esté tranquilo, no será así—dije a mi vez;—mañana se harán oír vuestros fusiles; lo sé por el capitán Xylander.

—El capitán Xylander sabe lo que nosotros, no puede hacer más que suposiciones; no se sabe nada positivo, ni en el Estado mayor de la brigada.

Lo que siguió, sin embargo, dió la razón al capitán, y a las veinticuatro horas, nuestros fusiles hablaban tanto y tan bien, que los franceses hubieron de perder la vista y el oído.

Sea como fuere, a partir de aquel momento, no hubimos de hablar mucho, porque verdaderamente carecíamos de tiempo.

.....
He estado en muchos vivaques antes y después de aquel 29 de Agosto, pero no hay uno que me haya dejado un recuerdo parecido al de aquel día, cerca de Sommerance, infinitamente grandioso y soberbio de extensión.

Nuestra división se encontraba en las proximidades del pueblo; a nuestra izquierda, la primera división bávara, luego el 5.º cuerpo prusiano; ante nosotros y a la derecha, la brigada de coraceros bávaros; por todos lados soldados, soldados por todas partes.

Admirable espectáculo que hacía que cada uno de nosotros sintiese la confianza que podía tener en los jefes que nos mandaban, los cuales comprendían perfectamente su misión; sabían, durante la marcha, espaciar sus tropas para que no se entorpeciesen unas a otras, y sabían reunir las antes de la batalla, a fin de que fuesen siempre, y sucediera lo que quisiese, más fuertes que el enemigo, al que se trataba de derrotar.

Nos ocurrió, cierto es, más adelante, en el Loire, ser casi

siempre inferiores en número; pero esto no nos impidió arrollarlos, porque habíamos adquirido la costumbre.

Acabábamos, pues, de instalarnos lo más confortablemente del mundo en nuestro nuevo vivac, tan confortablemente como es posible al aire libre y en país enemigo. Pero, a falta de comodidad, ¿no teníamos otras y numerosas ventajas? Aunque no fuera más que no ver, apenas hecho el alto, llegar a nuestro oficial de administración, seguido de su eterno carro con pan, paja, cerveza y víveres, que no oír gritar al mozo del casino, aun antes de habernos podido quitar los sables: «Los señores están servidos, ya ha empezado.» Y luego, no estábamos espiados por una turba de campesinos que trataban de saber si nuestros soldados habían roto la mitad de una hoja de lechuga; no encontrábamos, a cada centenar de pasos, un poste que parecía vigilar, aquí un patatar, allá un sembrado de coles; y no había por todos lados esas miradas que inquietan si algún soldado se ha comido al azar una manzana o una ciruela.

Nuestro vivac era confortable, en el sentido guerrero de la palabra, lo que quiere decir más confortable ciertamente que a la manera vulgar de las maniobras.

Ya nuestros cazadores habían descubierto serias provisiones de patatas; habían encontrado agua; el bosque próximo había proporcionado leña a discreción; había pan y sal; los agujeros estaban hechos para cocinar; todo estaba listo; no faltaba más que una cosa: la carne.

No se hizo esperar demasiado, y poco después el destacamento encargado de las requisiciones estaba de vuelta.

A nosotros nos correspondía un soberbio toro. El carnicero estaba allí, dispuesto ya a herirle; disponíase a blandir el hacha, cuando el animal, asustado, logró escapar; derribó en su carrera a un soldado y le causó una herida en la cabeza; después se lanzó en derechura a nuestra compañía.

—¡Cuidado! ¡un toro!—gritó un hombre.

—Va a ocurrirnos un tonto accidente—dijo nuestro capitán.

—No hay peligro—pensó el veterano cabo Mögete,—no tengan miedo.

Y, muy fríamente, se echó el fusil a la cara, apuntó, y ¡paf! el animal rodó, agitó un momento los pies y quedó inmóvil.

Cuando el carnicero del batallón y su ayudante, que echaron a correr, vinieron a buscar la pieza, no fueron acogidos precisamente con palabras cariñosas; pero la tempestad pasó pronto; el certero tiro de Mögete había alegrado a todo el mundo, oficiales y soldados, y además, hay que decirlo, todos nos moríamos literalmente de hambre.

Unos diez hombres engancharon al toro que ya no daba señales de vida, y lo arrastraron tras el parque de los vehículos, en donde se pusieron inmediatamente a despedazarle en cientos de trozos; al poco rato, le vimos alegremente cocer en las marmitas de nuestros soldados.

El cazador que fue derribado no sentía ya nada; la cabeza le zumbaba aún terriblemente, pero la herida no le causaba inquietud alguna.

—Oye, Tanera, el capitán pregunta qué trozo tendremos hoy.

—Descuidad—contesté;—puedes decir al capitán que mi asistente ha conseguido una vez más hacerse con la lengua; pronto estará cocida. ¿Tenéis vino?

—Bastante, pero anda listo; ya sabrás que nos hemos instalado allá delante.

En aquella época, me confiaban todavía, de vez en cuando, en nuestra compañía, el cuidado de organizar la manducatoria de los oficiales; pero no tardaron en retirarme aquellas delicadas funciones, a causa de mi poca competencia, para entregárselas a uno de mis compañeros.

Nuestra comida terminó a las tres; habíase compuesto de sopa, pan, lengua de buey (o más bien de toro), patatas, sal, vino, vino y más vino.

Si me ha ocurrido en mi diario escribir muy a menudo la palabra «vino», y hasta subrayarla, es porque... yo me entien-

do y todos los que entonces estaban conmigo lo entienden también.

.....
 Al llegar la noche, se puso a tocar nuestra charanga; hacía un tiempo magnífico; estábamos entre compañeros y hablábamos de los proyectos del día siguiente.

Ya nadie dudaba de que se combatiría; habíase adquirido la certeza al poner mano en un oficial de Estado mayor francés que llevaba órdenes escritas al 8.º cuerpo, las cuales nos dieron a conocer muchas cosas útiles.

Fuimos a acostarnos tarde; el vino que habíamos ingerido nos hacía desear vivamente la cama, si se puede dar este nombre a cualquier surco en el campo, y allí, a pesar de nuestro gran deseo de dormir, no gustamos sino un sueño de los más agitados, turbado por los pensamientos que sugieren las vísperas de batalla.

Mis ojos, sin embargo, se cerraron bastante pronto; mi conciencia limpia podía no ser una almohada muy blanda, puesto que descansaba sobre terrones de tierra; pero era la razón de una gran tranquilidad de espíritu, lo que para mí bien valía algo.

Desde el amanecer empezó el trajín. Hay siempre en un campamento hombres que experimentan la necesidad, a despecho de sus compañeros, de gesticular y de agitarse apenas despiertos; andan sobre las piernas de los que duermen, derriban algo al pasar, encienden fuego sin necesidad, se llaman unos a otros, hacen todo lo que se necesita para exasperar a los que todavía tienen necesidad de sueño.

Hoy no había tales gentes, porque mucho antes de que el sol hubiere aparecido sobre el bosque, al Este de Sommerance, todos estábamos ya en pie, impacientes por ponernos en marcha.

Pero tuvimos que esperar bastante rato; hasta las cinco y treinta no empezó a andar la vanguardia, formada, desgraciadamente para nosotros, por la 4.ª brigada. Nuestro batallón

seguía detrás con el grueso del que formaba la cabeza; el itinerario pasaba por San Jorge, Champigneules, Verpet, hacia Busancy.

Mi compañero Schmeckenbecher y yo marchábamos juntos entre nuestras dos secciones.

—Mira—me dijo—esas inscripciones francesas en las persianas, que indican acantonamientos.

Miré; los franceses habían, en efecto, procedido exactamente como lo hacíamos nosotros, y podía leerse que el 27 de Agosto, el regimiento 12.º de cazadores de caballería y el 4.º regimiento de cazadores de Africa hubieran debido pasar la noche en aquella localidad, si los ulanos sajones y los jinetes del general Pilsach no hubiesen venido a desalojarles de una manera nada amistosa.

Inmediatamente a la salida del pueblo nos encontramos con un tren de bagajes, que pertenecía al 4.º cuerpo prusiano, y sin duda también a la 6.ª división de caballería. Había allí tal variedad de uniformes de todos colores, que nuestros cazadores quedaron maravillados; pero se extasiaron, sobre todo, ante los húsares rojos de Zieten, a los que veían por primera vez.

Más adelante, en el Sur, hiciéronse muy amigos de los compañeros de aquellos del mismo color, llamados de Blücher, pero en aquel primer encuentro los húsares rojos eran todavía nuevos para ellos.

Frente a Busancy hicimos alto en formación de espera; un oficial de órdenes pasó ante nosotros a caballo; le reconocí en seguida; era el teniente Lobenhofer, cuyo puesto había yo de ocupar más adelante cuando él fue herido.

—¿Qué hay de nuevo?—le grité.

—Vamos a atacar.

—¿Pronto?

—No lo sé.

Y siguió adelante.

Así, pues, íbamos a atacar, pero ¿dónde y cuándo? No se veía rastro de enemigos por ninguna parte.

Y, sin embargo, allí estaban, bien cerca de nosotros, a menos de 10 kilómetros, y nosotros no lo sospechábamos y empezábamos a desesperar.

Por todas partes recorrían las posiciones oficiales de Estado mayor y ayudantes; delante de nosotros se había detenido el general von der Tann, rodeado de su séquito; varios emisarios partían al galope en todas direcciones y volvían; ninguno quería hablar; no tenían tiempo, y nosotros permanecíamos así en la incertidumbre, no sabiendo más sino que íbamos a atacar.

Cuando llegó por fin la orden de deshacer los pabellones, nuestros hombres habían ejecutado ya por sí mismos el movimiento. Se morían de impaciencia y de ganas de seguir adelante para ir a enseñar a los pantalones encarnados cómo sabían tirar los soldados bávaros.

Tomamos la dirección de Sommanthe; de minuto en minuto nuestra cadencia se hacía más acelerada; empujábanse literalmente adelante; los regimientos que venían detrás tenían que correr a cada momento para alcanzarnos; pero ¿qué nos importaba a nosotros, cazadores?

Nos pasó al trote un regimiento de dragones prusianos, luego una batería de artillería.

¡Qué lástima, pensábamos, que no podamos trotar nosotros también!

—¿Pero qué ocurre allí? Están desenganchando.

Desengancharon, en efecto, pero no se decidieron a abrir el fuego.

Y nosotros seguíamos avanzando, cada vez más de prisa.

—Oid, tiran.

Y verdaderamente sí, había tiros por la derecha; entonces la batería que vimos tomar posiciones a nuestra izquierda se animó; la pieza de la derecha empezó el fuego, siguieron las otras, vimos pasar las granadas por el aire y desaparecer tras

una colina que nos cerraba la vista. ¿Adónde iban? Lo ignorábamos, pero no dudábamos de que buscaban al enemigo.

Seguíamos avanzando. ¡Qué sentimiento tan particular se manifiesta cuando se marcha así al combate. Se piensa más de prisa que de costumbre; se ve todo, se oye todo; todos los sentidos están alerta, el corazón late con más fuerza; todo el sér vibra; quisiera uno desdoblarse, para estar en todas partes a la vez y enterarse de todo.

Por desgracia, estaba escrito que seguiríamos sin saber ni ver nada.

El tiro de la artillería se había hecho cada vez más violento; acompañábale ahora una especie de chisporroteo sordo, que tomabamos con razón por el ruido de la fusilería.

Mi buena madre, un día en que estuve a punto de perecer a consecuencia de una apuesta ridícula, me decía:

«Está bien; ya conocerás alguna vez el miedo en la vida, y si te encuentras en una batalla en la que verás aparecer cien veces la muerte, pedirás a Dios que te proteja.»

Mi madre se equivocó; aquel día, no tuve más miedo que cualquiera de mis compañeros, y he de confesar que no pensé un momento en Dios. Mi pensamiento estaba hartó acaparado por las cosas que se desarrollaban a mi vista.

Acabábamos por fin de llegar a la cresta de la colina que hasta entonces nos había ocultado celosamente toda visión.

¡Espectáculo inolvidable! Todo el campo de batalla de Beaumont y Thibaudine se presentaba ante nosotros.

A nuestros pies, a dos kilómetros apenas, era un ir y venir extraordinario, especie de hormiguero confuso, en el que se hubiera agitado un palo.

A derecha e izquierda, las cumbres de las colinas parecían escupir fuego; en el valle, a lo largo de la linde del bosque, una crepitación seca, parecíase bastante al ruido que hace el granizo al caer sobre los cristales de un invernadero.

La artillería francesa estaba al otro lado en una altura, y tronaba hacia nosotros; no tardaron en llegarnos sus saludos;

pero no nos hizo otro daño que salpicarnos arena y barro.

Atravesamos el pueblecillo de Sommauthe. Pasadas las últimas casas, vimos, a la derecha del camino, erguido sobre un peñasco, a nuestro capellán; colgábale sobre su sotana una blanca estola, tenía en la mano un crucifijo, y nos daba, al pasar, la bendición.

En aquella época queríamos mucho aún a los eclesiásticos; no eran entonces los sembradores de discordias y los grandes enemigos del Estado que llegaron a ser más adelante, y nosotros les teníamos el más profundo respeto.

Los cánticos de nuestros cazadores resonaban alegremente; nunca les oí vibrar más fuertes que aquel día, entre el pueblecillo de Sommauthe y el bosque próximo.

«¡Viva nuestro rey!—cantaban delante,—¡y vivan nuestros generales y nuestros oficiales! ¡Viva nuestro príncipe Leopoldo! Somos alegres bávaros.

Y detrás contestaban:

«¡Duro, duro sobre los chasseur!—Luego venía la antigua canción.

«¡Ataque la caballería! ¡Tire la infantería! ¡Avancen los cazadores con armas y bagajes!»

«¡Por el flanco derecho! ¡Haced sitio!»

Y nuestra artillería nos pasó.

—¡Hurrah, los artilleros!

—¡Hurrah, los cazadores! ¿Es, pues, para hoy?

—Sí, y vamos a mostrarles lo que somos.

«¡Avancen los cazadores con armas y bagajes!»

«¡Silencio! ¡Carguen!...»

Ya no había duda, el instante era serio; se hizo el silencio al momento, como si cada cual hubiera sentido la solemnidad de aquel minuto; ya no se oía sino el manejo de los fusiles.

No veíamos nada de la batalla; pero, en cambio, oíamos perfectamente todos los ruidos que nos llegaban, hasta el pun-

to que no creíamos haber asistido nunca a una cosa más formidable.

Y, sin embargo, ¿qué era todo aquello al lado de Sedán, al lado de Orleans, de Coulmiers, de Loigny, de Beaugency?

Dimos un rodeo y pasamos por un sendero del bosque próximo; había de conducirnos a una batería francesa, cuya presencia observamos, hacía un momento, por los tiros de caballos blancos. Llegamos, sin dejar de andar, a un claro, en el que por primera vez percibimos una ambulancia en pleno funcionamiento; ya los médicos se entregaban a su horrible tarea; así fue que nos alegramos mucho de entrar de nuevo en el bosque, impresionados vivamente por el espectáculo de toda suerte de operaciones, y sobre todo, de una amputación que se acababa de practicar a un suboficial del regimiento número 10.

Nuestra compañía marchaba a la cabeza del batallón; seguíamos un camino que se ensanchaba poco a poco para llegar a un nuevo claro.

—¡Dios mío! ¿qué ocurre? Son los nuestros que se batan en retirada.

Era, en efecto, el 10.º que había sido cogido de flanco; nuestra vanguardia, atacada por toda una división enemiga, se exponía a ser completamente envuelta.

—Señores—exclamó nuestro capitán,—cerrad las secciones; es preciso pasar a toda costa.

Jamás hubiese creído que la voz de Zúmmen, de ordinario tan débil, se hiciese tan poderosa.

Prontamente corrimos a nuestras secciones.

—¡Adelante! ¡Apretad filas! No dejar pasar a los hombres del 10.º ¡Al enemigo! ¡adelante, paso de carga, adelante!

Ni uno de los nuestros se detuvo; toda la compañía, con irresistible impulso, logró abrirse paso, mientras que a nuestra derecha las primeras compañías seguían el movimiento, y la cuarta nos apoyaba como sostén.

El ejemplo produjo su efecto; todos los hombres del 10.º, a cualquier grado que perteneciesen, se unieron a nuestro impulso; pronto ya no hubo nadie delante de nosotros.

El bosque aclaraba cada vez más.

—¡En guerrillas!

Apenas podía desplegarse las alas por lo de prisa que avanzaba el centro; todo el mundo corría ahora.

—¡Calen bayonetas! ¡Adelante, cazadores, adelante!

Eran incomparables aquellos bravos. ¡Cómo les perdonaba ahora todas las contrariedades y todos los pequeños disgustos que me ocasionó en ocasiones su temperamento flemático del Allgau.

Llegábamos al final del bosque; ante nosotros se extendía un campo libre de unos 200 pies de anchura; en la linde opuesta se alzaba lentamente una línea de humo blanco, a través del cual el sol iluminaba unos pantalones rojos.

Por fin los teníamos delante.

Empezaron a silbarnos en los oídos, con un ruido raro, las balas de los chassepots; no hicimos caso, pensando que aquello no podía durar, y ni siquiera contestamos.

—¡Adelante!—gritaba nuestro capitán.

—¡Adelante, cazadores!—le contestábamos nosotros, lanzándonos vigorosamente a la zona descubierta.

Algunos compañeros cayeron; habían tropezado sin duda con alguna raíz... o con plomo.

—¡Hurrah, hurrah!

¡Cómo nos enardecía este grito en aquellos instantes!

—¡Hurrah, hurrah!—exclamó toda la compañía, y de un salto se precipitó en medio de los otros, que hubieron de imaginarse que caíamos del cielo para exterminarlos.

Había un foso pequeño, en el que nos esperaba echada la primera línea enemiga. Saltar por encima fue para mí una bagatela: además de ser un muchacho en aquella época, era un buen gimnasta y un buen espadista; detrás de mí venía el cabo de nuestra ala derecha, Bux, bravo y guapo mozo, al que

he perdido completamente de vista después; luego seguían nuestros cazadores.

La mayoría de los franceses huyó cuando llegamos junto a los cañones de sus fusiles; de haber querido, les hubiera bastado disparar para mandar más de un buen mozo al lugar en donde son bien acogidos los bravos, pero adonde no van sino a su pesar.

Sin embargo, una parte de los enemigos se mantuvo firme; se defendió valientemente, pero en vano. Los cazadores y los hombres del 10.º seguían llegando cada vez más numerosos.

Todavía oigo hoy al bravo teniente Zer-Rhein dirigirse a un mocetón que le apuntaba, y gritarle: «¡Suelta el arma!» Y veo todavía caer el fusil de manos de aquel mozo, como si de repente le hubiera quemado el cañón.

Y aquel otro, un francés alto y delgado, que iba a tomar mi cráneo por blanco, cuando acudió uno de mis cazadores, el bravo Moser, que le hundió tan terriblemente la bayoneta en el pecho, que el otro, al caer, lo arrastró consigo, y a Moser le costó ímprobo trabajo sacar del cadáver el arma doblada; el tiro fue al aire, sin alcanzarme, por fortuna.

Y veo aún a un sargento mayor francés, al que le hice soltar el sable, y que me pidió perdón como un niño.

Todo esto no duró más que un relámpago: matar o hacer prisionero a lo que todavía quedaba, fue cuestión de un instante; los demás volvieron las espaldas y escaparon a todo correr.

Nos permitieron entonces disparar, a nuestra vez, los fusiles; debo decir, que no hacían tanto ruido como los chassepots, pero afinaban bien, que es lo que pedíamos. Luego nos echamos en persecución de los fugitivos, pero menos de prisa que hacía un momento. Cierta es que hasta una locomotora concluye por perder aliento, y con mayor razón un hombre que no tiene más que pulmones y lleva una carga auestas.

Llegamos, en fin, al extremo del bosque, en donde nos detuvimos; fue entonces un verdadero tiro al blanco sobre todos

aquellos desdichados que corrían por el campo, aniquilados y literalmente muertos de cansancio.

Muchos de ellos descansaron para siempre; hoy los comparto con toda mi alma; pero entonces, mi única preocupación era si mis soldados apuntaban bien y hacían buenos blancos.

Cuando ya no tuvimos nada que tirar, seguimos adelante, unidos esta vez con los otros compañeros, a los que una conversión a la izquierda había retrasado un poco.

El teniente coronel Schmidt, nuestro «buen viejo», se había lanzado a nuestra cabeza; blandía su sable que era un portento, y daba, en aquel instante el más formal mentís a todos los que verdaderamente hubieran podido tenerle por viejo.

¿No era siempre joven nuestro viejo, siempre que se trataba de realizar un esfuerzo, de afrontar fatigas, de atacar al enemigo? Tan pocos llegaban a igualarle, que nadie podía jactarse de aventajarle.

Nos mandaron hacer alto en pleno campo; delante de nosotros, a menos de 500 pasos, al Norte de Varniforêf, estaba instalada una batería enemiga que acababa de acogernos a cañonazos. ¿No era lo mejor contestarle a tiros de fusil? Esto es lo que inmediatamente hicimos, mientras que nuestra 4.^a compañía se desplegaba por la izquierda y se dirigía directamente al pueblo, con objeto de llegar más pronto al enemigo. Entretanto, no queríamos dejar a éste tranquilo; tirábamos mejor, puesto que ya no estábamos sofocados, y nuestro fuego sostenía poderosamente a los nuestros, a la par que facilitábamos el ataque de la 4.^a compañía.

Los artilleros franceses resistían de una manera admirable; uno de sus oficiales, montado en un caballo blanco, no cesaba de trotar de un lado para otro.

—Tiradle—gritó alguien,—parece un oficial superior.

Varios tiros le fueron destinados, ninguno le dió.

—Kraus—dije,—dame tu fusil.

—Tome usted, mi teniente.

Apunté dos veces sin tirar, porque no estaba seguro de ha-

cer blanco; la tercera vez hice fuego; el oficial alzó los brazos y cayó al suelo, mientras que su caballo, en libertad, huía al galope.

Parecióme entonces que la batería deseaba vengar a su jefe herido; digo «herido» porque no habíamos de encontrar su cadáver cuando, al poco rato, nos apoderamos de la posición; y trataba de vengarle, sin duda alguna, porque a partir de aquel momento sus granadas nos llegaron más numerosas, pero siempre sin causarnos mucho daño. Mientras tanto, la 4.^a compañía había ganado bastante terreno.

El «Viejo» se puso a nuestro frente.

—¡De pie y adelante, adelante!

Y como habíamos reparado nuestras fuerzas, la carrera se reanudó briosa.

Al acercarnos, los franceses no opusieron resistencia alguna y huyeron con toda la velocidad de sus piernas, no lo bastante de prisa, sin embargo, para impedir que la 4.^a compañía los alcanzase, los cogiera dos piezas con sus tiros y sirvientes, y, como no se defendían, los hiciesen prisioneros.

Llegamos a nuestra vez; pero la cuarta, en esta ocasión, se había reservado el puesto de honor; no nos sentimos celosos, puesto que ya habíamos tenido nuestra parte de triunfo.

Los otros no tardaron en estar fuera de alcance, lo que aprovechamos para reunirnos de nuevo y volver, todo lo rápidamente posible, a nuestras formaciones primeras. Vimos entonces que estábamos completamente aislados de las otras tropas, que se habían quedado muy detrás de nosotros.

No nos restaba más que felicitarnos e interrogarnos unos a otros, como es el caso general en tales circunstancias.

Nuestro «Viejo» (que me perdone llamarle siempre así) irradiaba de contento y gozo; sus cazadores habían sido tales como él los había educado: duros a la fatiga, resistentes, animosos, enérgicos, incomparables en el combate.

Alguien gritó, no sé quién, creo que un cabo: «¡Viva nuestro Viejo! ¡Viva el teniente coronel Schmidt!» Y todo el bata-

llón, oficiales y soldados, contestó: «¡Viva, viva nuestro teniente coronel!»

Jamás hubo entusiasmo más sincero; el Viejo lo comprendía así; y se emocionó, hasta correrle las lágrimas, que no trató de recatar, y que nos lo hacían más estimable; era grande nuestra emoción al ver llorar a un hombre que pasaba por no haberse reído nunca.

Fue lo suficientemente afortunado en lo sucesivo para llegar al mayor grado a que puede aspirar un oficial en tiempo de paz; fue elevado a la cumbre de la jerarquía militar; pero, ¿tuvo nunca aquel mismo sentimiento de alegría y de satisfacción interior que experimentó el día acabado de relatar, después de la batalla? Lo ignoro; se lo deseo, bien seguro que de su parte no ha olvidado a sus cazadores.

La batalla había terminado; sólo nos quedaba ya ocupar nuestros puestos y contar los ausentes; éstos, por desgracia, eran más numerosos de lo que al principio hubiéramos pensado; pero, ¿era pagar demasiado caro el gran triunfo que habíamos alcanzado?

Por este vigoroso ataque del 1.º de cazadores bávaros recibimos muchas felicitaciones y muestras de estimación; las que más profundamente nos afectaron fueron las dirigidas directamente a nuestro «Viejo», al que Beaumont le otorgó la más alta recompensa militar de Baviera: la Orden de Max-José.

Las otras partes de la brigada se reunieron poco a poco a nuestro alrededor; emprendimos entonces el camino del Besace, donde acampamos.

No supimos ya nada del enemigo, si no es que fue perseguido por nuestra caballería y toda nuestra primera división; en esta ocasión no debíamos ser de la partida, contentos de aprovechar un reposo bien ganado.

No habíamos tomado alimento alguno durante la batalla; no habíamos de ser más afortunados por la noche, y empezá-

bamos a desesperar, cuando un bravo compañero, Baumgârtner, si mis recuerdos son exactos, nos trajo un enorme pote de manteca de cerdo, sobre el que había puesto mano. Hicimos, con harina de la que uno había descubierto un saco, una especie de papilla, que preparamos, desgraciadamente, sin sal.

Y aquello nos pareció muy bueno, sobre todo cuando un suboficial vino a traernos varias botellas de champaña que había reunido para nosotros. ¿No somos como el «Señor en Francia», felices con reír y bromear?

¿Y no teníamos en nuestro haber la primera batalla y la primera victoria?

V

Audrecourt y Remilly (31 Agosto 1870).

Sabe el lector, por el capítulo precedente, cuál era nuestro estado de ánimo en la noche del 30 de Agosto.

Teníamos una idea de nosotros mismos, que todavía había de modificarse cuando, a la mañana siguiente, muy temprano, salimos de nuestros mezquinos lechos de paja.

¿No éramos ya soldados aguerridos? ¿No habíamos vivido toda una batalla, alcanzado y pagado con nuestra sangre la victoria? ¿No éramos ya, en una palabra, probados guerreros?

Con tales pensamientos, el espíritu se eleva y tonifica. Yo me sentía, desde aquel 31 de Agosto, y a pesar de mi juventud, un hombre completamente maduro; me estimaba sin discusión al igual de los paisanos de mucha más edad que yo; había dado mis pruebas en la medida de mis fuerzas.

Conocía ese sentimiento del orgullo por haberlo experimentado ya el año anterior, cuando salí por primera vez por las calles de Munich, con mi sable de oficial colgante, y mirándome de reojo a derecha e izquierda mis charreteras de moda en aquella época.

¿No fuí lo bastante atrevido el día aquel, para subir a casa de mis futuros suegros y solicitar, sin resultado, por lo demás, la mano de la que más adelante habría de ser mi mujer, y que a la sazón no era más que una chiquilla?

Pero todo lo que se puede experimentar como oficial recientemente promovido, no es nada al lado de la alegría que se siente después de la primera batalla ganada, después de la primera victoria; porque entonces solamente puede uno darse cuenta de la grandeza de la misión realizada y se tiene conciencia de ser un verdadero defensor del tronc y de la patria.

Tales son las consideraciones que nos hicieron olvidar, aquella mañana, que en nuestro café faltaba el azúcar y que la leche brillaba también por su ausencia. Hubimos de tomar el café puro, muy divertidos al ver la triste figura del bravo Lind, teniente de la landwer, niño mimado por su madre, a quien le parecía hartó frugal el desayuno.

Iba a alejarme de mis compañeros para ocuparme de mis soldados, cuando el cabo Kuiele se me acercó, y sacando misteriosamente una botella de champaña, me la tendió, diciéndome:

—«La puse aparte ayer, mi teniente, para que tuviera usted también hoy algo que beber. Si no lo hubiese hecho, esos señores se la hubieran bebido seguramente.»

Le di las gracias, encantado del obsequio; luego, vertiendo en una marmita de campaña el contenido de la botella, bebí concienzudamente y entregué el resto a mi fiel cabo, muy satisfecho de ir a compartirlo con sus compañeros; hizo así las delicias de nuestro buen sargento mayor, Renner, que estaba cerca, y que tenía fama, cuando se llevaba alcohol a los labios, de hacerse súbitamente muy conservador, sin perjuicio de permanecer siempre muy correcto.

Durante la noche se nos habían agregado las patrullas diseminadas en el transcurso de la batalla, y al emprender la marcha estábamos casi completos.

Faltábanos, sin embargo, el bravo Sttummvoll, mi compa-

ñero y vecino, teniente de la landwer, al que los pantalones rojos habían atravesado la mano de un tiro, y que desgraciadamente hubo de ser conducido a una ambulancia.

Había perdido también algunos hombres de mi sección; de todos, el que más me dolía era uno llamado Rensch, infatigable bromista que sabía conservar su buen humor en las circunstancias más graves y no cesaba de animarnos a todos.

Duerme ahora cerca de Varniforêf.

.....
Nuestra división se puso en marcha detrás de la primera, los cazadores a la cabeza. Llegamos sin incidente a Raucourt, donde nos detuvimos.

Oíase claramente el ruido de la fusilería [en la región de Remilly. ¡Ah! otra vez están habiéndoselas con la primera división; de nuevo van a ser sacudidos, y, si esto dura, pronto no quedará ni uno.

¡Qué pronto se habitúa uno a todo!

Cuando el 4 de Agosto último, cerca de Langenkandel en el Palatinado, oímos por primera vez el cañón de Wissemburgo; luego cuando el 6 de Agosto nos precipitamos en el campo de batalla de Wörth, y cuando ayer, en fin, tomamos por asalto las alturas de Sommanthe, apenas éramos dueños de nosotros.

Hoy nuestros nervios están aún un poco excitados, pero ¡qué diferencia ya con entonces! Más adelante, cuando diariamente teníamos que oír el ruido del cañón, no habíamos ya de prestarle atención si no era para orientarnos en la batalla, guiándonos el ruido sobre su dirección y violencia.

Puede decirse, y hablo aquí de nosotros los oficiales jóvenes y de nuestros hombres, que al principio de la campaña lo percibíamos todo con nuestro temperamento, mientras que más adelante con nuestra razón.

Tuvimos, digámoslo de paso, que tomar parte en dos especies de guerras: una leal, caballeresca, hecha por caballeros al ejército imperial francés; otra salvaje, cruel, mortífera, guerra

de exterminio contra el pueblo sublevado al Sur de París, guerra de cuchillo contra las masas de la República, contra ciudadanos extraviados que se creían obligados a defender su patria con las armas en la mano.

De pronto se hizo oír la voz grave de nuestro jefe:

—¡Teniente Tanera!

—Presente, mi coronel—y ya estaba a su lado a la cabeza del batallón.

—La primera división—me dijo—está batiéndose cerca de Remilly y Bazailles; la segunda la sigue de reserva. La caballería nos informa que no hay ya fuerzas importantes en la orilla izquierda del Mosa; pudiera ser, sin embargo, que algunas patrullas aisladas, y hasta compañías, se encontrasen aún en esas alturas frondosas.

Tome usted su sección, vaya a recorrer el bosque de Cognenx, el de Chenois, el poblado de Antrecourt, y diríjase a lo largo de las crestas que bordean el Mosa hacia Remilly. Esas crestas forman el flanco derecho de la división; no hay caballería. Cuando esté usted en Remilly, verá de unirse al batallón. ¿Tiene algo que pedirme?

—No, mi coronel.

—Esta bien, puede usted marchar en seguida.

Me dirigió una mirada amable; di media vuelta y volví a escape a mi sección, diciéndome para mí que el teniente coronel Schmidt sabía elegir bien sus hombres, orgulloso también de la misión seria y llena de responsabilidades que acababa de confiarme.

Al elegir así, no al de más edad de sus oficiales, sino a un jovencillo teniente, nuestro jefe estimulaba el amor propio de éste, hasta el punto de hacerle aportar a su misión, por muy flemático que fuese, y para justificar la confianza depositada en él, todas las fuerzas de que era capaz.

Nuestro jefe tenía en grado supremo el dón de alentarnos cuando nos pedía algo de particular. Nunca nos dirigía pláce-

mes; pero sabíamos adivinar cuándo estaba satisfecho, y nuestra mayor alegría era poder ver en una mirada de aquel digno hombre que habíamos cumplido con nuestro deber.

Su principio era pedir «lo imposible», para obtener lo «posible»; muy difícil de contentarse, ocurría a veces, sin embargo, obtener de él un signo de aprobación; pues, severo, pero siempre justo y benévolo, seguro estoy de que ninguno de sus hombres hubiera consentido en cambiar su puesto con otro compañero, por privilegiado que fuese, porque todos sus cazadores sabían que un signo de cabeza del «Viejo» era más difícil de ganar que con otros jefes el más soberbio homenaje; ¿y no tenía esto su valor?

Cuando dije a los de mi sección la honrosa misión que se acababa de confiarnos, experimentaron, como yo, un gran sentimiento de orgullo; los otros pobres compañeros, menos afortunados que nosotros, y que habían de quedarse en el valle, nos siguieron con envidiosas miradas cuando nos vieron trepar por las pendientes abruptas de la colina.

Llegamos pronto al bosque que nos había indicado el plano; era, como todos los de aquella región, muy frondoso.

Destaqué en seguida mis patrullas, formé la sección en guerrillas, y prudentemente, con el arma apercebida para hacer fuego, nos adentramos en la maleza.

Nuestros cazadores estaban en su elemento. Muchas veces habíamos recorrido día y noche los bosques y las montañas que bordean las dos orillas del Iller, yendo así hasta las murallas de piedras de la montaña alta, hasta el Rottachberg y hasta la parte superior del Wertachtal.

Así se veían hoy recompensados nuestros esfuerzos; avanzábamos sin el menor trabajo, sin siquiera ayudarnos con la voz, sin silbidos, sin hacernos señales.

Nada hubiera acusado la presencia de seres humanos en aquel bosque tranquilo, a no ser de vez en cuando el chasquido de una rama seca.

De repente sonó una detonación hacia mí, a la derecha;

E. M.—*Octubre 1914.*

luego otra, después otra, y todo volvió de nuevo a la calma. Mis cazadores, como gentes bien aleccionadas, se habían inmediatamente transformado en estatuas de mármol, con el dedo en el gatillo, el fusil casi a la cara, la mirada escrutando la maleza, el oído al acecho. No se oía más que el gorjeo de los pájaros.

Hice señal a los hombres que tenía próximos para que se ocultaran; los otros hicieron lo mismo, y yo me dirigí hacia la dirección de donde habían partido los tiros que escucháramos.

No tardé en encontrar a uno de mis hombres que me enviaban del ala derecha; me informé que en una línea a trescientos pasos delante de nosotros había sido vista una patrulla francesa, compuesta de cinco o seis hombres, la cual había disparado tres veces, replegándose hacia el Este, perseguida por un grupo de tres cazadores.

A una señal mía, todos mis hombres se dirigieron adelante. Felicité al cabo Zink, que mandaba la fracción de la derecha, por no haber mandado tirar inútilmente, y en adelante me mantuve mucho más cerca de él.

Pronto llegamos al lugar en que habían sido vistos los franceses; no encontramos más que una hoguera que chisporroteaba aún alegremente, y en cuyas cenizas se asaban unas cuarenta patatas. Los que pasaron cerca arramplaron con ellas, y continuó la persecución.

En la conjunción de un sendero que conducía a Autrecourt perdimos de vista el rastro de los franceses; en cambio, encontramos una gran cantidad de mochilas, fusiles, kepis y sables abandonados en el suelo; todo demostraba claramente que el enemigo había pasado derrotado por allí, y que se había desembarazado, para aligerarse de cuanto podía molestarle, a fin de buscar a escape su salvación al otro lado del Mosa.

A eso de las dos llegamos al linde este del bosque de Chenois; a nuestros pies estaba el valle del Mosa, el pueblo de Autrecourt y la aldea de Villers ante Mouzon.

—Mi teniente, allá abajo, en ese parque, hay franceses.

Oculto tras un árbol, observé el parque con ayuda de mis gemelos; unos treinta o cuarenta hombres, vestidos con un raro uniforme negro, tocados con kepis, circulaban en todos sentidos; detrás de un bosquecillo veíase una bandera roja: sin la menor muestra de armas.

—Desde allí, mi teniente, se ve muy bien una bandera en un palacio.

Seguí al que me daba esta noticia, y vi, en efecto, flotante al viento, una gran bandera blanca, en la que se destacaba la cruz roja de Ginebra.

—¡Ah!—pensé,—tenemos frente a nosotros un hospital de campaña francés.

Iba a dar la orden de avanzar tranquilamente, cuando uno de los hombres de la patrulla que había enviado en persecución del enemigo, vino a anunciarme que los franceses, en número de cinco, habían desaparecido en el pueblo de Autrecourt.

La razón nos aconsejaba ser prudentes. Decidí enviar una patrulla hacia el pueblo, con orden de detenerse a unos cien pasos del parque y observar muy atentamente; yo había de seguir el movimiento con el resto de mi sección, basando mi conducta eventual sobre los tiros que pudiera oír.

Todo pasó como lo había previsto; no hubo la menor alerta, y, cuando estuve bien seguro de que todas mis patrullas estaban en sus puestos y acechaban, como zorros, todas las salidas del pueblo, avancé seguido con toda mi línea de tiradores.

Apenas aparecimos en una parte de terreno descubierto, cuando del parque, que se había súbitamente animado, salieron unos cuarenta individuos en dirección nuestra, con la bandera roja al frente. Vi sin dificultad, a pesar de la distancia de unos 600 metros que nos separaba, que aquellas gentes no venían animadas de ningún sentimiento hostil, y dejé que mis cazadores avanzaran tranquilamente.

Los hombres de uniformes negros hicieron lo mismo.

De repente, como si se hubiera tirado una piedra a una bandada de gorriones, se dispersaron en todos sentidos, y los más se volvieron corriendo al parque. Allí se juntaron de nuevo, se pusieron en filas y se dirigieron otra vez hacia nosotros.

Comprendí entonces que hacía un momento hubieron de ser sorprendidos por una de mis patrullas que había avanzado hasta su flanco, y que debieron de asustarse al ver a mis cazadores marchar sobre ellos, con las armas dispuestas a hacer fuego, como lo ordenaba la ordenanza.

Un personaje de muy buen aspecto avanzó hacia mí. Paré inmediatamente a mis hombres; los extranjeros hicieron lo mismo. Pude entonces distinguir claramente que todos llevaban brazales con la cruz de Ginebra.

En un alemán más que extraño, el jefe de la tropa me explicó que tenía ante mí un equipo de enfermeros voluntarios belgas, puestos bajo la protección del derecho de gentes, a los que no se debía hacer prisioneros ni molestar.

Le contesté en francés que todos esos convenios me eran conocidos y que no se le molestaría en manera alguna.

Púsose entonces muy amable, me declaró que era yo el primer alemán que veía tan cerca, me dirigió de paso algunos cumplidos y me dijo que, hasta entonces, se había formado una idea muy distinta de los adversarios de los franceses.

No obstante todas estas protestas de amistad, creí oportuno mandar algunas patrullas al pueblo, y yo fui al palacio para cerciorarme de que, realmente, no había allí más que heridos.

Conocí al propietario, el Sr. Pasquier, hombre muy afable y muy bien educado, que, con suma amabilidad, me dió todos los informes que deseaba. Cambiamos nuestras tarjetas, y supe entonces que era amigo de unos parientes míos, que vivían en Bélgica.

Siguióse más adelante, durante mi estancia de seis meses en Sedán, una serie de visitas que me permitieron pasar allí, en el seno de su familia, algunas horas muy agradables.

No tardaron en estar de vuelta mis patrullas; no habían observado nada anormal en el pueblo, pero habían visto a los exploradores franceses encontrados antes en el bosque, que atravesaban el Mosa y se dirigían hacia Doncy; no creí que debía permanecer más tiempo en Autrecourt, y, trepando de nuevo por las pendientes del Mosa, me dirigí hacia el Norte sobre Villers, ante Mouzon y Petite-Ramilly.

No encontramos ni la sombra de un francés en los bosques próximos a esas localidades, pero el suelo estaba sembrado de equipos y de armas.

Recorrimos también el bosque de Damas y nos detuvimos, en fin, en la granja de Saint-Pierre; vi desde allí que un barranco muy profundo, siguiendo el valle, pasaba junto al molino de Petite-Ramilly.

Me puse a observar más detenidamente con mis gemelos: vi que en aquel barranco, a la salida de Ramilly, había un pesado vehículo enganchado a dos caballos, de los que el uno estaba en pie y el otro echado a través del camino.

Me apresuré a enviar una patrulla, a fin de darme cuenta de lo que pasaba allí; uno de los hombres volvió pronto, y me dijo:

—Ese camino está lleno de furgones, mi teniente; están en fila unos tras otros, varios enganchados todavía; no hay rastro de franceses; es todo un tren enemigo abandonado ahí.

Sin perder tiempo, instalé algunos puestos en las alturas circundantes y despaché unas patrullas al pueblo de Petite-Ramilly y sus alrededores; luego fui en persona con el resto de mi sección al camino donde estaban los furgones.

Había siete; reconocí por las inscripciones que llevaban que habían pertenecido al tren del 1.^{er} regimiento de húsares franceses. La casualidad había hecho que uno de los caballos del primer furgón cayera y se rompiera un miembro, cuando el coche iba a salir del barranco, mientras que los otros venían detrás. Toda la columna se encontró, pues, bloqueada, pues ninguno de los furgones podía ya avanzar ni retroceder; los

conductores, en su precipitación, ni siquiera habían tenido sangre fría para dejar libre el paso, y se habían limitado a cortar las correas para huir con los caballos ensillados, abandonando a su triste suerte a los otros animales, algunos mulos y todo el material.

Yo quería darme cuenta de lo que podían transportar aquellos furgones: en el primero estaban amontonadas las maletas de los oficiales; algunas estaban entreabiertas y dejaban escapar los objetos que contenían; es de presumir que los fugitivos, antes de huir, habían tenido tiempo, sin embargo, de hacerlas una visita.

Había varias tarjetas desparramadas; cogí algunas que llevaban el nombre de príncipe de Beauffremont, coronel del primer regimiento de húsares; puse también aparte, como recuerdo, el pompón tricolor del coronel; todavía adorna hoy mi gabinete de trabajo.

El coche siguiente contenía calzado, pan en abundancia y ropa blanca.

Hice enganchar el caballo válido, y después de haber hecho que matasen al animal herido y poner a un lado el primer furgón, hice que sacasen del barranco el vehículo. Los otros coches no contenían más que uniformes y una porción de objetos sin ninguna utilidad para nosotros.

Fueron muertos también varios mulos que no podíamos llevar, así como un caballo blanco en malísimo estado; en cuanto al furgón de pan, nuestros cazadores completaron su cargamento con algunas maletas de oficiales, y di la orden de marchar hacia Ramilly.

Creo deber señalar aquí un hecho curioso: nuestra cuarta compañía, que recibió también la orden de dirigirse por el flanco derecho de la división, dió como nosotros con los furgones abandonados; encontró en ellos la enorme suma de unos 90.000 francos, de la que se apoderó.

Este dinero pasó a las cajas del Cuerpo de ejército; correspondió una parte á nuestro batallón, de la que cada hombre,

cada herido, cada oficial, recibió, si no me engaño, 20 francos, 40 francos, 10 francos, según los casos.

Yo he llevado mucho tiempo mi monedita de oro sujeta a mi reloj; la he llevado hasta Tivernon, cerca de Toury, al Norte de Orleans. Allí la perdí, el 13 de Noviembre, en la cochera del alcalde, con el reloj y la cadena y otros recuerdos.

Volví de Toury, a las pocas horas, con la esperanza de encontrarle; pero fuí recibido por unos coraceros franceses, que me saludaron con sus pistolones, y no volví a ver ni mi reloj ni mi moneda.

.....

El grueso percherón blanco que habíamos enganchado al vehículo del pan trotaba tan alegremente, que apenas podía contenerle el soldado que le guiaba. El pobre animal, cuyo vientre llevaba varios días vacío, se imaginaba sin duda volver a su cuadra.

Volvió pronto la patrulla que había mandado a lo alto de la colina; me anunció que nuestra división había acampado en la vertiente opuesta a menos de 1.000 metros de nosotros: supe también, por mis exploradores, que el pueblo de Ramilly-sur-Meuse estaba ocupado por fracciones de nuestra 1.^a división.

Decidí enviar noticias mías a mi batallón; en respuesta recibí la orden de volver a mi compañía, lo que hice al punto y de buena gana.

Mi primer deber fue presentarme a nuestro teniente coronel y a los oficiales superiores, muy satisfecho de hacerles contemplar el botín que traíamos triunfalmente.

En todo el batallón resonó un grito de alegría cuando se descargaron, una tras otra, todas las hermosas piezas de pan francés. Los hombres que, desde la víspera por la mañana, no habían tomado más que carne, acogieron aquel pan como el más hermoso de todos los hallazgos.

Cada cual recibió mucho más de lo que necesitaba, y los míos, cuyas mochilas estaban ya llenas, no fueron los que peor salieron en la repartición.

Distribuyóse también el calzado; a mí me correspondió un par de botas, que durante diez meses me hizo un excelente servicio.

Mientras tanto, nuestro jefe de administración había llegado con vino, lo que colmó de contento a nuestros hombres.

Eran las seis y media, poco más o menos, cuando terminó la visita de todas las maletas; halláronse tarjetas y cartas, que guardamos porque nos podían ser de cierta utilidad; luego nos repartieron la ropa blanca, de la que me correspondieron tres lindos pañuelos.

Peor acogida obtuvieron los uniformes y otros objetos del mismo género. Algunos soldados, sin embargo, se apoderaron de ellos, se los pusieron y empezaron a recorrer el campamento vestidos de oficiales de húsares franceses, mientras que otros se disfrazaban de maneras diferentes más o menos grotescas.

Hubo jaleo y baile hasta bien entrada la noche; el regocijo se hizo general cuando llegó nuestra 4.^a compañía, trayendo también con ella las maletas que habían cogido. Desarrolláronse escenas absolutamente teatrales y en alto grado cómicas, en las que no faltaba a la verdad, y no se podía echar de menos, sino el elemento femenino.

No olvidaré nunca a un soldado de la 4.^a compañía que imitaba tan perfectamente a un soldado francés jactancioso, que por poco nos morimos de risa; ni al teniente barón de Aufsess, que, de una manera finísima y satírica, nos divirtió locamente, vestido con el uniforme de coronel francés, que, además, le sentaba a maravilla.

Los otros batallones de la división se habían quedado sin pan, por lo que, naturalmente, recibimos su visita, y pronto nos convertimos en el punto de reunión de todo el vivac; hasta muy tarde continuamos riendo y bromeando.....

.....

A menos de 800 metros de nosotros, en Ramilly, estaban reunidos los heridos llevados después de la batalla. Entre ellos

se encontraba mi primo, el barón Donnersberg, del 4.º batallón de cazadores.

Ignoraba yo por completo su presencia en aquel lugar, y, cuando más adelante quise visitarle, había muerto ya, y no pude hallar sino su tumba.

¿No es esto una imagen palpitante de la guerra? De un lado, la alegría; del otro, la tristeza y el duelo; «hoy, fresco y rosado», como dice la canción; «mañana, muerto»; tal es la suerte de la guerra; hoy las alegres veladas de Ramilly, mañana las lágrimas derramadas sobre los compañeros muertos en la batalla.

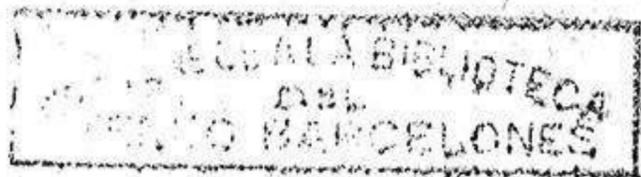
¿Y no es una dicha para la mayoría de nosotros no conocer lo porvenir, por favorable que sea? ¿No es una obligación para nosotros el ocultar a nuestros hombres todas las eventualidades posibles, y mantenerles constantemente en bueno y alegre humor?

Muy bien lo comprendía así nuestro teniente coronel, guerrero incomparable, que sabía siempre cerrar los ojos cuando sus hombres, fuera del servicio, se ponían un poco más alegres que de costumbre, y más exuberantes de lo que hubiera permitido algún sér neurasténico o gotoso.

Cerró los ojos en Ramilly, como en otras partes, lo que no impidió que sus cazadores le probasen al día siguiente, en Bazailles y en la Moncelle, que, cuando era preciso, podía contar con ellos.

Y tan verdad era esto, que después de la campaña, cuando quería hablar alguien de una tropa escogida, citaba siempre a los cazadores bávaros, y, entre éstos, a los del 1.º batallón, los del batallón de Schmidt.

VI



La batalla de Sedán (1.º Setiembre 1870)

Si me fuese permitido comparar las batallas con edificios o paseos, diría que la batalla de Sedán, en su grandeza, podía

parecerse a un palacio suntuoso, ornado con los más valiosos objetos de arte, rodeado de magnificentes parques.

Las batallas de Loire se parecían más bien a esas minas que se extienden hasta perderse de vista bajo las montañas, y que, por la potencia de las máquinas que encierran, son la brillante prueba de la superioridad del género humano.

El recuerdo de Sedán, sublime, está, en cierto modo, impregnado de alegría y orgullo; el de Loigny, de Orleans y de Beaugency es grato también, pero mezclado, no obstante, de horror.

¿Quiere esto decir que no hubo en Sedán algunas escenas abominables? No, y harto lo sabemos nosotros, los que estuvimos en Bazeilles, en la Moncelle y en las alturas de Daigny; otros tantos recuerdos que se me presentan como espantosas imágenes en medio de otras, como podría aparecérseme el infierno de Rubens, en medio de algunas de esas magníficas obras maestras que no se olvidan nunca, gracias a su belleza sublime, como la *Madona della Sedia*, de Rafael; la *Santa Magdalena*, del Tiziano; la *Cleopatra*, de Guido Reni, y otros cuadros de Perugino, Andrea del Sarto y Tintoretto.

He visto muchas de esas obras de los grandes maestros en el palacio Pittí, de Florencia, deliciosas como las que acabo de nombrar, o terribles como la *Infiel*, de Mazzolini.

Así se me aparece la batalla de Sedán, soberbia, llena de arrogancia y distinción.

.....

Estábamos en pie desde el amanecer, y muy bien dispuestos, como si hubiésemos presentido los triunfos que íbamos a alcanzar. No se había disipado aún la noche cuando ya habíamos oído relatos de los combates de la víspera, librados por los batallones de cazadores 4.º y 9.º

No tardamos en saber que Bazeilles y las alturas circundantes estaban ocupadas por importantes tropas enemigas; en Bazeilles había Infantería de Marina, tropa selecta que, ciertamente, no nos cedería con facilidad el paso.

Supimos también, por oficiales de órdenes y por ayudantes, que se trataba hoy, para nuestros enemigos, de una lucha por la vida, y que iban a jugar la última carta. En cuanto a nosotros, nuestra misión era batirlos, derrotarlos para siempre y arrojarlos al otro lado de la frontera belga, a fin de hacerlos inofensivos y alejarlos definitivamente del teatro de la guerra.

¿Podíamos esperar entonces que íbamos a hacer más que esto, y que los llevaríamos prisioneros con armas y bagajes? Ciertamente que no; muy lejos estábamos de sospecharlo en la mañana del 1.º de Setiembre, y he de añadir que aún no lo sabíamos en la noche misma de la batalla.

La intención de los franceses era abrirse un paso hacia Metz, y dar la mano al mariscal Bazaine.

El camino de Sedán a Metz pasa por Bazeilles. Los bávaros debíamos apoderarnos de aquella localidad, así como de sus alrededores, y mantenernos allí hasta que los prusianos de los cuerpos 5.º y 11.º hubieran logrado coger al enemigo de flanco y cerrarle el paso del Oeste; mientras tanto, nuestro segundo cuerpo, la Guardia, el 4.º cuerpo prusiano y los sajones debían dirigirse al Este y al Sur, a fin de que no le quedase al enemigo, sino una línea de retirada posible, la del Norte, hacia Bélgica.

Y podíamos decir, por adelantado, que nuestra participación en la batalla iba a ser de las más importantes, puesto que íbamos a tener que resistir victoriosamente, cosa nada baladí, el choque de todo un ejército impulsado por la desesperación. Pero sentíamos que nos encontrábamos a la altura de nuestra misión; habíase exigido ya tanto de nosotros, que habíamos salido engrandecidos. ¿No habíamos ya demostrado lo que sabíamos hacer, en Wörth y en Beaumont, y no estaba allí el general von der Tann, el cual tenía que salir infaliblemente bien de cuanto emprendiera?

En filas, no conocíamos nada de la magnífica organización de aquella batalla de gigantes; no sospechábamos la minucio-

sa precisión con que Moltke, aquel maestro de estrategia, sabía llevar al combate a los regimientos en el momento preciso; en nuestro reducido valle de Ramilly, no sabíamos nada de la colocación que podían tener los otros cuerpos de ejército.

Pero lo que sabíamos era que el veterano general Moltke, así como su Estado mayor, tenían en su mano todas las tropas; que no las abandonarían en combates superiores a sus fuerzas, y que, si se hacía necesario, vendrían en nuestra ayuda los prusianos, aun cuando no pudiéramos verlos.

Y en Sedán se comportaron como en el Loire, acusando así una fraternidad de armas que se repitió en todos los campos de batalla de Francia, y que deberá perpetuarse en lo futuro.

El 1870 fue la confirmación de que prusianos y bávaros podían tener mutuamente confianza.

Había niebla aún en el valle en cuyo fondo habíamos acampado cuando después de haber apagado nuestras hogueras, nos equipamos, en espera de la orden de ponernos en marcha.

Un mismo pensamiento animaba a toda la tropa, desde el más antiguo de los oficiales al más joven de los soldados; todo el mundo estaba serio y tranquilo; cada cual se apercibía en silencio.

Los hombres ajustaban su correa, soplaban en las luces de sus fusiles para darles aire; uno ensanchaba la cápsula de un cartucho, a fin de poder ponerle más fácilmente sobre el pistón; otro probaba el resorte; un tercero desprendía su bayoneta para poder desenvainarla pronto. Los oficiales se orientaban en sus planos, armaban sus revólvers; y más de uno, en aquellos momentos, daba instrucciones a un compañero, para el caso de una desgracia posible.

Por mi parte, terminé pronto mis preparativos; habíame entendido desde hacía tiempo con mi mejor amigo, el teniente

Schmeckenbecher, y habíamos convenido la manera de comportarnos mutuamente, en caso de accidente.

Poseíamos uno y otro las señas de nuestros padres respectivos, a fin de poderlos prevenir; además, debíamos coger y conservar los recuerdos del que sucumbiera, para entregarlos a los supervivientes, que ciertamente habían de tenerlos en mucha estima.

No nos quedaba ya nada más que limpiar nuestra conciencia, a fin de poder presentarnos al Soberano Juez, si así había de ser.

Pero debo decir que ni esta preocupación nos atormentaba nada: un bravo soldado, que cae en el cumplimiento de su deber, no debe temer que «allá arriba» le pidan cuenta de sus pecados.

Como lo afirma la antigua creencia militar, la sangre derramada en el campo de batalla borra todas las manchas, incluso las que pudieran sombrear nuestra conciencia.

Habíamos también considerado el caso en que muriéramos ambos, y llevábamos las señas de aquellos a quienes cualquier compañero debía hacer presente que habíamos cumplido hasta el final con nuestro deber.

Afortunadamente, no fue necesario nada de esto: Schmeckenbecher volvió a su casa sin haber recibido la menor herida; fue, sin embargo, uno de los raros oficiales que siempre estuvieron en primera-línea en los combates dirigidos por von der Tann, uno de aquellos bravos que recibieron como recompensa la orden del «Mérito Militar», la cruz del «Mérito Mecklemburgués» y la «Cruz de Hierro».

Veinte años después murió de enfermedad; en cuanto a mí, tuve un brazo roto, pero esta herida nunca puso en peligro mis días; ni siquiera quedé lisiado, puesto que hoy todavía me sirvo cómodamente del miembro herido, aunque le tenga algo más corto que el otro y un poco torcido...

.....
Eran las cuatro y media de la mañana, cuando escuchamos

los primeros cañonazos; era nuestra artillería que había ocupado posiciones en las alturas al Oeste de Ramilly, y que, gracias al combate de la víspera, conocía exactamente la distancia que la separaba de Bazeilles; había podido, pues, abrir el fuego, a pesar de la densa niebla que envolvía aún por completo todo el valle del Mosa.

Nosotros pudimos ponernos en camino a eso de las cinco; formábamos la punta de la segunda división, con la que cruzamos el Mosa sobre puentes que los ingenieros habían colocado durante la noche al Nordeste de Ramilly. De noche era todavía cuando se dislocó la primera división.

Ninguna estrella brillaba en el firmamento; el cielo estaba nuboso; como persistía la niebla, hubo que poner linternas en las puntas de algunos fusiles para señalar las cabezas de las compañías.

Paramos en un prado a fin de desplegarnos en orden de batalla. Ante nosotros se oía con violencia el fuego de la infantería, al mismo tiempo que tronaban algunas piezas.

Ahora estábamos seguros de que la primera división había debido de penetrar en Bazeilles.

Entre nosotros reinaba el silencio de la espera; llegó un oficial y entregó una orden a nuestro jefe.

Este se volvió y exclamó con su voz sonora:

—¡Hijos míos! (así nos llamaba desde Beaumont), el momento es serio. Estoy cierto de que haréis cuanto es humanamente posible. Portaos como en Beaumont, y estaré orgulloso de vosotros. ¡Adelante por el rey y por la patria, adelante!

Tales fueron, poco más o menos, sus palabras, que nos llegaron derechamente al corazón.

Un oficial de la Landwer, que estaba a mi lado y conocía poco aún a nuestro jefe, me dijo:

—Nunca hubiera creído que este hombre tan frío, tan hueraño de ordinario, pudiese inflamarnos como lo acaba de hacer con sus palabras y con su ejemplo.

Y era verdad; sabía cautivarnos hasta el punto de hacernos

ir, con el corazón ligero, hacia una muerte cierta; comprendía tan bien el sentimiento del honor militar y de la bravura, que se cumplía con el deber con todo el entusiasmo de que se era capaz.

Era un guerrero en toda la extensión de la palabra...

.....
El batallón avanzó en filas cerradas. De pronto se disipó la niebla, y apareció ante nosotros un riente paisaje.

Todos se empinaron entonces para ver lo que pasaba.

Atravesamos la línea férrea, nos dirigimos hacia el parque tan pintoresco del castillo de Monvillers, al Norte de Bazeilles.

¿Cuáles eran los pensamientos que, durante esta marcha, hacia adelante, podían animar nuestros espíritus?

A decirnos verdad, eran pocos; ¡estábamos tan emocionados, teníamos tantas cosas que ver!, y además, el fuego, cada vez más furioso, de los cañones y de las ametralladoras, el ruido de la fusilería, nos ensordecían y acababan por aniquilar nuestros sentidos.

«¡A la gracia de Dios!» Tal era, probablemente, el pensamiento dominante de cada uno de nosotros.

Cruzamos la carretera de Carignan a Sedán.

—¡Atención a esa rama que cae!—gritó alguien. Era, en efecto, una rama tronchada por una granada; ni siquiera la oímos crugir, por el estrépito que reinaba a nuestro alrededor.

Vimos marchar adelante la batería de Sigmundo para tomar posiciones en una altura, al Este del Moncelle, al lado de una batería de la primera división.

—¡Columnas de compañías por intervalos! Las 2.^a y 4.^a a la cabeza. Dirección: el ángulo Norte del parque de Bazeilles.

Las compañías de cabeza tomaron el paso gimnástico; las otras (1.^a y 3.^a) siguieron.

—¡Demontre! Todo el parque está ocupado por los franceses. ¿Oís el ruido que hacen ahí dentro?

¡Hola! nos alcanzó una primera granada y cayó en medio de nosotros con un ruido sordo, sin estallar oportunamente.

Luego cayó otra.

—¡Cuidado!, echaos a un lado, está humeando.

Estalló formidablemente; brotaron relámpagos a derecha e izquierda entre una nube de humo; un soldado cayó de bruces, dió una vuelta y quedó inmóvil; otros dos rodaron con las piernas rotas; varios recibieron heridas más o menos graves.

—¡Apretad filas! ¡Haced que salgan los camilleros! ¡Adelante, cazadores, paso de carga!

Las compañías siguieron; pasábase sobre los compañeros caídos, tropezábase en los muertos... ¡Qué importa! Ya no sufrían. He aquí que ya las primeras líneas de tiradores se lanzaban al asalto con «hurrahs» frenéticos. Como en Beaumont, ni siquiera habían tenido tiempo de preparar con fuegos preliminares aquel vigoroso ataque; salió bien, sin embargo, y todo el mundo siguió.

Pero he aquí que el parque está rodeado por un foso de un metro cincuenta poco más o menos, cuyos bordes están amurallados. No es esto para detener a los cazadores bávaros, un salto para bajar, dos pasos en el foso, las manos en el borde opuesto, otro salto, y ya están nuestros bravos al otro lado.

Sin embargo la infantería de marina no huye. ¿Es que no tiene suficiente espacio tras ella? No se mueve de su puesto hasta que nosotros llegamos frente a frente.

Los desgraciados, ni siquiera tienen tiempo de cargar sus fusiles; éste cae, con el cráneo roto por una culata bávara, antes de que pueda cerrar su chassepot; aquél pierde la vida, atravesado por una bayoneta; aquel otro no consiente en soltar su fusil, agarrado nerviosamente, hasta que uno de los nuestros saca un cuchillo; un oficial, que acaba de desarmar a uno de nuestros hombres, muere estrangulado, como un zorro cogido por un lobo.

En pocos minutos, toda la linde del bosque era nuestra.

Las compañías 2.^a y 4.^a tomaron entonces la dirección de Bazeilles, las 1.^a y 3.^a las de Moncelle, unido con el parque por el Norte.

Hubimos de repasar el foso que acabábamos de franquear, y seguimos su borde, apresurándonos todo lo posible. Más de una bala silbó en nuestros oídos. Llegamos por fin a espaldas de un muro.

—¡Alto! descansad un instante.

—Va a ser preciso que todas las compañías se dirijan hacia esas casas, al interior de Moncelle, para marchar desde allí a las alturas del Norte de Bazeilles.

—Comprendido, pero eso va a obligarnos a cruzar la carretera.

—Mi capitán, allá abajo, a menos de seiscientos pasos de nosotros, veo varias baterías francesas.

—Sí, ¿pero tiran sobre nosotros, o sobre nuestra artillería?

—Todavía no nos han visto.

—Pues bien, entonces, a la carrera, detrás de esa casa alta, que me parece desocupada.

Atravesamos por secciones el vasto espacio que de ella nos separaba; íbamos de prisa, pero los franceses iban más de prisa todavía; en cuanto la cabeza de una sección aparecía en el camino, hacían fuego con sus malditas ametralladoras. Estas, de ordinario, no valían nada; pero eran por extremo prácticas en momentos como aquél; allí no era necesario apuntar; bastaba mantenerlas en la dirección tomada y girar la manivela.

Algunos tiros quedaban demasiado cortos, rebotaban en el duro suelo, y nos llegaban al vientre con arena y tierra.

La cosa no tenía nada de agradable.

Nuestras primeras secciones habían tenido relativamente suerte, porque el tiro de los franceses no había adquirido aún la distancia exacta; pero no fue lo mismo para las que siguieron, y la mía era la penúltima.

Nuestros hombres parecían aterrados.

Para animarlos, me dirigí en persona y al paso hasta en medio del espacio abierto, me erguí cuanto pude y di la orden de avanzar.

Debo añadir que mi acción no era extraordinaria, porque

E. M.—*Octubre 1914.*

yo era para los franceses un blanco harto insignificante, solo en aquel lugar; pero logré excitar así a mis hombres, que en aquel momento reflexionaban más o menos, y prontamente toda la sección pasó. Hasta el gordo R..., que era el más perezoso de la bandada, corrió como un galgo.

¡Qué buena suerte tuve! De toda mi sección solamente cayó un hombre, alcanzado por dos balas que le atravesaron la mochila; quedó inmóvil.

Pero cuando cesó el fuego de los franceses se levantó, y de un salto estuvo detrás de la casa que nos protegía. No tenía más que una herida superficial, de la que curó pronto; así, pues, el peligroso paso no me costó ningún hombre.

No ocurrió lo mismo con las otras secciones, que perdieron unos doce, bien muertos éstos, alcanzados por 15 y 20 balas y atravesados de parte a parte.

Teníamos ahora que llegar a las casas más alejadas del pueblo, que se hallaban al pie de la altura.

Hombre por hombre, corríamos de un lado a otro.

Quien hubiera observado, no hubiese creído nunca que aquellos ágiles mocetones eran nativos del Allgau, del Pfront, del Hinterlangental y de los altos Alpes. No ofrecían señales de aquella flemma tan característica de las gentes montañesas.

No pedían todos otra cosa que seguir adelante hasta encontrar un buen sitio desde el que pudiera verse bien; tenían el mismo pensamiento que su compañero Richard, un individuo de Allgau y uno de mis mejores soldados. Richard decía:

—Si no encuentro un sitio en el que pueda tumbarme para tirar a gusto sobre todos los franceses que se presenten, la batalla no tendrá ningún encanto para mí.

Pronto hallamos en abundancia sitios de ese género.

Al otro lado del valle, a unos 400 pasos de nosotros, a una veintena de metros de la cresta, una trinchera bordeaba la vertiente de la colina; estaba ocupada por tropas de infantería; en la altura estaba la artillería, que arrojaba, por encima de aquéllas, granadas y schrapnels.

Los oficiales no nos preocupábamos mucho de las primeras, de las que apenas estallaba la mitad, y menos todavía de los schrapnels, que reventaban en los aires a demasiada altura y no podían hacernos ningún daño. Pero no les ocurría lo mismo a nuestros hombres, a los que impresionaban mucho aquellas masas que caían al suelo, esparciendo en todos sentidos arena y piedras.

Las balas de los chassepots eran mucho más de temer.

El que las recibía no prevenía su llegada; pero de pronto parecía que le arrancaban las entrañas; caía, desgarrado por atroces dolores, y no dudaba ya de que se hallaba mortalmente herido. Otros no sentían más que una ligera picadura; pero inmediatamente, la sangre se les subía a la boca; tenían el pecho atravesado. Había algunos que, en su carrera, caían pesadamente como si hubiesen tropezado con algún obstáculo invisible. En cuanto a los heridos en el corazón o en la cabeza, caían y no hacían ya movimiento alguno.

Así murió como héroe nuestro bravo teniente Ulmer, con una muerte digna de ser cantada por un poeta.

La 4.^a compañía echaba de los boscajes, al Sur del parque de Montvillers, todo lo que aún había allí; avanzaba de fronda en fronda, llenando el aire de alegres hurrahs.

Entre la linde del bosque y el camino de Bazeilles, cerróle el paso un ancho foso.

Ulmer iba a unos ocho pasos delante de la sección; cuando vió el foso, tomó impulso, y de un salto formidable, con el sable en alto, un hurrah en los labios, pasó al otro lado.

No había contado con el pérfido pedacito de plomo que, mientras que saltaba, recibió en pleno corazón. Cayó de golpe y no volvió a moverse: su mano empuñaba aún el sable que dirigía hacia el enemigo; su boca estaba abierta para seguir gritando; ¡ay! no había de cerrarse más.

Caer como Ulmer es bello y digno del proverbio latino:
Dulce est pro patria mori.

.....

Para nosotros empezaba ahora la parte más ruda de la jornada. Los franceses habían reforzado su línea de infantería; nosotros mismos habíamos atraído, poco a poco, a nuestra cadena de combate a los regimientos 3.º y 12.º A las nueve, toda nuestra brigada ocupaba una sola línea de tiradores, que hacían fuego todo lo que los fusiles podían dar de sí, sobre los franceses, detenidos a unos 360 pasos de nosotros.

Por nuestra izquierda combatía toda nuestra 1.ª división, que disputaba al enemigo las casas de Bazeilles; algunas secciones de nuestra 4.ª compañía se habían unido a ella. En este momento, las primeras piezas de nuestra artillería divisionaria lograron, afortunadamente, establecerse cerca de Moncelle, prestando así mano fuerte a la débil batería de Sig-mundo, que ya no podía más, aniquilada por el fuego próximo de seis baterías francesas. Quedamos así libres de los obuses que nos lanzaban los cañones enemigos, ocupados ahora en defenderse contra nuestra artillería.

Amparados por ella, pudimos acercarnos a unos 280 pasos de los franceses, colocarnos en un foso y, desde allí, tirarlos sin interrupción.

—No lo entiendo—me dijo de pronto Lang, uno de mis cazadores, que estaba tumbado junto a mí y apuntaba con la mayor calma;—tres veces he tirado sobre ese individuo cuyo kepis mire usted brillar, y no acierto a darle.

—Dame el fusil—le contesté;—apenas está a trescientos pasos, tengo que darle.

Apunté lentamente y tiré: nada se movió; no sabía yo si había acertado.

—¿Has visto adónde ha ido el tiro?

—No, mi teniente.

—Quizá ha sido demasiado alto; voy a apuntar más bajo.

Tiré de nuevo.

—Mi teniente, esta vez ha sido demasiado corto.

—Así lo pienso yo también; he tirado más bajo de lo largo

de una mano; pero entonces el tiro anterior debió de ser bueno. Dame otro cartucho.

Tiré, nada cayó.

—¡No lo entiendo!—exclamé.—Debe ser un oficial; un kepis de soldado no brilla así.

—Prueba otra vez, Lang; observaré con los gemelos.

Tiró el soldado, vi la bala dar exactamente, pero el francés no se movió.

—Ya sé lo que es, Lang. Ese mozo está muerto desde hace tiempo; elige otro.

Aquella misma noche, después de la batalla, mi hombre fue a enterarse; encontró a un teniente francés cuyo cráneo estaba atravesado por cinco o seis balas.

Habíamos, pues, apuntado bien, pero en pura pérdida desde el segundo tiro.

—El capitán manda a decir a mi teniente que marche con la tercera sección camino de Daigny, y éntre en contacto con la 1.^a compañía, que ya ha salido en esa dirección.

Silbé; unos seis soldados me oyeron; les di la orden de reunirse detrás de una casa que les indiqué, y que lo dijeran a sus compañeros de derecha e izquierda.

Se reunieron uno a uno; a los diez minutos podía ponerme en marcha con una treintena de hombres. Los que no acudieron a mi orden estaban muertos o heridos.

Avancé prudentemente; a eso de la una y treinta llegué a Petite-Moucelle sin haber encontrado ni a la 1.^a compañía ni al enemigo; así es que empecé a ponerme de muy mal humor.

¿Dónde estaba aquella 1.^a compañía? ¿Había de ser yo el que marchara en su busca, en vez de quedarme con mis compañeros, batirme con ellos contra el enemigo y derrotarle después entre hurrahs?

Continuamos la marcha. De vez en vez, alguno de mis soldados se entretenía en tirar sobre algún francés que asomaba al otro lado del valle. No se lo impedía.

Atravesé el Givonne, registré la fundición de Daigny, la granja de la Rapaille, pero en vano. Ni la sombra de un francés, ni rastro de la 1.^a compañía.

Llegamos a Daigny, encontré sajones, pero no la 1.^a compañía. Fui más adelante, hacia Haybes; observé, durante el trayecto, que el combate en la altura de Daigny, después de haber calmado un poco, recobraba bríos.

Fue una suerte para mí que no me alcanzase ninguna bala en aquel momento, porque iba jurando en mi interior tan formidablemente, que, sin duda alguna, San Pedro me hubiera dado con la puerta en las narices, si me hubiese presentado de tan mal humor en el umbral del paraíso.

Llegué al fin a Haybes; mi punta encontró por azar la de un batallón sajón del regimiento 101, así como unas patrullas de un batallón de cazadores de la Guardia prusiana. Pregunté a un oficial adónde iba.

—Vamos a tomar por asalto esa altura—me contestó.

Se acercó un teniente sajón.

—¿Qué se va a hacer, querido compañero?

—Apoderarnos de esa altura; debe haber en ella un ataque general.

Se me había acabado la paciencia: «¡Que el diablo se lleve a la 1.^a compañía!»—me dije.—No la buscaré más.

Y dirigiéndome a mis hombres:

—¡Cazadores! Los sajones van a subir al asalto a esa altura, iremos con ellos.

—¡Bien por nuestro teniente! ¡Adelante, adelante!

Vi venir a un jefe de Estado mayor sajón, a caballo.

—Mi coronel—le dije,—estoy encargado de buscar una compañía de mi batallón, pero no la encuentro en ninguna parte. Permítame tomar parte con mis cazadores en el asalto que se va a dar. Me llamo Tanera.

—Con mucho gusto, mi querido compañero; soy el coronel Schimpff.

—Mil gracias, mi coronel. ¿Dónde he de ponerme?

—Aquí, a la izquierda de la sección de vanguardia.

—A sus órdenes, mi coronel.

Me dirigí a mis hombres:

—Vamos, cazadores. Demostremos a los sajones y a la Guardia prusiana cómo saben conducirse los cazadores bávaros. ¡Adelante!

Fue una verdadera alegría. Estábamos desplegados en guerrillas al lado de la vanguardia sajona.

Mi sargento mayor, Renner, había desenvainado su sable, y, a pesar de su edad, habíase lanzado muy de prisa al frente del ala izquierda de la sección, mientras que el sargento Kising tomaba el ala derecha; yo conservé a mi lado a los cornetas Mathes y Spät; trepamos así por las abruptas pendientes con la mayor facilidad, como estábamos habituados a hacerlo en los Alpes.

Pero lo que había sido para nosotros un juego de niños (ni siquiera había rocas), fue para los sajones una grandísima dificultad, a pesar del ardimiento de que daban pruebas; lo mismo les sucedió a los cazadores de la Guardia prusiana, guapos y robustos mozos, y a los granaderos del regimiento «Emperador Franz», igualmente de la Guardia.

Es que en su país, llano, no habían tenido ocasión de trepar a menudo, mientras que nosotros encontrábamos ya, en las proximidades de Kemplen, murallas de más de 160 pies de altura; podíamos, en el trascurso del menor servicio de campaña, tener que escalar, a orillas de Iller, montañas de 3.000 y 4.000 pies.

¡Cuántas veces había hecho yo la ascensión del Stuiben, de 7.000 pies, como simple paseo de tarde!

¡Y el Grüntenberg, y el Hauchenberg, y el Marienberg, y el Pfänder, sencillas excursiones para mí!

Lo mismo les ocurría a mis hombres; el tiempo de contar tres, y ya estábamos arriba; los primeros disparos partieron de los «Podevils», y fueron hechos por mis cazadores, cosa de la que siempre he quedado orgulloso.

Los otros no tardaron en juntársenos; apenas tuvieron tiempo de respirar cuando todos reanudábamos la marcha. Y os ruego que creáis que los cazadores no eran los últimos; así lo reconocieron luego los sajones.

Caímos tan de prisa sobre los franceses, que ni siquiera tuvieron tiempo de tirar; la tempestad que se les venía encima les hizo perder la cabeza. Rindiéronse en gran parte, los otros huyeron, la altura estaba tomada.



Tuve entonces una suerte extraordinaria; a mi izquierda, no lejos de mí, percibí el borde superior de una de esas canteras tan abundantes en la región.

Miré; estaba llena de franceses; los desgraciados, sorprendidos, no podían salir; la sola salida les hubiera conducido al valle, es decir, a nosotros.

Envié al punto a algunos hombres al lugar aquel, con orden de tirar sobre los que trataran de evadirse; luego me asomé con los otros hombres al borde superior de la cantera, y grité:

—¡Rendíos!

Algunos no quisieron obedecer en seguida, pero prontamente fueron vueltos a la razón por sus oficiales cuando vieron asomar los cañones de los fusiles de mi tropa.

Declaráronse prontos a rendirse.

No me quedaba más que hacerlos prisioneros, cosa que podía realizar, puesto que allá arriba ya no me necesitaban; el combate parecía terminado, y no juzgue útil tomar parte en la persecución de los franceses que huían a todo escape.

Hice que algunos de mis hombres se quedasen en el borde de la cantera, y vigilaran a los que en ella estaban encerrados.

—Si observáis que están decididos a resistir—les dije,—tirad, pero solamente en este caso. ¿Habéis comprendido?

—Sí, mi teniente.

Corrí, con la mayor parte de mi sección, abajo, a la salida, en donde estaba ya el tercio de mis hombres.

Luego dije a los franceses que se me acercasen sin armas, y les hice salir uno tras otro.

¡Qué gozo! Seguro estoy de que el general von der Tann no experimentó el mismo sentimiento de orgullo cuando ganó la primera batalla de Orleans, que yo aquel día, cuando reuní mi tropa de prisioneros, compuesta de cuatro oficiales y setenta y uno clases y soldados.

Mis cazadores también rebosaban satisfacción; nuestra misión había terminado; allí estaban los franceses, vencidos, rodeados solamente de dos sargentos, dos cornetas y veintiún cazadores del primer batallón bávaro.

Tomé los nombres de todos, y los inscribí, a fin de poder dar cuenta; cambié mi tarjeta con los oficiales e hice que les devolviesen los sables que habían dejado en la cantera.

Debo decir que tales oficiales y sus hombres se condujeron en aquellas circunstancias de una manera perfecta; indudablemente, los primeros debían tener a sus soldados en la mayor disciplina, porque éstos se comportaron de la manera más digna, obedeciendo ciegamente a sus jefes. Aquellos franceses tenían derecho a toda nuestra consideración; habíanse mostrado, en la adversidad, como hombres que saben soportar animosos el destino desgraciado.

Los nombres de los oficiales eran los siguientes: capitán Lacommer, capitán Langlois, teniente Santiago Bolyert, subteniente Eduardo Bolyert; estos dos últimos eran hermanos. Todos pertenecían, así como los sargentos, cabos y soldados, al regimiento 55 de línea.

Ya no tenía más que hacer sino despedirme de los sajones.

No me costó trabajo encontrar al coronel Schimpff, que me había autorizado a tomar parte en el asalto; le pedí que se sirviera certificarlo por escrito, a fin de poder dar cuenta de ello a mi regreso al batallón; me estrechó ambas manos,

y no se cansaba de felicitarnos; otros oficiales sajones y prusianos me demostraron también su más sincera admiración.

El coronel me entregó su tarjeta, con unas frases amables, y me pidió la mía en cambio. Se la di, pero pienso que hubo de perderla después, y he aquí por qué: en 1875 apareció, en un trabajo del Estado mayor general, la narración de la batalla de Sedán. Lo leí ciertamente con febril atención, como todos los que conmigo asistieron a ella. Hallábase el relato de cierto ataque cerca de Haybes, pero no se me nombraba. En la página 1.254 decíase que a los batallones 1.º y 3.º del regimiento 101 se habían unido, además de los cazadores de la Guardia, una fracción de la 3.ª compañía del 1.º batallón de cazadores bávaros.

Y más adelante, en la pág. 1.257, en una descripción del asalto principal, se decía: «Fracciones del 1.º batallón de cazadores bávaros y de cazadores de la Guardia prusianos se unieron al ataque.»

Esto era todo. ¡Oh, cuánto hubiera dado por que se dijese, por ejemplo: «Fracciones del 1.º batallón de cazadores bávaros, mandados por el teniente Tanera, y cazadores de la Guardia prusiana, etc...»

Con gusto me hubiera dejado cortar por los franceses dos o tres dedos de la mano, con tal de que mi nombre estuviese en el trabajo del Estado mayor, en el que figuran tantos otros que no han hecho más que yo. Pero el coronel Schimpff perdió mi tarjeta, y supongo que por esto no me nombró en su relato.

No me tildes de orgulloso, querido lector; ¿no le está permitido serlo un poco a un soldado cuando tiene la sinceridad de reconocerlo?

Despedíme, pues, cortésmente de los prusianos y de los sajones, y volví a mis cazadores, así como a mis prisioneros.

Nuestra alegría era tanto más completa, cuanto que en todo este episodio no habíamos tenido más que un herido leve; eran las cuatro y media; el combate había cesado al Norte

de Sedán; no se oían más que algunos cañonazos al Sur y al Oeste.

Tomé el camino de Moncelle, sin grandes precauciones, y pasé por Daigny con mis prisioneros.

Eran las cinco y cuarto cuando llegamos a la plaza de Moncelle, que hubimos de atravesar por la tarde, bajo el fuego tremendo de las ametralladoras. Presentaba ahora una animación extraordinaria; toda nuestra brigada estaba reunida allí; los soldados cocinaban como podían; los comandantes y capitanes redactaban sus partes; los ayudantes y sargentos primeros hacían la lista de las bajas, y los tenientes charlaban y se contaban las escenas vividas.

Mi primer cuidado fue ir a presentarme a mi jefe, el capitán Zimmer; pero supe con pena que estaba en la ambulancia gravemente herido.

Le había reemplazado en el mando de la 3.^a compañía mi antiguo amigo el teniente primero Zu-Rhein.

Inútil decir que hice gran sensación con mi tropa de franceses; la brigada apenas había hecho prisioneros, y así se reservó a los míos la más calurosa acogida.

Nuestro teniente coronel, al que me presenté, entregándole la tarjeta de su colega sajón, me prodigó muchas felicitaciones, así como a mis soldados, quedando todos nosotros muy satisfechos.

Los cuatro oficiales franceses fueron invitados a compartir nuestra modesta comida; en cuanto a sus hombres, fueron los huéspedes de los nuestros, que les atendieron de la manera más cordial.

Poca cosa teníamos que ofrecerles, pero no por falta de buena voluntad.

Después las conversaciones versaron sobre los acontecimientos de la jornada; supe con mucho sentimiento que habíamos tenido grandes pérdidas por nuestra parte; así nuestro alegre compañero, el barón de Aufsess, que la víspera nos había divertido tanto, disfrazado de coronel de húsares france-

ses, se encontraba bastante gravemente herido en el castillo de Moncelle. Corrí en seguida impaciente por verle; tenía un pie completamente destrozado por un balazo, hasta el punto que más adelante tuvo que dejar el servicio. Perdimos en él al mejor compañero de nuestro batallón; visité también a uno de mis amigos de la Escuela de Guerra, el teniente Gravéneuth, al cual un tiro había hendido el cráneo; pero no había de morir hasta diez años después, y de una manera bastante desgraciada. Vi también otros heridos transportados a los hospitales de campaña.

Volví a mi batallón, escribí una tarjeta postal a mi casa, contando que había asistido a una nueva batalla, y luego fui a conversar de nuevo con los oficiales franceses.

Aún no conocíamos nada del resultado de la batalla.

Era cierto que habíamos sido victoriosos en Bazeilles, Moncelle, Daigny, Haybes, y que habíamos tomado las alturas circundantes, en las que nuestros cañones, detrás de nuestras vanguardias, miraban a Sedán con aire amenazador.

Pero ignorábamos por completo lo que había ocurrido al Oeste de nuestra posición; nada grave seguramente, porque de otro modo, nos hubieran venido a buscar para marchar sobre Sedán.

El profano no comprende hasta qué punto sabe poco el oficial de filas, de lo que ocurre en una batalla; no conoce más que lo que ve; es decir, casi nada. Otra cosa ocurre en las maniobras, porque allí les indican de antemano todas las condiciones del combate, porque los frentes son menos extensos, los efectivos menos importantes y las críticas se apresuran a ponerlos al corriente.

Cuando más adelante fui oficial de órdenes, pude darme cuenta de las situaciones generales; pero como jefe de sección no sabía nada, y tenía que atenerme ciegamente a la autoridad superior.

Pasamos la noche los cuatro oficiales franceses y yo en la sala de billar de un cafetín del pueblo.

Al amanecer estábamos en pie.

Entonces fueron llegando una a una las noticias de nuestra victoria.

—El ejército enemigo está completamente envuelto—nos anunciaron primeramente.

—Si no se rinde, será aniquilado—nos dijeron después.

—El Emperador Napoleón está con él.

—No es posible.

—Así es. Y hasta ha enviado a uno de sus generales al rey de Prusia, para entregarle su espada.

—La Guardia y los cuerpos 5.º y 11.º han cortado a los franceses el camino de Bélgica.

—Entonces se van a ver obligados a entregarse todos.

Y así ocurrió.

Supimos, en efecto, durante la mañana, que todo el ejército francés, con el Emperador a la cabeza, había depuesto las armas y se había rendido al ejército alemán victorioso.

Lector, si no has tenido la fortuna de combatir con nosotros en Sedán, no puedes comprender el sentimiento de bien legítimo orgullo que experimentamos al tener esta noticia; pero tú, compañero que fuiste nuestro, debes recordar cómo latieron nuestros corazones, y todavía debes revivir a menudo aquel instante inolvidable.

.....

En la mañana del 10 de Setiembre tuvimos que cumplir el piadoso deber de enterrar a nuestros muertos, transportar a los hospitales a los heridos abandonados y desembarazar todo lo posible el campo de batalla.

Tuvimos que abrir muchas fosas; en la mayor parte enterramos de diez a doce cadáveres, procedentes de todas las armas al azar. En una de ellas, situada entre Moncelle y el parque de Bazeilles, reposan juntos 500 bávaros. Más adelante hablaré de esa tumba, así como del monumento que se elevó después.

Cuando enterraron al teniente Ulmer, tuve que ir hasta Bazeilles.

¡Qué espectáculo, Dios mío! Nada más que ruinas humeantes, cadáveres medio carbonizados, paredes derrumbadas, árboles cortados, caballos y ganado quemados en las cuadras, charcas de sangre, armas, equipos, muertos.

Ni una casa del pueblecito estaba en pie; solamente lo estaba la casita de campo Bunmann, situada en el exterior, pero acribillada de granadas y balas.

Bazeilles sufrió espantosamente, no sólo por la destrucción de sus casas, sino también por la desaparición de gran parte de sus habitantes que, antes de la batalla, huyeron a Sedán o a otros puntos. Los que se quedaron perecieron en las bodegas y cuevas, quemados o aplastados por los techos que se derrumbaban.

Hubo algunos que tomaron parte en la lucha cegados por la ira; éstos sufrieron la suerte de todos los paisanos que toman las armas sin ser llamados, fueron muertos en el campo de batalla o fusilados después.

Podría relatar aquí escenas bien penosas, pero ¿para qué? Eran el resultado de un fanatismo irreflexivo, cuyas víctimas fueron cruelmente castigadas.

¿Serán más razonables los franceses en la próxima guerra? No lo sé; pero en fin, conocen el precio de su imprudencia.

.....

A eso de las diez de la mañana tuvimos que separarnos de nuestros prisioneros. Creo que ellos fueron los primeros en lamentarlo. ¿Sabían qué suerte les esperaba en otra parte?

Aquí, por lo menos, les habíamos ayudado a soportar pacientemente su desgracia.

Pasamos otra noche en Moncelle.

Al día siguiente por la mañana partimos de Sedán en dirección de Glaires, en donde nuestro cuerpo de ejército, así como el 11.º prusiano, recibieron la orden de custodiar al ejército francés prisionero en una isla.

Tal fue la parte que tuve el honor de tomar en la batalla más importante de la gran guerra.

Diez y nueve veces he entrado en fuego durante la campaña; he asistido, a orillas del Loire, a situaciones más críticas; pero siempre pienso en Sedán emocionado, en el parque de Bazeilles, en Moncelle, en Haybes; allí alcancé mis mejores laureles, al hacer prisioneros a cuatro oficiales franceses y setenta y uno de sus hombres.

Y estoy orgulloso también de haber tomado parte en una victoria que hizo derrumbarse un imperio, sobre cuyas ruinas se alzó otro, el imperio alemán, «Alemania bajo el emperador Guillermo el Grande».

Fusilamiento de caballos franceses el 9 Setiembre 1870.

Desde el 3 de Setiembre acampábamos ante Glaires, a lo largo del canal que cierra el rizo del Mosa, al Oeste de Sedán.

Montábamos la guardia alrededor de aquellos pobres diablos a los que se había agrupado en una isla, y que esperaban, con la desesperación en el corazón, su vez de formar en una columna que partiese para Alemania.

¡Cuántas desgarradoras escenas se desarrollaron en aquel puente!

Un general anciano, con los ojos llenos de lágrimas, daba su postrer adiós a su Estado mayor, que no podía seguirle. No había querido separar su suerte de la de sus tropas, y prefería compartir el cautiverio que verse libre bajo palabra, y no poder ya asistir sino como impotente espectador a la suprema lucha que iba aún a desarrollarse en Francia.

¡Cuánto nos conmovió aquel espectáculo! Saludamos al veterano militarmente; nos lo agradeció con la más profunda dignidad.

Más lejos, un coronel dirigía un supremo adiós a lo que

restaba de su regimiento; era algo teatral en sus maneras, como lo son generalmente todos los franceses; pero sabía llegar al corazón de sus hombres. Hablábales en términos a veces pomposos, pero no les decía sino cosas muy sensatas, como éstas, por ejemplo: «Mostrad, hasta en el cautiverio, que sois soldados disciplinados, que sois franceses. ¡Viva Francia!»

Los hombres acudían de todas partes, le rodeaban, le tendían las manos, hasta el punto que le costó trabajo desprenderse cuando tuvo que reunirse con el destacamento a que pertenecía, compuesto únicamente de oficiales con sus asistentes.

Fuimos apenados testigos de muchas escenas desgarradoras.

Pocos excesos, pocos borrachos.

Fueron, ante aquel campamento de prisioneros, los únicos incidentes penosos que turbaron momentáneamente nuestra habitual alegría.

¿No éramos los combatientes y vencedores de Wörth, de Beaumont y de Sedán?

¿No teníamos la perspectiva, una vez cumplida nuestra misión de escoltar a los vencidos, de poder continuar victoriosamente nuestra marcha triunfal hacia el interior de aquella hermosa Francia, hacia su capital, hacia París?

Ante este solo pensamiento, ¿podía subsistir algún sentimiento de tristeza? Evidentemente, no. Y, sin embargo, estábamos profundamente tristes, porque, desde hacía seis días, llovía, llovía sin interrupción.

Había logrado, a fuerza de muchas precauciones, conservar mis bolsillos relativamente secos, pero esto no podía durar; habiéndome dormido en lo que me servía de tienda, me desperté, naturalmente, llenos de agua los bolsillos.

Salí chorreando de mi palacio, cuyo piso de arcilla estaba hecho una papilla.

—¡Teniente Tanera!

—Presente, mi capitán.

—Va usted a marchar en seguida con 48 hombres a Fres-

noy; allí se presentará al mayor Ott, que le dará instrucciones para la ejecución, mañana por la mañana, de algunos cientos de caballos.

—A sus órdenes, mi capitán.

—Sargento B., reúna en seguida mi sección; avíseme en cuanto esté.

El sargento, volviéndose hacia los hornos de cocinas, gritó con todas sus fuerzas la formación de la sección segunda.

Mientras tanto, ponía yo en orden mis asuntos, silbé a mi asistente y, como quería que mi cabeza por lo menos estuviese presentable, le mandé que me peinase, cosa que yo no podía hacer a falta de espejo, y me dispuse a marchar.

A las dos horas y media, estaba con mis 48 hombres ante el castillo de Bellevue, adonde me había mandado con instrucciones al mayor Ott, a quien encontré en Fresnoy.

¡Qué espectáculo!

La altura en que se encontraba el castillo terminaba en pendiente abrupta por el lado del Noroeste, formando una especie de muralla en medio círculo, que no podían escalar los caballos.

Al pie de esta escarpadura había habido en otro tiempo una pradera que no era hoy sino un lodazal peor todavía que el que formaba el suelo de nuestro campamento. Y en aquel lodazal, en aquel reducido espacio, situado entre las rocas y el río, estaban reunidos algunos miles de caballos medio muertos de hambre; rebaño confuso, que chapoteaba, se enfangaba, corría, relinchaba, coceaba, se movía como un mar de cuerpos vivos agitado por un violento huracán.

Eran los caballos de aquella apuesta caballería francesa y los del tren de campaña, tan orgulloso hacía doce días.

Habíanse repartido algunos miles entre el ejército victorioso; otros fueron vendidos a comerciantes alemanes y belgas; algunos fueron robados por los astutos campesinos franceses; muchos yacían inanimados en el campo de batalla.

Los que teníamos delante se habían dispersado y recorrido

en grupos o aisladamente los campamentos, donde causaron muchos daños; hubo que cogerlos y llevarlos adonde estaban actualmente prisioneros.

Ahora bien; ocurría que los comerciantes alemanes no quisieron molestarse en comprarlos, por la imposibilidad en que estaban de encontrar forraje para alimentarlos; supose, de otra parte, que los compradores belgas los revendían en seguida a los franceses. En consecuencia, se dió la orden de matar a todos los caballos que tuviesen cierto valor militar y que no pudiesen ser destinados a alguna tropa alemana.

Tal era la suerte reservada a los pobres animales reunidos ante nosotros. Pero más les valía.

Llevaban nueve o diez días sin probar bocado; en los primeros tiempos pudieron comer la hierba de los prados y lo que encontraban en los campamentos; pero desde hacía tres o cuatro días faltaba todo, hasta el punto de que unos caballos de artillería, traídos del parque de Tarcy, y que llevaban cuatro días con los arreos puestos, habían concluído por comerse recíprocamente las crines y las colas.

Nuestro oficio de verdugos debía empezar a la mañana siguiente.

La noche era fría, y convenía encender fuego; nuestros hombres estaban deseosos de secarse sus uniformes mojados, pero no había leña en ninguna parte; entonces, uno de mis cazadores descubrió, detrás de una posada de Fresnoy, en el camino de Sedán a Donchery, una carreta que no tenía más que tres ruedas.

La arrastramos en un momento. Pero no habíamos contado con el propietario, que llegó corriendo para defender su propiedad, aunque no le sirvió de nada; le contestamos que era imposible servirse de un vehículo de tres ruedas, y le prendimos fuego.

Desgraciadamente, no ardió más que unas horas; no era media noche cuando ya no quedaba nada de él.

Mis soldados tuvieron que ir por segunda vez en busca de

combustible; no tardaron en volver con la mitad de una puerta de granja; ésta duró más que el carricoche, y tuvimos fuego hasta la mañana. Uno de mis soldados vino entonces a traerme la cuarta rueda del vehículo del que ya no quedaba sino el recuerdo; el astuto campesino la había escondido en su granja, para que el carro no fuera utilizable en el caso de que los alemanes lo embargaran para sus transportes.

Como no lo hicieron, el campesino no tuvo motivo de queja.

Llego ahora al asesinato de los pobres animales.

Debo decir, de paso, que el puente del ferrocarril de Mezières, destruído después, atravesaba el río en aquel lugar cuyas orillas estaban muradas en forma de muelle.

Procedíase de esta suerte: un cazador de caballería (luego fue un húsar) enlazaba con una cuerda al caballo más próximo, conducía al pobre animal, jadeante y tembloroso, al borde del muelle, y le vendaba un ojo.

Entonces un soldado ponía el cañón del fusil al oído del caballo, disparaba y el cadáver caía al río, muy profundo en aquel lugar, de donde era arrastrado por la corriente en dirección a la frontera belga.

Un poco más lejos, en el puente de piedra de Donchery, una compañía de ingenieros estaba encargada de impedir el amontonamiento de los cadáveres que acarreaba el río.

Las autoridades belgas tuvieron, sin duda, que tomar precauciones contra aquellos regalos que les llevaban las aguas; pero nosotros, para protegernos de las epidemias, no teníamos más remedio que alejar cuanto antes de la región de Sedán aquellos cuerpos de animales.

«Cada cual para sí», tal era en aquel momento la divisa de cada uno.

A veces, un caballo caía al agua con vida aún.

Entonces unos soldados, especialmente designados a este efecto, lo remataban a tiros.

Cerca de las doce, llevábamos exterminados doscientos cin-

cuenta y cuatro, cuando nos relevó en nuestra odiosa tarea una compañía de infantería de línea.

¡Cuántos ejemplos de la inevitable fatalidad hubo entre aquellos mártires!

Eran nobles caballos padres, que pertenecían a oficiales cazadores de Africa, que no pudieron ser admitidos en el ejército alemán, por su calidad de caballos padres, caballos normandos, caballos bereberes de spahis y cazadores de Africa, que, medio muertos de hambre, permanecían indomables, y caballos de dragones procedentes del centro de Francia, todos mezclados, consagrados a la muerte y sepultados en las profundidades del agua.

Nunca olvidaré una yegua inglesa, ligeramente herida en el lugar de la silla, lo que sin duda la impidió ser aceptada por uno de nuestros regimientos; de aquella herida hubiera curado al cabo de tres o cuatro semanas, y el animal hubiese recobrado su valor de 800 a 1.000 talers... un relámpago, una detonación, cayó al río.

También nos trajeron algunos caballos alemanes que llevaban la marca de un regimiento; sin duda hubieron de ceder el puesto a algún caballo enemigo de más valor y sacrificarse en su lugar.

Así concluyó la pobre vieja *Liese* de mi capitán, que ya en 1866 fue juzgada impropia para una campaña; la sustituyó un hermoso caballo, al que, como recuerdo, llamamos *Sedán*.

Mucho me alegré de entregar a otro la tarea ingrata y llena de responsabilidades que acababa de realizar, afortunadamente sin contratiempos.

Pero pronto olvidamos nuestro desagrado, merced a un episodio de los más cómicos, al que tuvimos la suerte de asistir, antes de nuestra marcha.

Conviene decir de paso que, durante el día, los ingenieros habían tendido un puente de barcas para permitirnos llevar cierta cantidad de caballos a la otra orilla, donde había aún hierba.

La travesía se efectuaba así: unos soldados de caballería ligera empezaban por separar de la masa 200 o 300 caballos, a los que luego empujaban hacia el puente; delante abrían marcha seis jinetes, en apretada fila, seguidos por el rebaño salvaje que, al ver ante él hermosos pastos verdes, se apresuraban a alcanzarlos; varios caballos cayeron así al agua, y procuraron ganar a nado la otra orilla.

Se comprenderá fácilmente que la misión de los jinetes que iban a la cabeza no era de las más fáciles; sin ellos, toda la tropa se hubiera lanzado al galope, ¿y qué habría sido entonces del puente?

En cuanto llegaban a la orilla opuesta se apartaban y hacían sitio; los caballos entonces corrían a escape, haciendo que el desdichado puente crujiese por todas partes.

Habían pasado ya dos tandas; iba a ponerse en camino la tercera.

En este momento, vimos venir hacia nosotros, montados en buenos caballos, dos ingleses, el amo y su criado, semejantes en todo a los que representan las caricaturas.

El amo era, como después supe, el corresponsal de un gran periódico inglés, agregado a nuestro cuartel general; llevaba un sombrero gris de copa con una gasa verde alrededor, una levita gris, pantalón de montar amarillo, botas altas, grandes gemelos, una enorme pitillera, un amplio cartón de dibujo; el criado vestía una librea oscura; iba provisto de un importante saco de provisiones, y llevaba un paraguas a la manera de una carabina.

Ambos querían alcanzar el camino de Donchery y pasar a caballo el puente de barcas. Ya desde lejos, el inglés se había puesto a gritar y gesticular, queriendo darnos a entender su deseo de pasar antes que una nueva tanda de caballos franquease el puente. Pero los soldados no le comprendieron, o más bien, digámoslo, no quisieron comprenderle, estimando, con justa razón, que hubiera podido seguir otro camino.

Además, nadie hubiera sido capaz de detener el paso de

aquel turbión; los jinetes pasaban la pena negra para no ser derribados o empujados hacia adelante más de prisa de lo que hubieran querido.

Apenas acababan de entrar en el puente, seguidos ya de los primeros caballos, cuando el inglés se lanzó a su vez con su criado detrás.

Llevó su caballo entre los otros, pensando que pasaría así con ellos. Pero en aquel momento, como los jinetes de cabeza hubieran avanzado algunos pasos, prodújose un violento empuje por parte de los caballos que seguían, y nuestros dos ingleses fueron transportados, como por milagro, y bien a pesar de ellos, al medio del puente.

Fue entonces una cosa única: las invectivas y los juramentos ingleses se mezclaron con los relinchos de los caballos, el ruido de las herraduras en el puente, y las risas y los gritos burlones de los soldados.

Apenas los jinetes de cabeza hicieron sitio, toda la banda de caballos se precipitó en masa con galope furioso, arrastrando con ella a los dos buenos ingleses, el amo un poco echado sobre la silla, sin que les fuese posible escapar ni por la derecha ni por la izquierda. Debo reconocer, sin embargo, que no se comportaron mal a caballo.

Cuando terminó el furioso arranque, y nuestros héroes, vueltos a ser dueños de sus caballos, pudieron volver atrás, estaban descubiertos; sus sombreros caídos, pisoteados por los caballos, eran algo informe; faltaba también a la lista el hermoso paraguas.

Poco después, el inglés, furioso, seguido de su criado mudo, llegó a nosotros, y, mitad en alemán, mitad en inglés, trató de descargar su mal humor sobre el capitán de caballería ligera.

Se equivocó de dirección; el capitán le contestó de tal manera, que el quejoso no tuvo más remedio que callarse y emprender de nuevo el camino, gruñendo para sí, siempre seguido por su eterno Sancho.

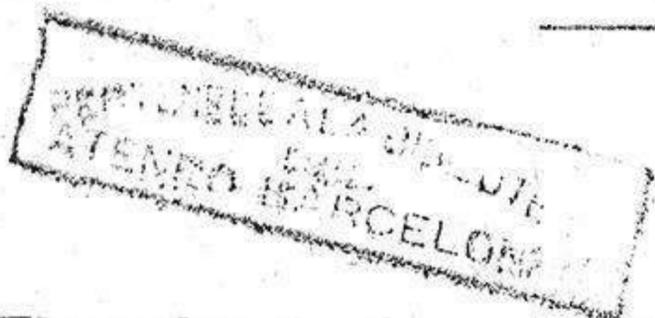
Me es imposible describir de qué modo imitaron nuestros hombres a los dos personajes de aquella escena cómica, y las frases que en seguida les dirigieron. Era antiguo bávaro auténtico, sin la menor traza de intención adulatora, naturalmente.

El capitán y yo nos reímos de tal manera, que se nos saltaron las lágrimas.

Y así terminó la ejecución de aquellos pobres caballos franceses.

CAPITÁN TANERA

LAURA DE DIANTI



El nombre de Laura de Dianti, llamada también Eustoquia, y después de muerta Laura de Este o Estense, la amiga, y, según una tradición no muy fidedigna, la esposa de Alfonso I de Este, Duque de Ferrara, es conocido del vulgo por el cuadro del Tiziano, que se conserva en el Louvre, llamado también *La Maitresse du Titian*. La denominación aplicada a la dama, que constituye la principal figura de este cuadro, es hoy casi generalmente rechazada, no porque existan retratos de reconocida autenticidad que la contradigan, sino porque la figura de su caballero no tiene las facciones marcadas y firmes de Alfonso, ni es verosímil que el altivo Este, que a la muerte de su primera esposa tenía ya cuarenta y cuatro años, se hubiese hecho retratar en el papel de enamorado y bajo la apariencia de un peluquero.

La denominación referida se debe a Stéfano Ticozzi. Este sesudo autor de un libro sobre la familia de pintores Vecelli (Milán, 1817) vió en Venecia una variante del cuadro del Louvre, procedente de Ferrara, que le pareció obra del Tiziano (1).

(1) Hay, además, otra copia sin el caballero, que, bajo el nombre de *La Cadolina*, fue reproducida en grabado por Vicente Bella Bruna, y que fue propiedad de Federico de Leyen Bloemersheim. El cuadro antes conocido también con el nombre de *Titian's Mistress*, en Althorys, es un París Bordone (Waagen Treasures, III, 456). También la *Santa Justina*, de Moreto de Viena, fue tenida mucho tiempo por Laura.

En este segundo cuadro había, al lado de la joven, completamente desnuda, un caballero cuyas facciones le recordaban un retrato de Alfonso, publicado en el libro *Ritratti ed elogi dei Capitani Illustri*, Roma 1646. Acaso por esta indicación infiriese la procedencia ferraresa. El cuadro fue comprado entonces por el conde Lord como obra tizianesca; pero la Academia de San Lucas, de Roma, consultada acerca de su autenticidad, declaró no ser obra del Tiziano, atribuyéndoselo, para consuelo del inglés, al Giorgione, del cual se tenía entonces una idea aún más vaga que del maestro de Venecia. Lord Stuart reclamó entonces la devolución de la suma que le había costado. El famoso cuadro se ha perdido. Pero su nombre se transmitió al cuadro de París, y fue incluido en el Catálogo. Entretanto, el lienzo comprobatorio, rebajado en su valor y visto de pocos, cayó en el olvido. La causa de que una denominación basada sobre cimientos tan endebles se haya conservado durante tanto tiempo, no estriba solamente en el deficiente método de investigación que por entonces se seguía en esas materias. Deseábase vivamente poder dar un nombre a un cuadro tan interesante como aquél, acerca de cuya época y circunstancias en que se produjo nada decía la tradición, y ese deseo engendró la fe en testimonios que no eran nada concluyentes. Ese exceso de credulidad salta a la vista no bien se repasa la biografía del gran maestro. El vago e insulso dictado de *Maitresse, Bella*, había caído en desgracia. De la misma época y del mismo ambiente procede la denominación de «Duquesa Leonor de Urbino», aplicada por Cicognara a la hermosa regiamente ataviada del Palacio Pitti; lo que es aún más raro tratándose de los Uffizzi, donde hay un cuadro del mismo Tiziano, verdaderamente auténtico, y que no concuerda con aquél por la edad, y que hubiera podido servir como término de comparación. Entonces se engendró en la fantasía de Moritz Thausing la conocida novela iconográfica que aún encuentra lectores crédulos. En esta ocasión se trataba, sin embargo, de un retrato patente, lo que no ocurre con el cuadro del Louvre.

Se podría suscribir las palabras de Gustave Blanche: «El retrato de su amiga no será nunca para mí la reproducción literal de un sér viviente.» Pocas cabezas de mujer habrá pintado el Tiziano, en efecto, en las cuales resalte tanto el valor ideal de las facciones. La pintura de aquella edad de oro no llegó acaso en ningún otro lienzo a aproximarse tanto al sentimiento helénico de la forma. Quien haya recorrido la planta baja del Museo, antes de llegar al sitio en que se halla este cuadro, no podrá menos de acordarse de la *Venus de Arlés*. Son las mismas formas con las cuales la escultura había familiarizado a los pintores venecianos. Mas no se crea, sin embargo, que hay allí esa frialdad marmórea con que los antiguos suelen pagar tan alto parentesco. Las formas plásticas han pasado a ser pictóricas, pero con tal vida que se podría tomar esas figuras por retratos. *La Maitresse du Titian* es todo un tipo que se repite en otros cuadros, como constituyendo una variante libre en *La Flora*, donde tenemos el mejor testimonio que nos dé la idea que los venecianos de aquel tiempo se formaban de la belleza femenina. Este tipo no es invención del Tiziano. Esas mismas líneas de noble sencillez, de helénica pureza, pero de modelado algo más blando, casi fundido (*morbidezza*), las tienen los bustos femeninos de Palma el Viejo, con el cual estuvo el Tiziano en relación estrecha. También se encuentra en Palma el festivo tema de la *Toilette*, en la muchacha de la galería de Leopoldo Guillermo, número 185, grabado por J. Troyen.

Laura era hija de un sombrerero (de ahí el sobrenombre de *La Bertara*), y Alfonso de Este, a la muerte de su segunda esposa, no se sabe cuándo a punto fijo, contrajo con ella relaciones íntimas. Alfonso era hombre que no podía pasar sin mujer, y en su edad ya madura no se avenía a tolerar que le perturbasen la paz doméstica. Ya que de joven, cediendo a las promesas y amenazas del Papa y a los apremios de Luis XII, no por cierto sin viva resistencia, había tomado por esposa a una mujer de larga y agitada experiencia (había sido ya mu-

jer de tres maridos), cercano ahora a la vejez, acaso apeteciese una criatura cuyo interior era aún una hoja en blanco. *La Bertara* tuvo un pabellón destinado a estancia suya sobre el jardín del Palacio; y ella hizo al Duque padre de dos hijos, Alfonso y Alfonsino, a los cuales hizo legitimar después. Uno de ellos murió, y el otro, Alfonso, fue el jefe de la rama, que a la muerte del tío de Lucrecia, Alfonso II, el amigo del Tasso, que no dejó herederos, continuó la dinastía. Esta se extinguió completamente en 1803, y con ella acabó el poderío de la Casa de Este, que durante nueve siglos prevaleció pujante en el Norte de Italia. Laura, según el decir de sus contemporáneos, fue una hermosa y amable criatura, que por su irreprochable conducta, inteligencia y modestia se apoderó por completo del corazón de Alfonso. Este le aplicó el epíteto *Eustoquia* (*Evstoxia*); ¿quería aludir con esto a la que lanza dardos de amor o a la «vencedora en el combate de la luz», de la fábula? A la muerte del Duque siguió viviendo en Ferrara, rodeada de consideración y respeto, y llevó desde entonces, de acuerdo naturalmente con los sucesores de Alfonso, los nombres de Laura de Este, Laura Estense. Bien pronto hubo de divulgarse el rumor de que poco antes de su muerte había legalizado Alfonso aquellas relaciones con bendiciones de la Iglesia, añadiéndose que habían sido testigos de la boda los dos Dossi, sus pintores de Cámara. Esta opinión la compartieron *Vasari* y el *Aretino*, según carta de Octubre de 1542, dirigida a Laura Estense. En ella habla el poeta de la dicha de aquélla al verse rodeada de *Nipoti*, de sangre ducal y fruto de legítimas nupcias.

Vasari tuvo ocasión de conocer un retrato de Laura Estense, obra del Tiziano. «Pintó también a la Signora Laura, que fue después esposa de aquel Duque, e hizo una obra estupenda» (1), pero esta expresión refleja su opinión personal. Precisamente en el cuadro del Louvre se ha querido ver este

(1) Similmente ritrasse la Signora Laura che fu poi moglie di quel duca; che e opera stupenda. Vasari, XIII, 125.

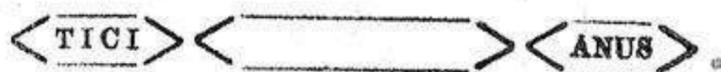
estupendo retrato. Pero a mí me parece que la hija del sombrerero de Ferrara nos la debemos imaginar de otra suerte, como una belleza plebeya, y no con aquellos cabellos rubios y adobados con cosméticos y preparaciones químicas que requerían largo tiempo ante el espejo. Pero ¿qué se hizo, pues, de aquel retrato de a Signora Laura, pintado por el Tiziano?

Ni en los Inventarios ni en los Catálogos, así como tampoco en los libros de historia y de viajes, se hace mención de él; sólo *Muratori* habla de un cuadro de Módena que pasaba por aquel retrato. A un abogado de la curia, que contra el matrimonio de Laura objetaba la circunstancia de que el Duque la hubiese hecho retratar *in abito di donna lasciva*, argüía *Muratori*: «quien haya visto el retrato pintado por el Tiziano, sabe que esta observación no tiene fundamento de verdad» (1). Por desgracia, hasta ahora no se conoce ni se tiene noticia de ningún retrato auténtico de la Signora, hecho por otro artista. De los retratos de Agustín Stirling y de Baciacca, mencionados en un Catálogo del Príncipe César Ignacio de Este, del año 1685, se han perdido. Al cuadro de la Galería Leopoldo Guillermo, que lleva el título de *Una corpulenta rubia*, y que está catalogado como obra de Palma, cuadro que nos es conocido por *Venturi* (pág. 89), según un ejemplar de Módena, se le ha dado una denominación hipotética.

Pero ha existido un retrato de mujer, debido al Tiziano, que, bien por la persona retratada, bien por su mérito artístico, hubo de ser muy estimado, como lo demuestra el haberse sacado de él seis reproducciones o copias en lo antiguo. Y si por ellas fuera lícito inferir el mérito del original perdido, habría que convenir en que éste fue una *opera stupenda*. Esas copias se hallan diseminadas en Roma (donde hay dos), Módena, Venecia, Londres, Stockolmo. En el ejemplar de Módena, que se atribuye a la escuela de los Carracci, puede leerse

(1) Chi a veduto il ritratto fatto da Tiziano sa che non e appoggata al vero questa obsservazione. *Muratori: Annali Estensi II*, pág. 463.

el nombre del pintor, al parecer tal como se hallaba en el original, según la escritura antigua, *Ticianus*, sobre la sarta formada de piedras preciosas—verde oscuro y anaranjado—que resalta en la manga derecha.



El ejemplar veneciano, perteneciente al Conde Luis Sernaggiotti, se hallaba en el Palacio Giustiniani, Canal Grande. El de la Galería Borghese (núm. 154) es sólo de busto y de proporciones más pequeñas, con pinceladas turbias en los ojos. En Abril de 1899 se descubrió otra copia en la almoneda de los cuadros del Palacio Sciarra. Trátase del conocido retrato, hasta las rodillas, de una matrona suntuosamente ataviada, con arreglo de las italianas distinguidas de la primera mitad del siglo. La mano izquierda tiénela apoyada en el hombro de un negrito, de abigarrado traje, encargado de llevar los guantes, y que tiene vueltos a ella los ojos con sumisión canina. Al primer golpe de vista se ve que aquello es un retrato. Aquella dama no pertenece a la clase de las *bellas*, ni de las figuras ideales, como «La Flora», ni es tampoco una cortesana idealizada. Las facciones no corresponden a ninguno de los tipos copiados del Tiziano. La retratada pasó ya de la primera juventud. El rostro, bien proporcionado, deja ver, sin embargo, detalles de escaso mérito. Acaso el cuello sea algo corto y apretado, acaso la boca demasiado grande y prominente; la barba es casi esférica. La mitad superior del rostro es de rasgos más nobles; los ojos respiran bondad; las manos, en cambio, son grandes, si bien de dedos afilados.

Los ojos oscuros, y la magnificencia del negro y ondulado cabello; el color aceitunado, sin rubicundez en las mejillas, revelan una belleza de raza por refinar; no habiendo tampoco en su actitud y expresión nada del frío y comedido decoro que las damas reinantes de aquel tiempo solían afectar en los retratos. La leve inclinación lateral de la cabeza y los ojos suavemente arqueados trascienden una gracia natural.

El traje, por el contrario, es el de una dama de encumbrada posición, y nada tiene que envidiar al que ostenta en sus retratos aquella Isabel de Este, Leonor Gonzaga. El traje, de seda azul turquí, muy acabado y partido en numerosos pliegues, con mangas muy huecas, se halla recogido por trenchillas. Sobre los hombros va suelto un chal de gasa, color oro oscuro con listas oscuras también entrecruzadas. Sobre la tonalidad profunda del conjunto resalta la deslumbradora blancura del canesú de la camisa y de las mangas, abullonadas y guarnecidas de blondas, según la moda. Como aquellas princesas, lleva también el peinado en forma de turbante, según la moda antigua del *Balzo*. Los cabellos oscuros van recogidos en un rodete y ceñidos de sartas de perlas (1). En la mayoría de los ejemplares corona la frente un *agraffe* en forma de medallón elíptico (una figura de hombre con un niño al lado), del cual irradia una estrella, formada de seis hilillos de perlas en forma de lanceta. En el ejemplar de Stockolmo hay una diadema de piedras preciosas, de la cual arrancan cuatro hilillos de perlas, semejando las puntas de una corona, en cuyo hueco va encajado el rodete.

Sólo para un protector muy principal o muy espléndido, pudo el Tiziano derrochar tanto arte, tantas bellezas y tanta escrupulosidad en los detalles.

Que la dama en cuestión vivía en Ferrara y en la Corte de los Este, confírmalo casi la procedencia de estas copias; una se guarda aún en la Galería de los Este, en Módena; otra se la envió César de Este al Emperador; pero los cuadros de la Galería Borghese de Roma fueron recogidos, en parte, en vida del Cardenal Scipión, de los palacios e iglesias de Ferrara.

En cuanto al traje, no puede dudarse que corresponde a la alta jerarquía de la «magnífica madonna Laura Eustochia» (como se la llamó hasta 1534). En aquel atavío deslumbrador

(1) Il Balzo fatto di rame, et rotondo a guisa di diadema; et sopra questo metterano una cuffia tessuta d'oro et di seta. Cesare Vecellio, *Habiti Antichi*. I, 77.

debió vislumbrarla el Ariosto en aquella escena (en el prólogo del último canto de su *Orlando*, XLVI, 5), donde él, a punto de tocar el suspirado puerto, ve pobladas sus riberas de nobles damas y caballeros, lectores y admiradores suyos, que se aprestan a festejar su desembarco; es decir, la feliz terminación del poema. Entre ellos divisa él a Laura en compañía de Bárbara de Brandemburgo, esposa de Ludovico Gonzaga, llamado «El Turco».

«Veo a la bella, aun más sabia y honesta
Bárbara Turca. Laura está a su lado.
El Sol una pareja mejor que esta
Desde el Indo hasta el Mauro no ha alumbrado.
Y a Ginebra, la cual de Malatesta
con su valor, la casa tanto ha ornado,
que nunca los palacios imperiales
pudieron ostentar adornos tales.»

El más antiguo testimonio de este retrato es un grabado en cobre de Egidio Sadeler, grabador que fue luego del Emperador Rodolfo II, en Praga, el cual encontró en Venecia el original, en el curso de un viaje por Italia. Cavalcaselle vió allí, probablemente, el mismo cuadro en casa del Sr. Schiavone. El grabado de Sadeler es algo tosco, por exceso de dureza y minuciosidad. Aquella sonrisa es más propia de una tabernera que de una duquesa. Las damas que en los catálogos de los Museos llevan los nombres generales de *La Moretta*, *La Schiavona* (La Eslavona), *La Turca*, *Una Sultana*, son, a juicio de Sadeler, la misma Lucrecia Borgia. Este interesante nombre debió ser causa de que se hiciera aquel grabado (1). Después, *Ridolfi*, apoyándose probablemente en los datos de esta hoja, consideró este cuadro como retrato de Lucrecia al trazar la vida del Tiziano (1648). Todos sabemos hoy que no hay nada de tal cosa. Las facciones de Lucrecia nos son conocidas hoy por las medallas; llevaba el cabello, muy rubio, lar-

(1) Este nombre se encuentra en algunas copias; otras sólo llevan la dedicatoria.

go, según la moda de principios de aquel siglo. Acaso aquel retrato llevase en Venecia la inscripción *Duquesa de Ferrara*, y no se pararon a pensar que pudiera ser otra que la hija de Alejandro VI. Pues Laura, en los círculos alejados de la Corte ferraresa, era más conocida como la amiga de Alfonso I, bien que en Ferrara, desde 1534, se la tuviese por su esposa y se la diese el título de Duquesa, que llevó hasta en las exequias de Alfonso II. El color moreno del rostro parecía convenirle a la hija del «Catalán», del «Marrano». Es de notar que Ridolfi no mencione ningún retrato de Laura entre las obras del Tiziano, mientras que Vasari, que escribió un siglo después, tampoco habla para nada del retrato de Lucrecia.

Pero Ridolfi, a propósito del retrato, hace una observación que *no* pudo copiar de la hoja de Sadeler. Cuenta que el príncipe César de Este, tío de Laura Dianti, envió al Emperador Fernando II (1) como presente el cuadro de que Sadeler sacó un grabado. El Emperador debió incorporar el cuadro a la Pinacoteca Rudolfina, del Palacio de Praga. Ahora bien; en los catálogos de la misma no figura ningún retrato con el nombre de Lucrecia Borgia ni de Laura Eustoquia; pero en el inventario más antiguo, de principios del siglo xvii, de la época, por lo tanto, de Rodolfo II, el cuadro descrito por Ridolfi se halla con esta inscripción: *Una turca con un morito, del Tiziano* (2). A esta presunta turca se la puede seguir la pista hasta nuestros días. Después del asalto de Praga por Koenigsmark, en Junio de 1648, pasó a poder de la Reina Cristina de Suecia, y se le menciona en un catálogo de la Galería que por aquel

(1) Mandó il signor Dusa, Cesare di Modena alla maestá Cesarea di Ferdinando II per regalato dono il gia descritto della Duchessa di Ferrara, che or possiede l'Inuittissimo Ferdinando Imperator regnante, etc. *Ridolfi*, I, 177.

(2) Catálogo de las cosas encontradas en el Palacio Real de Praga, en el Tesoro de S. M. Imperial Romana y en la Cámara de Arte (Biblioteca palatina, 8.196. Reproducido en el tomo VII de los *Informes y Comunicados*.

tiempo había aún en Roma 1648 (1). A la muerte de la soberana heredó el cuadro el Cardenal Arzolini, yendo más tarde (1792) por el Príncipe Odescalchi al Regente Felipe de Orleans. En la Galería de los Orleans llevó el nombre de *La Eslavona*, según un grabado de Malæure. Luego que en 1792 enajenó Felipe Igualdad su Galería, la sección italo-francesa pasó a la City, donde tres magnates ingleses hicieron con ella una especulación felicísima. El Duque de Brigewater, el Conde de Carlisle y el Conde de Gover, le compraron en 43.000 libras; escogieron los cuadros que tuvieron a bien (tasados en 39.000 guineas) y prepararon luego una exposición de la Galería, ya diezmada, con los precios de venta ya marcados. Lo que al cabo de seis meses no se había vendido, pasó a la subasta. La cantidad recaudada casi igualó a la suma que había costado la Galería (2).

La Eslavona no se encontraba entre los cuadros que los tres compradores aportaron. En la Exposición, donde se la ofrecía por 200 guineas, no encontró comprador. En la subasta fue adjudicada (1800) por 80 guineas. Actualmente se halla en Richmond, en la galería Cook, y allí la vió el autor de estas líneas en 1879. El cuadro, algo deteriorado, no hacía, sin embargo, la impresión de una copia de épocas posteriores (como el ejemplar de Módena). En lugar de aquel hilillo de piedras preciosas pulimentadas, en la manga derecha, con el nombre *Ticianus*, se ve allí una cadena de oro. Recientemente, los que creen que este cuadro es una obra original formaban mayoría. Es indudable que el retrato que Sadeler reprodujo en un grabado como el de Lucrecia, y que Ridolfi describe con este

(1) Un quadro di un ritratto di una donna vestita d'azzurro con velo giallo alle spalle, che montra parte della camiscia nel petto e nelle braccia, con la mano destra sostiene la sua gonna e possia la sinistra sopra la spalla di un moretto che la sta guardando, di Titiano, in tela in piedi alta p. mi quattro e due tersi e larga p. mi tre e tre quarti con comice dorata liscia alla romana. *Campori, Cataloghi*, p. 342.

(2) W. Buchanan. *Memoir of painting*. London, 1824, I, 17 s. 114.

nombre, se encontraba realmente en la Galería Imperial, y era un regalo de César de Este al Emperador. De ser, pues, exacta la hipótesis de que dicho retrato representa a Laura Dianti, el presente del Duque hubiese tenido una significación notable.

Ridolfi nombra a Fernando II como habiendo recibido el regalo ducal. Pero *Campori*, apoyado en un dato de la Crónica de *Spaccini*, referente a algunos cuadros de Rafael y del Tiziano, enviado en 1599 al Emperador Rodolfo, cree que éste, y no Leonardo, fue el que recibió el retrato. Y esta afirmación suya confirmase por la mención que trae aquel inventario. Ahora bien; los Este tenían motivo de sentir particular gratitud hacia Rodolfo II. Alfonso II, el nieto y último descendiente de Alfonso I y de Lucrecia Borgia, no tuvo hijos; al aproximarse su fin, resolvió dejar por heredero a su primo César, nieto de Laura de Dianti. Poco tiempo antes (1594) le había dado el Emperador para ello. Pero el Soberano de Ferrara, el Papa, le discutió este derecho. El 23 de Diciembre de 1598 declaraba Clemente VIII a César como hijo de Alfonso, nacido fuera de matrimonio, aunque legitimado luego por el Legado Cibó, incapaz para recoger la sucesión de los Duques de Ferrara. De este modo trataba el Pontífice de buscar una ocasión para reunir este feudo a los Estados de la Iglesia. Ya Julio II, y después de él Clemente VII, de la estirpe de los Médici, habían procurado esto mismo en otro tiempo; y sólo por la mediación del Emperador logró Alfonso II entonces salvar a su heredero. Y no bien hubo cerrado los ojos Alfonso II (27 de Octubre de 1597), penetró el Legado Escipión Aldobrandini en los Estados de Este y guarneció Ferrara con sus tropas; César, que ya había sido aclamado por el pueblo, tuvo que retirarse a Módena. Allí le confirmó Rodolfo II en su sucesión al feudo del reino (1598). Los Este sólo eran ya señores de Módena, Reggio y Campi.

Pero César había contado con obtener mayores frutos de su apelación a la Corte Vienesa. Había reunido cuantos docu-

mentos justificativos había que probaban el matrimonio de su abuela, y se proponía obtener su legitimación formal. A poco de su muerte (11 de Diciembre de 1628) obtuvo, en efecto, su nieto Francisco I un decreto de Fernando II en ese sentido. El documento va anejo al acta de su investidura, fecha de 10 de Noviembre de 1629 (1). Por lo dicho puede vislumbrarse ya la relación de este retrato de Laura Eustoquia con la investidura de Módena y el reconocimiento más tarde solicitado y obtenido de la línea modenesa de su abuela, como legítima esposa de Alfonso I y Duquesa de Ferrara (2).

Quizá, al llegar aquí, se le haya ocurrido al lector una objeción que parezca amenazar la solidez de este edificio, sobre menos indicios sustentado.

¿Cómo se explica el que al pie del presunto retrato de Laura de Este, regalo del Duque César, falta este histórico nombre en el Palacio de Praga, como en los inventarios imperiales? ¿Por qué Rodolfo II no lo mandó poner allí, ni lo comunicó tampoco a la Administración de la Galería? ¿Por qué, finalmente, el misterio que envuelve este retrato? Cuestiones son estas que no pueden resolverse de ligero.

Ahora bien; hay una base segura, y esa la tenemos en el carácter mismo del cuadro. Pues a despecho de la distinción del traje, que podría convenirle perfectamente a una duquesa o marquesa de la primera mitad del siglo XVI, hay algo, no obstante, en la figura que no se ajusta a la etiqueta observada, aun en aquel tiempo, en los retratos de reinan-

(1) *Donus Alphonsus... ex Illu. Alphonso I Ferrariae Mutinae Regii-que Duce et Donna Laura Eustochia Cive Ferrarensi dum ambo solubi existerent, natus et per matrimonium inter praelatos Ducen Alphonsum I et Donnan Lauram ilius genitoris celebratum vere legitimus evasit. Muratori: Annali Estensi II, 510, s.*

(2) De una correspondencia mencionada por Venturi (pág. 27) se desprende que César hizo buscar, en 1610, un retrato de su abnuela en Módena, y *Mosdoni* enecontró uno de Bastianino. Acaso como compensación al que había regalado.

tes. Ya los negros cabellos se salen, por decirlo así, del tipo de la raza. La actitud de la dama, que parece recibir a una visita de confianza (1), su desembarazo y *desinvoltura*, se apartan del grave continente, de la fría mirada y de las manos ociosamente caídas de aquellas Princesas de Urbino y Mantua. Hay en esa actitud algo de espontáneo, de romántico; diríase que se siente el rumor del roce del vestido, que aquel busto respira demasiada voluptuosidad, y que el paso es demasiado libre, al menos si se atiende al concepto del decoro, que con el transcurso del tiempo había prevalecido en aquellas cortes timoratas y españolizadas. ¡No se había hecho capuchino en el Tirolo el biznieto del primer Alfonso, el tercero de este nombre, tras un corto reinado! Desde que Ferrara vió proclamada la legitimidad del hijo de la Dianti, se hizo extremadamente puntillosa para cuanto pudiera recordar la antigua equívoca posición de la Duquesa Laura. En este sentido, el cuadro del Tiziano vino a ser un estorbo. Precisamente, el abogado de la curia, que había puesto en tela de juicio esa legitimidad, citó como argumento contra el presunto matrimonio secreto un retrato que en Módena pasaba como de la Duquesa. *Muratori*, el celoso defensor de la rama segunda, refutó ese argumento. Pero aun cuando fuese disparatado hablar de un *ábito di donna lasciva*, con todo, aquel cuadro despertaba siempre el recuerdo de que la rama dominante, como aún se la llamaba en el testamento dictado por Alfonso I, un año y un mes antes de su muerte, procedía de una *donna soluta* (2), y por ella había heredado el trono de Ferrara. En ese retrato todos veían a la *amica* que el Duque solía visitar en su pabellón contiguo al jardín del Palacio. Así podría explicarse que en Praga no pudiesen al pie del retrato el nombre de Laura, y que con el

(1) Teneva la mano sinistra nulla spalla di un moretto in atto di avanzarsi con dignitosa affabilità verso il Duca. *Ticozzi*, *Vite*, pág. 40.

(2) Alfonso I en este testamento llamaba a sus hijos *Alfonso* y *Alfonso nati da se soluto e da una donna soluta*. (*Muratori*, O. m., página 418.)

tiempo cayese en el olvido. Probable es también que en la corte vienesa procediesen así por consideración al Pontífice.

Pero los escribientes palatinos que el Inventario redactaron atuviéronse a lo que veían. El traje, que ya había pasado de moda, daba a la figura un aspecto exótico. Los negros cabellos, el color aceitunado, el negro pajecillo, el tocado en forma de turbante, *el balzo*, que César Vecellio, en su *Obra sobre indumentaria*, publicada en 1590, considera ornamento de las mujeres en la antigüedad (1); todos estos exóticos detalles inducían a las personas poco avisadas a ver en ella una dama oriental. Pero su belleza no tiene nada oriental, ni por el tipo ni por la sangre (como Cavalcaselle vió muy bien) (2), ni tampoco por el traje. Con esto cae por tierra toda relación con una dama del Sultán, retratada por el Tiziano. Las modas turcas eran conocidas en Venecia. Pero en el citado libro de indumentaria (II, 375 s. 378 s. 392), entre las mujeres turcas, de la favorita para abajo, en vano se buscaría un traje que recuerde lo más mínimo el de esta supuesta «morita» del Tiziano.

No faltan, por último, del todo vestigios de una tradición que viene en apoyo de nuestra hipótesis. En el ejemplar de Stockolmo, que Gustavo III († 1792) llevó a la Colección regia de dicha capital, se hallaba inscrito en el siglo anterior el nombre de Laura de Este. Esta denominación, según comunicado del Dr. G. Goethe, de Stockolmo, habíasela dado probablemente el erudito y concienzudo intendente von Iredenheim (3). Crowe y Cavalcaselle parecían ignorar esto, al hacer la observación de que «no estaba comprobado que aquella obra maestra (*Laura*, del Tiziano) fuese el retrato de la dama con el pajeci-

(1) Vecellio llama al *balzo*, I, 64, *habito di donne antiche*.

(2) Cavalcaselle observa: «Hon improbable it is that sadaler's plate shondl represent a sultaness; since the person represented bears no traco of oriental blood» (I, 187).

Campori la había relacionado con *La Sultana*, perdida, del Tiziano.

(3) Georg Goethe: «Notice descriptive des tableaux du Mussée National de Stockolm», 1893, I Mai. *Maitres etrangers*, 327, núm. 202.

llo etiope» (1). En este estado, la cuestión del tiempo, que de antiguo goza fama de sacar a luz la verdad (supuesto que la crítica le ayude), debemos esperar el fallo en este pleito. Acaso un día pueda demostrarse que la hermosa cuanto enigmática obra del Tiziano, después de haber llevado durante tanto tiempo el ambiguo nombre de *La Eslavona*, *La Moretta*, que le dieron los *noveleros* italianos de la índole de Giraldi, y de haber vagado así por los salones de los grandes, pueda ostentar, con justicia, el nombre de la fundadora de la rama segunda de la casa de Este, o, en otros términos, que la falsa Lucrecia es una Laura auténtica.

(1) It has not been suggested, though it may be, that this masterpiece was the portrait of a lady with an Ethiopiam, page 8 (Titian I, 266).

GARCILASO DE LA VEGA

Entre los retratos de la Galería de Kassel, donde hay tal abundancia de ellos, figura uno que representa a un joven, número 447 (1,5 : 0,78), y que ha sido siempre un enigma. Por su hidalga virilidad y elegancia de líneas, por su expresión de inteligencia, parece el retrato de un personaje de alta alcurnia. La cruz de caballero que ostenta ya tan joven, nos dice que debió ceñir su frente de tempranos laureles y gozar del favor especial del soberano. Pero ni sobre la persona y nacionalidad del modelo, ni sobre el maestro que le retratara, han podido, hasta ahora, ponerse de acuerdo los inteligentes. Ya en el Suplemento al Inventario principal de la Galería, del año 1749 (núm. 1.110), se le menciona como un *Pontormo*; pero esta denominación no parece exacta por ningún concepto. Italianos como el Dr. *Frizzoni* le han encontrado al cuadro algo de exótico, de flamenco; cierto comedimiento y frialdad convenidas, que entre los cincuecentistas sólo a *Angel Bronzino* podrían atribuírsele. *W. Bode* cree que su autor fue un pintor español; pero no hay ninguno al que por el estilo le convenga.

En la idea del cuadro, en la actitud de la figura, pueden encontrarse reminiscencias de la escuela florentina. El altivo continente, la caída de los largos brazos y manos, se ajustan a la etiqueta que entonces se observó en los retratos.

Pero la impresión de que no se trata de una obra de autor italiano no nace tanto del estilo del cuadro, como del carácter del personaje allí representado. En el mirar de soslayo y en la actitud se advierte que, a través del pincel italiano, algo ha pasado al lienzo de la solemne exterioridad, de la afectada flemma de los españoles allí donde ostentaban una representación oficial. Este *sosiego* no falta en ningún retrato español, al paso que difícilmente se le encuentra en los italianos o flamencos, a menos que la permanencia en España les haya contagiado. Es este un detalle que caracteriza sus retratos y hace que se les pueda distinguir de los italianos, como se diferencia, por ejemplo, el estilo epistolar de unos y otros.

Para el autor de estas líneas, el modelo del retrato en cuestión debió ser uno de tantos capitanes que, durante la campaña del Emperador Carlos V, antes o después de la expedición a Túnez, pasaron a Flandes. Y hasta creería haber visto aquella cara en otra parte: en el retrato de Garcilaso de la Vega, que *Carderera* trae en su *Iconografía española* (1).

El lienzo al óleo, del cual—como se asegura que hizo con los que vió en Madrid—sacó *Carderera* un dibujo fiel, era propiedad de los Condes de Oñate, a cuyo poder había llegado por herencia, y al hacerse las particiones, a la muerte del último Conde, fue enviado a Pamplona. Como antiguo retrato de familia, proporciona la única base firme para juzgar de su semejanza con el poeta.

La casa de Oñate posee también una parte de su biblioteca y algunos fragmentos de su armadura de acero, cuyo actual poseedor, el Conde de Valencia de Don Juan, casado con una dama de aquella familia, los cedió para que figuraran en la Exposición Histórico-Europea, que en 1892 se celebró en Madrid.

Pero, según el mismo *Carderera*, el retrato en cuestión no era un lienzo original, pues le califica de «casi contemporá-

(1) *Carderera*: *Iconografía española*.

neo». Acaso fuese obra de un pintor adocenado, que, no obstante su buena voluntad, al reproducir las facciones de un verdadero hidalgo, imprimióles un sello de hinchada afectación.

Pero, a pesar de las diferencias de estilo y de dibujo, en lo esencial concuerda este retrato con el lienzo de Kassel. Sólo que este último nos presenta a un hombre algo más maduro, cuyas facciones llevan la huella de azarosos trances, y parecen harto enérgicas para quien no contaba sino treinta y tres años a lo sumo (pues de esta edad murió Garcilaso).

Distinto también es el corte de la barba. En la Iconografía, ésta es larga y partida en dos puntas; esta moda germánica, que imperaba en la Corte de Carlos V, fue seguida también por los españoles que formaban su séquito. En nuestro cuadro, la barba es corta y redondeada. Antes de esa época, los grandes españoles, como Gonzalo de Córdoba, Hugo de Moncada y el Rey Fernando mismo, no habían llevado barba.

Pero en el conjunto y en lo característico de las facciones, ambos retratos hacen relación a un mismo modelo. Sólo que en el uno lo vemos afinado, según el estilo florentino, y en el otro embastecido a la española. En primer lugar, la nariz, aquella nariz aguileña, larga y acaballada, indicio para el fisiomista de un carácter ambicioso, inclinado a las armas o a la política. Esa nariz, ancha en su arranque triangular, se acaba luego con marcado realce para estrecharse después cerca de su base. Además, los labios anchos, algo salientes, no están muy «bien rimados» para ser los de un poeta.

El color del cabello (que en nuestro cuadro va cubierto por el birrete) y de las cejas, es negro en el diseño de *Cardenera*, oscuro el de los ojos, bermejo el de la barba y trigueño el de la faz.

La cabeza muestra un innegable aire de familia con el de su tío Lorenzo Suárez de Figueroa (tomo I, pág. 71), si bien las facciones del anciano diplomático son más adustas y severas.

Como signo especial de identidad, es de gran peso la pequeña insignia de la Orden de Alcántara que lleva al pecho el retrato. Garcilaso era Caballero de esta Orden. Sería verdaderamente una rara coincidencia el que dos hombres tan parecidos, de la misma edad y de la misma época, habiendo visitado uno y otro la Italia, estuviesen ambos también en posesión de la misma Orden española. Por lo demás, la forma de las insignias que llevan uno y otro nos ilustra acerca de sus gustos. En el cuadro de *Carderera*, así como en los grabados existentes, vemos la gran cruz verde de la Orden, de seda o paño, cosida al lado izquierdo del justillo; en el nuestro, el personaje lleva la insignia en la forma ornamental de medallón, a que se da el nombre de venera. Esta palabra designa propiamente la concha de los Caballeros de la Orden de Santiago; esa concha iba adornada con la cruz roja en forma de espada. El nombre juntamente con la forma se aplicó luego a la insignia pectoral de las otras dos Ordenes más importantes. La cruz de Alcántara, verde, tiene idéntica forma que la roja de Calatrava, con sus cuatro largos brazos, terminando en flores de lis. La venera se estilaba con incrustaciones de perlas y diamantes, y se la llevaba suspendida de una cadena de oro, según se la ve en los retratos del Secretario del Emperador, Francisco de los Cobos (*Carderera*, tabla 73). En nuestro cuadro la cruz lleva incrustaciones de volutas de oro, como la cruz de Calatrava del Comendador y General D. Luis Quijada. *Carderera* vió todavía en casa del Conde de Oñate el collar de diamantes engarzado en oro, del cual llevaba Garcilaso suspendida su cruz en las ocasiones solemnes (1).

También los comentaristas de Garcilaso y los escritores nos han dejado el retrato del poeta. Fernando de Herrera (1580) le describe como de estatura más bien alta que baja y bien proporcionado. Otro escoliasta, *Tamayo de Vargas*, de Toledo, en

(1) Vestido, pues, el pecho, túnica Apolo de diamante gruesa. (*Góngora*: Cancionero fúnebre.)

su verbosa descripción, nos dice que unía la gravedad a la gracia. La expresión de sus facciones era *apacible con gravedad*; la frente, ancha y majestuosa; los ojos vivos con sosiego; todo el conjunto revelaba una gran distinción. Una verdadera belleza varonil. El cuadro de Kassel—no así el retrato de familia—refleja claramente la doble naturaleza del hombre, sobre todo en los ojos. Aquella mirada firme es la de un político, y al par la de un soldado, pero ciertos matices revelan también a un hombre de sensibilidad exquisita.

Cienfuegos, en la *Vida de Francisco de Borja*, amigo de juventud de Garcilaso, dice: «Era garboso, y cortesano, con no sé qué magestad embuelta en el agrado de el rostro, que le hacía dueño de los coraçones, no mas que con saludarlos; y luego entraban su eloquencia, y su trato a rendir lo que su afebilidad y su gentileza habian dexado por conquistar. Ningun hombre tuvo mas prendas para arrastrar las almas, aviendo dispuesto la naturaleza un cuerpo galan, y de proporcionada estatura para Palacio de la Magestad de aquella alma» (1).

También los trajes son parecidos en uno y otro retrato. En el de familia, el justillo negro cubre una chaquetilla, cuyas mangas, de seda amarilla, van cortadas a trechos iguales por cintas blancas caladas. En el cuadro de Kassel el justillo va respunteado; esta labor se advierte en los cuadritos formados por blancos hilillos de seda, cuyos puntos de intersección adornan rosetas de cuatro perlas. Las mangas son aquí de un paño color amarillo muy claro, que en los dobleces da un tornasol rojizo. El birrete, liso con una pluma, cuyo arranque no se ve y que cae hacia atrás, cubre los cabellos, que en el otro cuadro son negros y cortos. La mano derecha, que sujeta los guantes de piel amarillos, descansa sobre el tapete rojo. El pulgar de la mano izquierda lo tiene suspendido en el cinto de la espada.

(1) *Alvaro Cienfuegos: La Heroyca Vida, Virtudes y Milagros del Grande San Francisco de Borja*. Libro II, pág. 49. Madrid, 1717.

Esta cabeza la divulgaron, aunque algo alterada, desde el siglo anterior, los grabados y portadas de las obras del poeta.

Esos grabados parecen referirse a un original de la época de Felipe II. En vez del sencillo cuello plegado, con que se contentaban los contemporáneos del poeta, lleva éste en dichos grabados la lechuguilla, de época posterior. El grabado de Manuel Salvador Carmona, que trae el *Parnaso español*, de Sedano (T. VIII, 1774), es el mejor de todos y fue copiado por Blas Ametller.

También el lindo retratito que encabeza la pequeña edición (de Orea) con las consabidas escenas bucólicas al pie, según el diseño de Rivelles, grabado por T. L. Enguidanos, se hizo según el de Carmona. El más conocido es el retrato hasta la rodilla que figura en la obra *Españoles ilustres*, trasladado por B. Vázquez, según un dibujo libre y punteado como muchos retratos de esa colección. En este fantástico cuadro se halla el poeta sentado ante su mesa de despacho, en actitud de tomar un libro de su biblioteca. Al valioso artículo biográfico de Navarrete va unida una tosca litografía, tomada de la misma fuente.

Si la denominación del cuadro de Kassel es exacta, esta galería podría vanagloriarse de poseer un raro lienzo. Sería el suyo el único retrato original de Garcilaso, pintado en vida del poeta, y uno de los poquísimos retratos de poetas españoles de los siglos XVI y XVII, de positivo mérito artístico. Pues aquellos otros que se ofrecen a nuestra admiración como efigies de Cervantes, Calderón y Lope, no son sino cuadros medianos desde el punto de vista artístico, que cuando más, tan sólo nos dejan presumir una tosca semejanza exterior con el modelo. El único buen retrato de poeta que conocemos, es el que hizo el Tiziano de su contemporáneo Diego Hurtado de Mendoza.

En la accidentada vida de nuestro poeta no faltan períodos, en los cuales pudo ser retratado por un pintor italiano. Para los que visiten la Galería de Kassel, quizá resulte interesante reproducir algunos datos de esa breve existencia.

Garcilaso de la Vega era hijo segundo del Comendador de León del mismo nombre, señor de Los Arcos y Cueva, Regidor de la ciudad de Toledo y Alcaide de Gibraltar; nació en 1503 en Toledo; su madre Sancha, señora de Batres, procedía de la antigua casa de los Guzmán. El nombre de Lasso de la Vega pertenecía a una familia disuelta hacía ya tiempo, que tuvo su solar en las montañas de Asturias, cerca de Santillana. El *Ave María gratia plena* que llevaba en sus armas ha dado pie a una romántica leyenda que se ha referido muchas veces. El último de los Vega cayó en la batalla de Nájera (1367); su hija Leonor casó en segundas nupcias con D. Diego Hurtado de Mendoza, Almirante de Castilla, y desde entonces el nombre de Lasso de la Vega aparece en la casa de Mendoza (1). La hija del Almirante se llamó Elvira Laso de la Vega, y uno de sus nietos D. Pedro Laso de la Vega. Por el matrimonio de Gómez Suárez de Figueroa, señor de Zafra, en Extremadura, con dicha Elvira, se introdujo también su nombre en esta casa. Su segundo hijo, D. Pedro Suárez de Figueroa, hermano menor del primer Conde de Feria, fue el padre del Comendador Garcilaso y el fundador de esta segunda rama. El primitivo nombre patronímico Suárez de Figueroa lo llevó su hermano, aquel Embajador del Rey Fernando en Venecia, Lorenzo Suárez de Figueroa.

La casa solariega de los Garcilaso se alzaba en una eminencia de la colina que cubre el mar de casas de Toledo, en un antiguo barrio habitado por los nobles. *Navagero* nos hace la descripción de esas casas solariegas, espaciosas, pero enclavadas en un laberinto de callejas sin plazas ni jardines, apretadas unas contra otras. Sobre cimientos de edificios árabes, visigodos y judaicos, levantábanse esas casas, por lo general de un solo piso, herméticas en su exterior, sin fachada ni balconaje, y hechas, en gran parte, de barro. El interior de esas

(1) D. Alonso Núñez de Castro: *Historia eclesiástica y seglar de Guadalupe*. Madrid, 1653, pág. 135.

viviendas sorprendía, sin embargo, al visitante, por la magnificencia de sus polícromos azulejos moriscos, de sus artesonados techos y de sus puertas *de lazo*. Los aposentos se hallaban dispuestos en torno del patio que daba luz a la casa y que recubrían ricas baldosas de mármol. Poco queda hoy de toda esa grandeza; conventos, iglesias, hospitales, han extendido sus altas y pesadas tapias de ladrillo por aquellos lugares, sacrificando muchas de esas casonas para ensanchar su recinto.

Del padre de Garcilaso poco hemos de hablar aquí. Figuró desde muy pronto en Palacio, primero, como Maestresala, y más tarde, como miembro del Consejo de Estado. Entretanto, surgió la guerra de Granada. Pertenecía el prócer a esa legión de escogidos magnates, impuestos en las artes políticas del soberano que, con motivo de la campaña que Carlos VIII había emprendido en Italia, fueron enviados como embajadores cerca de las Potencias. Desde 1496 hasta 1501, el padre de Garcilaso fue embajador de su Monarca en la Corte del Papa Alejandro VI. Era este cargo de gran importancia en una época en que la lucha por la posesión de Nápoles estaba en toda su crudeza, y hubo momentos en que la situación del embajador fue harto comprometida. Durante este tiempo, Federico de Nápoles le pasaba una pensión anual de 6.000 ducados sobre los ingresos de la Aduana. Más tarde, S. M. Católica le llevó consigo a Flandes (1506). Allí mantuvo estrechas relaciones con Felipe el Hermoso, y al regreso del Rey, detúvose al lado de aquél, cosa que el monarca castellano no le perdonó nunca, retirándole desde entonces su privanza. Murió en 1512, cuando su hijo, nuestro poeta, contaba nueve años.

Este pasó su primera juventud en la ciudad donde, según el testimonio unánime de los españoles, se ha hablado siempre el castellano más puro, que puede servir de modelo a las demás regiones. Allí, a los diez y siete años, empezó para él una azarosa vida que apenas le dejó tiempo para aprender latín, por lo que resulta muy dudoso que fuese en Toledo donde adquirió su cultura de humanidades. En ninguna familia de la nobleza

castellana se habían cultivado, empero, con mayor estima estos estudios, ni desde más antiguo que en la de Mendoza. El nombre del Marqués de Santillana se conservaba allí como un ejemplo que imitar, y el recuerdo de su hijo D. Pedro, el gran Cardenal de España († 1495), manteníase aún vivo en Toledo.

Muy cerca de la casa solariega hay una gran plaza, a la que no hace mucho se dió el nombre de Plaza de Padilla. En la época de la juventud de Garcilaso se alzaba en su lugar el grandioso palacio de la antigua casa de Padilla. Al ser sofocada la sublevación de los Comuneros y a la muerte de Juan de Padilla en el cadalso, el palacio fue arrasado, sembrándose de sal el sitio que ocupara. El hermano primogénito de Garcilaso, Pedro Laso, noble con arreglo al severo derecho de Castilla la Vieja, fué enviado en 1520 por los toledanos descontentos para que expusiera sus quejas ante el Rey, y había sido ya el alma de la resistencia en las Cortes de Santiago, por lo que se le impuso pena de destierro.

Las vidas de ambos hermanos tomaron rumbos muy distintos. El menor aplicóse a seguir las huellas de su padre, y Carlos le tomó de buen grado a su servicio. El mancebo, que tenía entonces diez y siete años, siguió a la Corte en su viaje de Barcelona a Galicia. El 26 de Abril de 1520 le nombró el Monarca, estando en la Coruña, *contino de su Real Casa*, título ideado por Don Juan II, que llevaba aneja una pensión de 45.000 maravedís (1). Por el mismo tiempo nació, según se cree, su amistad a Juan Boscan, ex-preceptor del joven Duque de Alba, que tan provechosa fue para entrambos (2). Garcilaso combatió contra los Comuneros y luego contra los franceses cuando la incursión de Francisco I en tierras de Navarra. En Olías recibió su primera herida. El Emperador, que ya estaba de re-

(1) Vida de Garcilaso, en la *Colección de documentos inéditos*, XVI, 1850, por Eustaquio Fernández de Navarrete, según los materiales reunidos por D. Martín Fernández de Navarrete.

(2) Las obras de Juan Boscan. William I. Knapp. Madrid, 1875, página XI, 1.

greso, le nombró en 1.º de Octubre de 1523 *gentilhombre en los libros de la casa de Flandes*. En 1526 casó con Elena de Zúñiga, de una familia navarra, dama de honor que había sido de Leonor, la hermana del Emperador, viuda de Manuel de Portugal, y después Reina de Francia. En Toledo fue, y en aquel mismo año, donde Boscan le presentó a Andrés Navagero. Durante la larga detención de la Corte en Granada, exhortóle el veneciano a trasplantar a España las formas exóticas y los temas de la lírica italiana. Boscan, a quien como a hijo de Cataluña le eran igualmente familiares el toscano y la lengua de Castilla, fue el primero que abandonó la antigua métrica. En aquel mismo año además, fué de Nuncio a Granada Baltasar Castiglione, cuyo *Cortesano* tradujo luego Boscan a instancias de Garcilaso.

Al entrar Garcilaso en la corte imperial, quedó fijado ya su porvenir. Como arrastrado por una corriente impetuosa le vemos desde entonces metido en todas las empresas, que sucesivamente acometió el Emperador. Esa vida de tráfago respondía a su innato afán de lances y aventuras, a su anhelo por ver nuevas gentes y países, sobre todo, Italia. Pero había, sin embargo, ocasiones en que le torturaba el sentimiento de su dependencia, y del vacío en que se encontraba, y así ocurría cuando se acordaba de su casa y de doña Elena. De estas horas de abatimiento nos habla más de una estrofa, llena de melancolía y desesperanza, de sus rimas petrarqueñas. Como aquella que dice:

«Entre las armas del sangriento Marte
hurté del tiempo aquesta breve suma
tomando ahora la espada, ahora la pluma.»

O como esta otra:

«Yo, como conducido mercenario
voy do fortuna a mi pesar me envia
si no a morir; que aquesto es voluntario.»

Garcilaso siguió nuevamente a Carlos V cuando éste em-

barcó en Barcelona en 28 de Julio de 1529, con rumbo a Génova, para ir a coronarse en Bolonia; y a su lado estuvo en el asedio de Florencia (1530) (1). En Agosto le envió la Emperatriz a la corte de Francia, con cartas para su cuñada Leonor, bien que llevase la comisión secreta de ver por sí mismo en qué condiciones se hallaban las fronteras. Al año siguiente, después de haber pedido inútilmente, en un acceso de nostalgia, el cargo de regidor de Toledo, entró en relaciones con Fernando Álvarez de Toledo, que tenía entonces veinticinco años, y que, habiéndole cobrado afecto, quiso llevárselo consigo a Alemania. Se trataba de la defensa de Viena contra Soleimán. Pero entretanto, surgió un incidente inoportuno. Una distinguida joven, Isabel de la Cueva, sobrina del Duque de Alburquerque, se había prometido, contra la voluntad de sus parientes y del Emperador mismo, a un sobrino de Garcilaso, el cual era sabedor de ello. Prisión y destierro a la isla de Schuett fue el castigo. Garcilaso tomó la cosa más por lo trágico de lo que convenía. Dióse a sí mismo «en poder, y entre las manos de un hombre que puede hacer cuanto se le antoja». «En una hora se ha destruído todo lo que constituyó el objeto de mi vida.» Así escribía él al borde del Danubio, *río divino*, cercado de parajes de eterna primavera, donde resonaban trinos de ruiseñores, según da a entender en la canción tercera.

Los ruegos de D. Fernando consiguieron del Emperador que el poeta fuese agregado a su servicio y al de su tío (2), D. Pedro de Toledo, Marqués de Villafranca, durante su viaje a Nápoles. La última parte de la segunda égloga está dedicada a la alabanza del Alba, y en ella describe el poeta su palacio de Alba de Tormes, y cómo a su nacimiento asistieron las

(1) En aquella ocasión se le señaló una pensión vitalicia de 80.000 maravedises, pagaderos cada tres años, sin obligación de recibir ni servir en la corte. *Documentos inéditos*, XVI.

(2) No el padre del Duque Fernando de Alba, como dice Ticknor (*History of spanish literature*, I, 491), sino el hermano menor del padre de éste, Don Garcia.

Tres Gracias cubiertas de transparentes velos. El joven Alba parecíale a Garcilaso una criatura extraordinaria, y le aplicaba aquella frase del Ariosto en el *Orlando*, X, 84:

«Natura il fece e poi ruppe la stampa» (1).

El viaje se hizo por Roma. El 4 de Setiembre de 1532 llegó el nuevo Virrey a Nápoles, llevando a Garcilaso entre las personas de su séquito. Allí, en compañía de Alonso de Avalos, Marqués del Vasto, que tenía su misma edad, y compartía sus aficiones, pasó él los más felices y provechosos años de su vida, «en la ciudad de las sirenas».

Aún estaba vivo por doquiera el recuerdo de Sannazaro, que acababa de morir, cargado de años, y Garcilaso entregóse con avidez a la lectura de sus poesías. El Virrey trató de introducirle en la carrera diplomática, le empleó en su correspondencia secreta con el Emperador, y de buen grado hubiérale sujetado al reino como castellano del Palacio de Rijoles. La campaña de Túnez (1534) le llevó a Africa. Allí figuró su nombre entre los de aquellos doce que ante los muros mismos de la ciudad osaron atacar con temerario brío a 80 jinetes númidas. Esta proeza le valió dos lanzadas, una en la boca y otra en la mano derecha. Fernando Carafa y el Emperador acudieron con sus hombres de armas en ayuda de los comprometidos campeones, y Carlos mismo sacó a Andrés Ponce de entre los pies de los caballos. Lleno de orgullosos ensueños volvió el poeta a Sicilia. En *La Goleta* compuso un soneto dedicado a Boscan (33). En él se imagina restablecido en Africa el Imperio romano, y recuerda la frase del Petrarca al hablar en la canción XVI del *Antiguo valor italiano* no extinguido. Su perspicaz talento le sugiere, sin embargo, graves dudas sobre

(1) Su descripción contrasta con la concisa expresión del Ariosto.

Una obra sola quiso la natura
hacer con éste, y rompió luego apriesa
la estampa do fue hecha tal figura.

el fruto de aquella victoriosa campaña. Y el joven oficial que tenía entonces treinta años, era español, y se había coronado de laureles en una atrevida y venturosa empresa, pensaba y escribía a su regreso con la franqueza y energía del genio:

«¿Qué se saca de aquesto? ¿Alguna gloria?
¿Algunos premios? ¿O aborrecimiento?
Sabrálo quien leyere nuestra historia;
veráse allí que como el humo al viento,
así se deshará nuestra fatiga.»

Al presentarse nuevamente en Nápoles con el ejército victorioso, disfrutó claros días. Su gran cicatriz sobre el carrillo y su habla tartajosa hacíanle aún más seductor para las bellas.

En esta época, cuando tenía treinta años, debió hacerse nuestro retrato, en Florencia o en Nápoles. Si poseyésemos el documento en que se le confería la Orden de Alcántara, podríamos precisar la fecha de su producción. Garcilaso era tan simpático a los italianos como a los caballeros españoles de la Corte. Su digna conducta, su ingenuidad, su delicadeza conquistaba los corazones. Tenía también ribetes de músico, pues tocaba la guitarra y el arpa. *Bembo* decía no haber conocido, entre tantos españoles como afluían a Nápoles, ninguno que fuese tan querido y honrado (1). Su amigo Alonso Dávalos dió ocupación a muchos pintores italianos, además del Tiziano, como a Lucas Penni y a su discípulo Leonardo, apellidado «Il Pistoja». Probable es que quedasen en Nápoles retratos suyos. El poeta Mazini poseía, a principios del siglo xvii, uno que formaba parte de su notable galería de retratos, a la que dedicó un comentario poético (2).

(1) Omnium neapolitanorum qui te novissent, sermonibus attestationibusque confirmari, his temporibus, quibus maxime Italiam vestrae nationis referserunt, quem omnes plane homines te uno ardentius amaverint, cuique plus tribuerint illam ad urbem ex Hispania venisse porro nullum. *Bembo* a Garcilaso, VII Kal. Sept. 1534.

(2) La Galeria del cavaliere Marino distinta in pitture e sculture. Napoli, 1620, pág. 210:

El desgraciado accidente que sufrió el Emperador en la Provenza (1536) fue también funesto para Garcilaso. En su marcha hacia el Norte, estando en Roma, resolvió Carlos V hacer la guerra al enemigo en su propio país, y así formalmente lo declaró. En el trayecto de Roma a Siena y Florencia, fué el poeta formando parte del cortejo imperial. En 4 de Mayo fue encargado de llevar instrucciones a Doria y Leiva, que se encontraban destacados en Génova y Milán. El Emperador promovióle al puesto de Maestre de Campo. Aunque no faltasen inquietudes y malos augurios, la campaña era esperada con viva impaciencia. A fines de Mayo llegó el Tiziano al campamento imperial, establecido en Astí. Su protector estaba tan ocupado, que costó trabajo al artista obtener una audiencia. «Todos se preparaban ya para el ataque en dirección a Francia, deseosos de ponerse a la obra; no se oye otra cosa que el estruendo del tambor.» La certeza del triunfo consistía en que se esperaba poder combatir en seguida con las huestes de Francisco I. Pero éste, por consejo del condestable de Montmorency, había acordado mantenerse a la defensiva, y, después de sufrir incontables molestias en el devastado país, tuvo el Emperador que resignarse a emprender la vuelta. En su retirada pasó ante la torre de Muey, a cuatro leguas de Frejus, que estaba guarnecida por campesinos belicosos. Había que tomar aquella torre, y Garcilaso se lanzó al asalto de los primeros, sin detenerse a coger las armas (1). Una piedra arrojada por los sitiados le hirió gravemente en la cabeza. El Emperador, que antes había sido para él un amo demasiado duro, mostró en la ocasión aquella en cuánta estima le tenía. Fuera

Del poético giorno

Aperse al clima ispano i primi albori

Il raggio matutin de' miei spendori, etc.

(1) Para más detalles sobre este suceso, que ha sido contado de diversos modos, véase el tratado de las campañas de Carlos V, por Martín García Cerezeda, en los *Bibliófilos Españoles*. Madrid, 1874, II, 196. Wi Knapp en el Prólogo a su Boreau XXII.

de sí por efecto del dolor y de la cólera, dispuso que toda la guarnición enemiga fuese colgada de las almenas, ofreciendo de este modo al amigo un sacrificio expiatorio que recuerda las hecatombes de Aquiles en Homero. Garcilaso fue trasladado a Niza, y allí falleció a los pocos días. A su muerte hallóse presente el Marqués de Lombay, Francisco de Borja; y la impresión que de aquel triste espectáculo recibiera debió influir en su ánimo para que adoptase aquel propósito de renunciar al mundo que dos años después, conmovido a la vista del cadáver de la Emperatriz Isabel de Portugal, de cuya traslación a Granada se le había encargado, llevó a cumplido efecto ingresando en la Compañía de Jesús, de la que fue General tercero, por orden cronológico. El cadáver de Garcilaso fue inhumado en Santo Domingo, en Niza, desde donde se le trasladó luego a Toledo. Dejó el poeta dos hijos: uno, que llevó su nombre y murió, veinte años más tarde, en el sangriento asedio que Brissac puso a Vulpiano, y otro, que ingresó en la Orden de Predicadores con el nombre de Fray Domingo de Guzmán. Dejó también una hija, Sancha, que casó con un Portocarrero.

De este modo quedó destruido un porvenir del que sólo pudo mostrar Garcilaso brillantes esperanzas. De la senda que conduce a las altas cumbres de la gloria, y que tan pronto se había abierto para él fácil y despejada, cayó precipitado en los hondos abismos del sepulcro, lejos de su patria y de los suyos. Hasta las dolorosas circunstancias de su muerte parecieron, a quienes las presenciaron, un accidente lamentable, originado de su temeridad e imprudencia. Ya en todo el apogeo de su juventud y de su dicha, había sentido el poeta cernerse sobre él las frías tinieblas del olvido. Tanto él como sus juveniles hazañas habrían quedado oscurecidas, a no ser por el brillo de versos que dejó en herencia a su amigo Boscan, y que la viuda de éste editó, en 1543, en Barcelona, como cuarto tomo de las poesías de su marido. Su título de gloria se cifra en haber sido él quien introdujo en la métrica castellana las formas petrarqueñas, o, como dicen los españoles, *el verso*

largo, dotándolo de una elegancia a la que no llegó ninguno de sus contemporáneos.

A muchos parecerá asombroso que el atrevido caballero, cumplido cortesano y no mal diplomático, sólo haya pasado a la posteridad como autor de poesías bucólicas y elegías imitadas de ajenos modelos. Pero este contraste nada tiene de extraño, y se da en la vida de todos los grandes guerreros. De Goethe acá nos hemos acostumbrado a considerar la poesía como expresión del hombre y de su experiencia. Pero en otro tiempo era un refugio, al que se acogían los hombres de acción para descansar de las hazañas que de ellos nos refiere la Historia. La mirada que durante largo tiempo sólo había visto sangrientas escenas en los campos de batalla, natural era que buscase con avidez el matiz verde, complementario, de las florestas arcádicas.

Hoy día no suscribiría nadie el juicio de Garcilaso, cuando decía que «hasta ahora no se ha escrito en lengua castellana nada cuya falta pudiera lamentarse». Muchos se pronunciarán por su enemigo Castillejo, que anatematizaba el petrarquismo introducido en Castilla, considerándole como una traición al espíritu popular, como una herejía anabaptista. Sus contemporáneos llamáronle *Príncipe de la Poesía Española*; pero ya Lope de Vega pretendía limitar a su época, muy de atrás olvidada, este principado asignado al poeta «de mil laureles coronado» por su comentador Herrera:

«... la fuente,
que en medio del invierno está templada»,
y en el verano más que nieve helada.
Pasan los siglos, y en distintas musas,
naciendo vidas se renuevan plumas,
águilas y fenices.»

Y Calderón habla de los «recuerdos largo tiempo borrados» de Boscan y de Garcilaso.

Preciso sería hablar como propia una de las lenguas más

hermosas del mundo, o haber vivido en aquel siglo, para comprender la impresión que en el verso castellano, aún bronco y rudo en aquel tiempo, hicieron las creaciones de un poeta dotado de un dulce temperamento elegíaco—su contemporáneo Camoens le llama *O brando e doce Laso castellano*, octava primera, 215—y de una pureza de estilo que recuerda la égloga virgiliana, y para poder saborear la cristalina transparencia, la armonía de los períodos y el ajustado ritmo de los versos. Se ha hecho notar que no hay en sus poesías ni una palabra ni una frase que haya dejado de ser hoy puramente castellana, lo que no puede decirse de ningún otro escritor tan antiguo (1). Por esto perdurarán sus versos mientras se hable castellano, al menos mientras haya un oído español capaz de sentir las perfecciones, del instrumento léxico.

Sus continuas peregrinaciones por el extranjero le proporcionaron, a más de cuchilladas y lances de amor, materia de inspiración para sus versos. El genio, bajo el disfraz del acaso, le condujo a los sitios donde podía escuchar las voces del pasado. Hizo su romería a Vancluse,

do nació el claro fuego del Petrarca.

Al pie del Etna el evocador de las musas sicilianas escribió la segunda elegía, dedicada a su amigo. Junto a la tumba de Virgilio y de Sannazaro sacudió de sus libros el polvo de la escuela. Las frases tomadas de otros, y que sus comentaristas han catalogado concienzudamente, se nos muestran revestidas de otra significación cuando se las considera como una peregrinación espiritual. La vida mental del género humano rara vez marcha en línea recta, siendo lo más frecuente que describa grandes círculos. No hay nada, por mucho que valga, capaz a detener la marcha incansable de la evolución (que no crea nada, limitándose a sacar a la luz):

(1) *Tickus*: O. c., I, 495.

Lo que en el libro del tiempo
quedó grabado una vez,
Si está bien, no ha de faltar
quien lo repita después.

Los restos de Garcilaso fueron inhumados en Toledo, en el panteón de familia, en la iglesia de San Pedro Mártir, de la Orden de los Dominicos. Su viuda erigióle un mausoleo. La referida iglesia fue edificada a principios del siglo xv (1407) en estilo gótico, cuando los Dominicos trasladaron su convento de la antigua iglesia de San Pablo, en la parte baja de la población, ante la Puerta Nueva, al centro de la misma, asentado en lo alto. En 1589 fue remplazada por una nueva edificación muy espaciosa. La tradición señala una capilla de la nueva iglesia, a la derecha del altar mayor, U. L. F., ornada de una guirnalda de rosas, como el lugar de enterramiento de la extinguida familia. Según las descripciones de Toledo, las dos figuras de mármol que hay en tosca hornacina a la derecha del altar, y que representan a dos caballeros genuflexos y revestidos de sus armas, son las estatuas de Garcilaso y de su padre, el comendador de León (1). Según otros datos, el hijo del poeta muerto en 1555 reposa al lado del padre. Pero estas estatuas parecen apócrifas. Aquellas dos cabezas cuadradas y duras, de parecido tan extraordinario, se desvían del tipo que nos han conservado los retratos; son trabajos de fábrica de principios del siglo xvii. Esa fábrica es la misma de donde salieron las grandes estatuas, de mejor estilo por cierto, del Conde de Fuensalida y su esposa, que se hallan en el muro frontero de la nave transversal. Pero este Conde, D. Pedro López de Ayala, murió en 1599. En la tumba de Garcilaso se inhumaron también los restos de su esposa, según se desprende de una poesía de Luis de Gongora.

En su Canción fúnebre celebró Góngora el monumento erigido a la memoria de nuestro poeta, tan distinto a él y casi su

(1) R. Parro: «Toledo en la mano», II, 62.

antípoda en cuanto al estilo, en cuatro estrofas de una abundancia de imágenes retóricas que se acumulan unas a otras hasta casi hacerse daño. Esta poesía lleva por título. «Al Sepulcro de Garcilaso de la Vega, excelente poeta toledano, que está enterrado en Toledo con su mujer.» Las estrofas en cuestión dicen así:

Picadoso hoy celo culto,
 cincel hecho de artífice elegante,
 de mármol espirante,
 un generoso anima y otro bulto
 aquí, donde entre jaspe y entre oro
 tálamo es mudo, túmulo canoso.

Aquí, donde coloca
 justo afecto en aguja no eminente
 si no en urna decente
 esplendor mucho, si ceniza poca,
 bien que, milagros despreciando egipcios,
 pira es suya este monte de edificios.

Algo más feliz fue el autor de estas líneas en sus andanzas para encontrar la casa donde nació el poeta. De los vecinos poco hubiera podido averiguarse sin la noticia topográfica que trae Ramón Parro en su libro (1).

Desde la plaza de Padilla, bajando la Cuesta de Santo Domingo y torciendo por la primer bocacalle a la derecha, se encuentra el cobertizo de Santo Domingo. Este nos lleva a la plaza que hay delante de la iglesia de Monjas Bernardas de Santo Domingo de Silos, edificada por la portuguesa María de Silva, y notable por su retablo mayor, obra de Dominico Theotocopuli (1580). En aquel sitio, entre la plaza de Padilla, el cobertizo y la Cuesta de Santo Domingo, se halla un solar ruinoso, sin muros, al lado de una casita antigua; este es el que se llamó en otro tiempo solar de los Garcilaso. El lugar de em-

(1) O. c. II, 625.

plazamiento forma una abrupta pendiente; el corral, que linda con la plaza de Padilla, se une al palacio en forma de terraza. En este corral se encontraban aún restos de finos ladrillos y dos brocales de pozo muy bien conservados. El inquilino de la casita era un modesto mediantín, que había comprado poco hacía la casa y el solar «por haber sido de Garcilaso», y que cultivaba unos cuadros de fragantes flores. Cincuenta años atrás, aún se mantenía en pie el edificio, que servía de vivienda a numerosas familias; y en 1808, cuando la guerra de la Independencia, allí se reunía el batallón de estudiantes voluntarios llamado del Sagrario.

En el muro, fabricado de ladrillos y cantos en capas alternadas, que linda con aquel cobertizo, amplios ventanales dan idea de lo que debió ser el salón de la casa. Allí, en 1498, tuvo alojado el Comendador de León al Rey Manuel de Portugal cuando éste fue a Toledo para su matrimonio con la Princesa española Isabel, heredera del trono por la muerte del Príncipe Juan. SS. MM. Católicas y la novia habitaban entonces en el Palacio de Padilla.

Quien ahora pregunte allí por Garcilaso, acaso no encuentre ya ni estas ruinas.

En la ciudad de Posilipo escribió el poeta un soneto, que consta de dos partes, de entonación muy diferente. Los cuartetos dicen como sigue:

La mar en medio y tierras he dejado
de quanto bien, cuitado, yo tenía,
y yéndome alejando cada día,
gentes, costumbres, lenguas he pasado.

Ya de volver estoy desconfiado:
pienso remedios en mi fantasía;
y el que más cierto espero, es aquel día
que acabará la vida y el cuidado (1).

(1) Garcilaso, *Soneto III*.

El resto del soneto es un concepto tan frío como ingenioso, dedicado a una bella desdeñosa.

Los referidos versos de Garcilaso son una variante de aquel pasaje de la cuarta canción del Petrarca (1), parafraseado por Sannazaro (2); pero esta vez la imitación puede recabar sus derechos sobre el original por la verdad del sentimiento.

Así pensaba yo cuando, en una clara y fría mañana de Noviembre de 1892, recorría los lugares que hace siglos inspiraron al poeta aquel soneto. El cansancio de la vida se traduce en añoranzas del sitio donde pasamos nuestra juventud. En la *ciudad de las sirenas*

«de ocio y de amor antiguamente llena» (Elegía II),

esa nostalgia le hacía suspirar por los duros roquedales de la antigua ciudad gótica y por los muros hoy derruidos de la casa paterna. El mausoleo de mármol que el amor y el dolor de los suyos le erigió, no existe ya; pero, ¿a qué buscar una urna aislada en ese monte de sepulcros, en ese colosal panteón de Toledo? Góngora, que aún creía escuchar las melodiosas quejas de sus pastores en el rumor de los juncos del Tajo movidos de la brisa, dijo bien:

«pira es suya este monte de edificios».

CARLOS JUSTI

(1) Petrarca en la IV Canción:

Quante montagne ed acque
 Quanto mar, quanti fiumi
 M'ascondon que due lumi
 Che quasi un bel sereno a mezzo l'dia
 Fer le tenebre mie, etc.

(2) Sannazaro, *L'Arcadia*, VII (prosa):

«Ed io, per tanto spazio di cielo, per tanta longiquità di terre, per tanti seni di mare, dal mio desio dilungato, in continuo dolore e lagrime mi consumo.»

LAS REINAS DE LA ESPAÑA ANTIGUA

ISABEL DE LA PAZ

(Isabel de Valois)

Cuando María Tudor yacía moribunda en Saint James, y toda Inglaterra padecía el desasosiego de una próxima mudanza, Feria ingeniosamente apuntaba a Isabel la idea de que podía asegurar la sucesión y consolidar su trono casándose con su cuñado el Rey de España, cuando su hermana muriera. Estimó Isabel tales insinuaciones con amable sonrisa, aunque a nada se obligó. Por espacio de algunas semanas, el principal empeño de Felipe y sus agentes fue perpetuar su influencia en Inglaterra mediante un casamiento con la nueva Reina. Todos se equivocaron en sus cálculos respecto al carácter de Isabel. Feria estaba seguro de que ella se decidiría a casarse con un extranjero. «Sus miradas muy bien podrían volverse hacia Vuestra Majestad.» Y, al fin, después de las deliberaciones engorrosas, que eran tan habituales en él, e interminables plegarias, Felipe asumió el continente de víctima del matrimonio, y encomendó a Feria que ofreciera su mano a la hija de Ana Bolena. Las condiciones que proponía eran ridículas, por desconocer por completo la fuerza de Isabel y el nuevo espíritu nacional del pueblo inglés. Le imponía, entre otras cosas, que se confesara católica y obtuviera la absolución secreta del Papa. «De este modo es evidente que yo hago servicio a

Dios casándome con ella, y que resultará convertida por mi obra.» Isabel agradeció ingeniosamente las galanterías que acompañaban la oferta; pero ni quiso ni osó aceptarla, y se divirtió con el tema hábil y regocijadamente hasta el último momento posible. Pendiente esta cuestión, Felipe mantuvo abiertas las negociaciones de paz con Francia, con el fin de ejercer mayor presión, si triunfaba en sus proyectos matrimoniales, para que fuera restituída a Inglaterra la plaza de Calais; pero luego que se patentizó que había sido burlado por aquella astuta joven, como se divierte el gato con los ratones, dió a entender claramente que emprendería las negociaciones por su cuenta con Calais o sin Calais, y firmó el tratado de Cateau Cambresis en 2 de Abril de 1559, dejando la secular fortaleza inglesa en poder de Francia.

En las negociaciones que siguieron a la subida de Isabel al trono, los consejeros de Felipe no cesaron de encarecer a la Reina la necesidad vital de mantener su influjo en Inglaterra, de grado o por fuerza, si otros medios no bastaban. La nueva Reina, decían, no estaba aún firmemente establecida, y ahora era tiempo de conseguirlo. Felipe comprendía que la amistad de Inglaterra le era de más importancia que nunca, pero odiaba la guerra; y el progreso del protestantismo en Europa, especialmente ahora que Isabel era Reina de Inglaterra, le sugería una combinación que cuadraba exactamente a sus métodos diplomáticos. Cuando se concluyeron las negociaciones de paz, en el verano de 1558, Enrique II de Francia había insinuado el plan de constituir una gran Liga de todas las potencias católicas para atajar los progresos de la herejía en Europa. Tales combinaciones se habían ensayado varias veces, pero jamás se habían proseguido con sinceridad; las tradiciones nacionales, demasiado fuertes, lo habían impedido siempre. Llegó a proponerse, en la efímera tregua de Vaucelles (1556), que se cimentara la amistad de España y Francia, mediante el matrimonio de Carlos, hijo unigénito de Felipe, con la hija de Enrique, Isabel de Francia.

Fracasó la proposición y se rompió la tregua; pero en los comienzos de la paz de Chateau Cambresis se trató una vez más el casamiento, y Felipe lo aceptó en principio. Cuando se vió claro, a la muerte de María Tudor, que Inglaterra, bajo la nueva Reina, se desentendía de todo, y hasta se ponía en oposición con España, Felipe decidió un cambio radical de política que aislara a Isabel, como más conveniente a sus fines que la guerra. Y así, se convino en estrechar la unión con Francia; el nombre de Felipe sustituyó al de su hijo en los tratados, y aquel viudo de treinta y dos años vino a ser el prometido de la princesa más bella y mejor dotada de Europa, la gentil primogénita de Enrique II y Catalina de Médicis. Fue aquello famosa hazaña política, porque no solamente juntaba a Francia con Felipe en su lucha contra la herejía, como se pensaba, sino que además le ponía en condiciones de emprender la tentativa en favor de los aliados, de quitar el trono a Isabel y dárselo a María de Escocia, la más próxima allegada de la familia católica, y prometida en matrimonio al Delfín. Por lo que a Francia se refiere, la substitución de Felipe por el hijo para marido de la Princesa era ventajosa; pues Don Carlos, aunque de la misma edad que la novia (catorce años), era deforme, epiléptico, con pocos años de vida probables para poder pensar en que reinara; al paso que Felipe, en lo más florido de su virilidad, era, en suma, el soberano más poderoso del mundo, y podía, si bien le parecía, ser de grande auxilio para hacer desaparecer de Francia la Reforma.

Isabel de Valois, o Isabel de la Paz, como la llamaron los españoles, era la flor de selección de una estirpe menguada. Alta, graciosa, de bella conformación, ya en su más tiernos años había sido destinada desde la cuna a un espléndido casamiento. «Mi hija Isabel es merecedora de más que un Ducado; ha de tener un Reino, decía engreído su padre cuando su hija Claudia, la más joven, fue desposada, al Duque de Lorena; y el embajador español que describía las magníficas fiestas de su bautizo en Fontainebleau, en Julio de 1546, dice que

«pusieronle por nombre Isabel por la esperanza que se tenía de su futuro enlace entre ella y el Infante (Don Carlos), pues Isabel es nombre amado en España» (1). Nosotros dudamos de la exactitud de este aserto: el padrino de la Princesa fue Enrique VIII, y probablemente escogió este nombre en memoria de su propia madre Isabel de York.

Isabel se crió al lado de la joven Reina de Escocia; y aunque ésta era algunos años mayor, fueron ambas émulas en el aprendizaje de aquella educación a la moda, que, a la sazón, se imponía a las jóvenes de su rango. Las curiosas cartas didácticas en latín y en francés, escritas por María Estuardo a la edad de diez u once años a su tierna cuñada, aunque atildadas y con afectación, según las ideas de nuestro tiempo, esparcen oleadas de luz sobre la educación sistemática y severa que había de dirigir la futura posición a que estaban llamadas. Dejando a un lado toda la parte de galanterías inevitables en un cortesano como Brantôme, es evidente que Isabel poseía una belleza extremada. «Su rostro era dulcísimo, y sus ojos y cabellos negros formaban tal contraste con la blancura de su tez, y la prestaban tal encanto, que yo he oído decir en España no osar los caballeros mirar a ella por temor de quedar enamorados y ponerse en peligro de suscitar los celos del Rey. Los eclesiásticos, asimismo, se contenían de contemplarla por no padecer tentación, y estar persuadidos de no tener fuerza de voluntad suficiente a dominar su carne, si la miraban.» En 1552 fue prometida a Eduardo VI de Inglaterra, y este peligro para España, que pasó con la muerte de Eduardo, extremó el celo de Felipe y su padre en conservar firme ascendiente en Inglaterra tan pronto como la coronación de María diese margen a una alianza.

Esta era la bella de catorce años, cuyo retrato, hecho por

(1) Da el embajador español un relato curioso de las fiestas espléndidas con que se celebró, al mismo tiempo que el natalicio de Isabel, la paz de Inglaterra. (Véase *Spanish Calendar*, vol. VIII, por Martín Hume.)

Janet, fue enviado a Felipe en los primeros días de 1559. Fue él siempre admirador de las mujeres, y ya por dos veces cumplido y afectuoso marido; pero con su primera mujer se había casado siendo un niño, y enviudó al año; y con María Tudor, como hemos visto, se casó por razones políticas solamente. Doña Isabel de Osorio, que había sido su pública manceba por varios años, y había tenido hijos de ella, estaba ahora retirada en un convento, y, por de contado, ya la había olvidado. La vista de la sorprendente hermosura de la joven francesa parece haber conmovido el corazón de Felipe, hasta aquel grado en que era capaz de sentir (1). Pero aunque la novia era encantadora, y su propia familia agotaba los elogios en su favor, consideróse el matrimonio, por ambas partes, como un acto político de primer orden, si bien, como veremos, fue aún más de lo que se predecía. Era de supremo interés para Felipe tener algún ascendiente en la política francesa, ahora que la amistad de Inglaterra se le negaba; y el tener a su sagacísima hija al lado de Felipe era para el Rey de Francia garantía de que no se había de dar en España paso alguno en contra suya sin su conocimiento, y de que de él dependía la ayuda, o, al menos, la neutralidad de España, si necesitaba habérselas con los protestantes franceses o escoceses, que parecían amenazar las bases de su autoridad. En adelante, la grey católica viviría apartada de la piara protestante en todo el mundo.

Por esto, cuando el severo Duque de Alba, con su séquito de engalanados caballeros fué a París, en 19 de Junio de 1559, a desposar a Isabel por poderes de Felipe, la Corte y la capital, aderezadas con el más espléndido ornato, sintieron gran impresión al saber que aquellas bodas brillantes se destinaban

(1) El obispo de Limoges, escribiendo al cardenal Lorena poco después del desposorio (8 Agosto 1559), dice:

«Nunca príncipe se vió tan encantado con una criatura como éste (Felipe) con la Reina Católica, su mujer. Es imposible encarecer su gozo en los límites de una carta.» L. Paris: *Negociations sous François II.*

a marcar un nuevo rumbo en la política de la Cristiandad. Conducidos por Príncipes de la sangre real de Francia, los españoles y flamencos que representaban a Felipe cabalgaban en lucida comitiva por entre la multitud apiñada y gozosa hacia el Louvre, anunciados por músicas triunfales y recibidos a las puertas por el propio Enrique II y su corte. Apeóse Alba y arrodillóse a los pies del Rey, y cogidos del brazo el apoderado de Felipe y el secular enemigo, entraron en la gran sala, en donde la Reina Catalina y su hija aparecían sentadas, rebosantes de magnificencia y circundadas de sus damas. Al arrodillarse Alba y besarle la orla de su vestido, cuéntase que perdiera ella los colores de su rostro, y levantándose de su asiento, estuvo en pie mientras el Duque leía el mensaje de su señor, y le entregaba un espléndido escriño de joyas, de que le hacía presente. Uno de los regalos era el retrato del novio, hecho en un soberbio broche de diamantes, que Isabel oprimió contra sus labios.

Al día siguiente, 20 de Junio, juntóse en el gran salón del Louvre muchedumbre de príncipes y nobles de Francia, y se verificó la ceremonia de los desposorios, que consistía en dar a Isabel el título de Reina de España, y el jueves 21, desde la madrugada, animó la capital entera la alegría del casamiento. Los franceses y españoles no hablaban de otra cosa que de la hermosura de la novia. El mismo Alba, con lo tétrico que era, no contuvo sus exclamaciones de maravilla por las perfecciones de la nueva Reina, y acertó a ser inspirado como un trovador en los encarecimientos que por carta hacía a Felipe de ella. Isabel, a la verdad, había sido bien aleccionada por su madre, a quien temía y admiraba más que a ninguna otra persona en el mundo. Catalina de Médicis estaba todavía en cierto modo agazapada en la sombra; pues, en rigor, la verdadera Reina era la Duquesa de Valentinois; pero siendo profundamente sagaz, había moldeado excelentemente a su hija predilecta para el papel que debería representar. Isabel misma se daba entera cuenta de la gran posición que estaba destinada

a desempeñar, y se enorgullecía de aquel triunfo, que a nadie más que a ella era debido.

Conducíase en las ceremonias de ensayo con aquella compostura y gracia que comprendía sentar bien a una Reina de España; y según avanzaba llevada de la mano de su padre por el pórtico, suntuosamente adornado, que conducía desde el palacio del obispo a la puerta principal de Nuestra Señora, ofrecía una visión de belleza, realzada con tan pomposa magnificencia, que rara vez se había visto igualada, ni aun cuando el casamiento de su amiga y cuñada María Estuardo, que allí mismo había tenido lugar, no hacía mucho tiempo. La basquiña de Isabel estaba literalmente entretejida de perlas. Ceñía su cuello un collar, del que pendía el retrato de Felipe, y la gran perla periforme que constituía el más precioso tesoro de las joyas reales de España. Su manto, de terciopelo azul, estaba enriquecido con una franja bordada, de un pie de ancho.

La cola de su espléndida falda llevábanla su hermana Claudia, Duquesa de Lorena, y María Estuardo, Reina de Escocia, y, como ella la llamaba en broma, Reina de Inglaterra. Isabel ceñía corona imperial, que, según dicen, despedía de sí una aureola de luz al andar; tal refulgían las joyas de que estaba formada (1). Alba, con manto de oro e insignias reales, representaba a su señor ausente, y en nombre de él fue desposado por el Cardenal de Borbón. Parece, en verdad, que en aquella ocasión se llegó al límite de la esplendidez, porque Francia y España, eternas enemigas, trataron de deslumbrarse mutuamente, derrochando magnificencias.

No fueron tampoco escasos los piques y manifestaciones de altanería, porque venía a ser esto el triunfo de la casa de Lorena, y el bonachón Duque de Guisa y sus hermanos no se tomaron el trabajo de disimular su engreimiento, mientras los príncipes de la casa de Borbón, los Montmorencis y los reformadores estaban llenos de recelos, porque comprendían que

(1) *Elizabeth de Valois*, por Miss Freer, cit. por Godefroi.

sus enemigos tenían abierto el paso de los Pirineos para recibir ayuda del más poderoso monarca de la tierra. La Reina Catalina, con todo su clericalismo, se sonreía con malicioso gesto, porque no profesaba amor ninguno a la casa de los Guisas. Prosiguiéronse las fiestas por algunos días; mascaradas y banquetes, bailes y torneos, se sucedían sin tregua, con esplendidez que hastiaba, pues otra Princesa de Francia, Margarita, fue desposada en aquel tiempo con el Duque de Saboya, y aquellas dobles nupcias reclamaban doblados festejos.

Pero la flor de estas vistosas fiestas tuvo lugar bajo la sombra de los muros de la Bastilla, casi junto a la puerta de San Antonio, el 30 de Junio. En pomposas tribunas, bajo doseles de seda bordada, estaban sentadas las Reinas de Francia y España, Catalina y su hija predilecta; y las Duquesas de Lorena y Saboya, con la corte más espléndida de la cristiandad, ocupaban sus asientos en toda la extensión de palcos que circuían el campo de la liza, para contemplar el torneo. Aquellos radicales cortesanos, en medio del gozo que revelaban en sus semblantes, y en sus galantes conversaciones con las damas, bien conocían que lo que aquellas fiestas de bodas celebraban realmente, era un acontecimiento político de primera magnitud. Ello predecía la supresión del protestantismo en Escocia por Francia, una guerra con Inglaterra, y la demolición de la Reforma en Francia misma y en Flandes; porque en lo sucesivo no había de existir funesta rivalidad entre Felipe y su nuevo suegro, y aquel suceso erigía a los Guisas en dueños de Francia.

Pero nadie hubiera augurado que el golpe que iba a poner en movimiento todos estos acontecimientos iba a ser tan pronto asestado. Enrique II, presuntuoso y envanecido por su indiscutible superioridad en los deportes caballerescos, cabalgaba por la liza en disforme corcel de guerra, adornado, como el jinete, con divisas blancas y negras cruzadas con medias lunas, que eran el emblema de Diana de Poitiers, Duquesa de Valentinois. El Rey de Francia estaba determinado a probar

en presencia de los grandes de España que él, por su parte, no era, como era su rey Felipe, caballero por las exterioridades y títulos, sino por esfuerzo propio, y así empezó a justar victoriosamente con príncipes y nobles hasta que la claridad del día fue acabándose. Catalina, deseando dar fin a tan peligroso juego, envió recado de la tribuna para pedir a su marido que no contendiese más por aquel día. Enrique sonrió con desprecio por tan tímido consejo. Estaba comprometido a justar una vez más con el caballero franco-escocés Montgomerie, Sieur de L'Orge. Al primer encuentro, la lanza de Montgomerie se llevó por delante la visera del Rey; los hierros se rompieron con la fuerza del golpe, y una larga y aguda astilla penetró en un ojo y en el cerebro de Enrique de Valois, que al cabo de tres días murió.

Toda la situación política cambió en un día. El nuevo Rey, Francisco, y su mujer, María Estuardo, no eran ya niños, y los tíos de la joven Reina, los Guisas, habrían de dominar en Francia, si no querían ser tiranizados por Catalina en su propio país. A ella se le iba a presentar ahora la ocasión, o estaba ya presente. Había consentido sin murmurar, por espacio de varios años, que la amiga del Rey tuviera el cetro; mas si lograba hacer una coalición de todos los enemigos de los Guisas, vendría a ser Catalina soberana en Francia. No se podía pensar en utilizar la alianza de España con el solo objeto de destruir el protestantismo, pues esto, en parte, equivalía a dar favor a los Guisas; pero si por la diplomacia y los esfuerzos de su hija se podría atraer la ayuda de España para defender sus intereses personales, no podría menos de triunfar de sus enemigos. Necesitaba, como veremos, consumada habilidad y marrullería, y a la postre no tuvo éxito, pues Felipe, naturalmente, propendía a simpatizar con los Guisas, enemigos declarados de la Reforma, aunque se dejara influir también por su mujer.

De esta suerte, la misión que incumbía a Isabel de Valois al casarse con Felipe había cambiado en un momento por ins-

trumento de la fatal lanza de Montgomerie, y se convirtió, de misión nacional y religiosa, en personal y política, pues era Felipe hombre difícil para ser manejado por otros; lo que él había pretendido era la neutralidad de Francia para sofocar la herejía, y no tenía interés ninguno en favorecer los planes de una italiana ambiciosa a quien detestaba; aunque al principio existía precisamente un elemento que le inducía a poner buena cara a Catalina, por muy dudosa que fuera la ortodoxia de esta mujer. Y es que la Reina de Escocia y Francia era la heredera de Inglaterra dentro del partido católico, y los Guisas estaban ya disponiéndose a utilizar la fuerza de Francia para despojar a Isabel en favor de su sobrina. Esto Felipe no podía consentirlo; más le convenía una Inglaterra protestante que una Inglaterra francesa; de esta manera se sobreponían nuevamente los intereses nacionales a los religiosos, y antes de que la tinta con que se firmó el tratado de Cateau Cambresis estuviera seca, el espíritu que lo informó estaba tan muerto como el Rey que lo había concebido.

Cuando llegaron a Felipe las nuevas de la muerte de Enrique II, seguía en Gante suspirando por volver a su amada España, y lleno de ansiedad más que nunca, porque la detestada herejía levantaba cabeza tan pronto como él estaba ausente. A sus súbditos de Holanda era menester enseñarles también sumisión. Isabel de Inglaterra se portaba de modo ostensible insolentemente con él, y si España aflojaba en la ortodoxia, podía tener su pleito por perdido. Su más apremiante necesidad, en consecuencia, era, por el momento, conservar intacta la alianza con Francia para el propósito que tenía en su mente, mientras restringía la actividad de los Guisas en Inglaterra a favor de su sobrina María Estuardo. Al principio marchaba todo a maravilla. Los Montmorencis y los príncipes de Borbón fueron destituídos de su poder político; el partido ultracatólico gozaba del predominio, y aun la misma Reina madre, Catalina, laboraba en aparente armonía con los Guisas. Pero para asentar firmemente su mano sobre Francia, nece-

sitaba Felipe tener a su lado lo más pronto posible a su joven esposa. Seguía Isabel en riguroso retiro, a causa del luto, al lado de su madre, y Felipe la instaba incesantemente a que apresurara el viaje para ir con él, cuando en Julio el Embajador francés, el Obispo de Limoges, del partido de los Guisas, dijo al impaciente esposo que la Princesa sólo aguardaba ya las instrucciones de Felipe para comenzar el viaje hacia la frontera española.

Como de costumbre, estudió y discutió Felipe hasta el más mínimo pormenor, con su Consejo en Gante, la elección de confesor para la Reina, la escrupulosa etiqueta que había de emplearse para la recepción de Isabel en territorio español, y además de esto, el número de franceses que habían de formar la comitiva, el total de bagajes que ella y el séquito deberían llevar, y hasta la manera exacta de cumplimentar ella a los españoles que fueran a recibirla. El 3 de Agosto escribió Felipe, desde Gante, al Cardenal Arzobispo de Burgos, para que se dispusiera con su hermano, el Duque del Infantado, a marchar a la frontera para recibir a la nueva Reina tan pronto como él llegara a España. Pero la partida de Isabel no pudo aparejarse tan presto. Había de prepararse un ajuar prodigioso, tan enorme, por cierto, que causó desaliento en los servidores españoles que tenían a su cargo su conducción a través de los Pirineos y por ásperos caminos de España; también a Catalina repugnaba dejar marchar a su hija sin aleccionarla de todo en la nueva tarea que había de desempeñar en España, e hizo insistencia porque aguardara a la coronación de su hermano Francisco II, que había de tener lugar en Reims hacía mediados de Setiembre.

Felipe, siempre impaciente por la llegada de su esposa, llegó a España embarcado el 8 de Setiembre de 1559, y señaló su arribo con el gran auto de fe de Valladolid, con que pareció querer indicar a Europa que la herejía empezaría a ser exterminada en los dominios del Rey católico. Henchido de trascendentales planes religiosos, porque le era necesario si quería

asegurarse de Francia, le era más que nunca indispensable la presencia de Isabel, y así despachó en Octubre un enviado especial, el Conde de Buendía, a Francia para pedir que la Reina se pusiera luego en camino: «Primeramente, por el ferviente deseo de Su Majestad de ver y tener a la Reina católica en su reino lo más pronto posible, y así pedía a su cuñado el Rey Cristianísimo y a la Reina Catalina para que arreglaran todo de manera que la Reina, en cualquier caso, partiera y estuviera en Bayona a fines de Noviembre» (1). Y aun escribió el Rey, para el mismo efecto, otra carta a Isabel misma, y ella, en contestación, prometió por el Embajador francés en España no dilatar más su partida.

Pero siguieron semanas y semanas, y la esposa no venía. Llegaban a ella espléndidos presentes y amables mensajes de parte de Felipe, a que respondían cariñosas cartas de Isabel y su madre. Mas ya la intriga había encizañado la corte francesa, y Catalina intentó obtener promesas de Felipe de que la ayudaría en contra de aquellos que, según decía, alborotaban el reino de su hijo. Buscábanse toda clase de pretextos de retener a Isabel, mientras Felipe no soltara la promesa que de él se requería. Encontráronle no más que cortés, y, al fin, ya muy entrado el invierno (17 Diciembre), Isabel, con su madre y hermano y un gran séquito de cortesanos, dejaron a Blois para emprender su largo viaje al Mediodía. La servidumbre de la nueva Reina, designada por su madre, era en extremo numerosa, a pesar de las advertencias de los agentes de Felipe de que no se le consentiría permanecer en España. Tres príncipes de la casa de Borbón: Antonio, Duque de Vendôme, marido de Juana Albrit, Reina titular de Navarra; su hermano el cardenal de Borbón, y el príncipe de Roche sur Yon, habían de acompañarla a la frontera, que era buen pretexto para sacarlos de París, y dos Princesas de Borbón, la Condesa de Harcour

(1) *Documentos Inéditos*, vol. III. Felipe a Francisco II, desde Valladolid.

(Madame de Rieux) y su sobrina Ana de Borbón, irían con ella a España.

Todos estos grandes personajes y docenas de otros menos importantes que completaban las listas de servidumbre y trenes de bagajes, se requerían para aquel viaje, hartamente largo y fastidioso, a causa de la nieve de los caminos; aunque se había prevenido la mayor dificultad tocante al transporte de la enorme impedimenta que necesitaban Isabel y sus damas, pues se envió mucho por mar, y llegó a España después de largo tiempo, con gran disgusto de las damas, que a toda costa querían presentarse en las ceremonias de la corte magníficamente aderezadas. La novia desfallecía según se iba acercando el momento de decir adiós a su madre. Amaba a Francia fervientemente, con pasión que no disminuyó hasta el último momento de su vida, y el pueblo francés la recompensaba de ello con su afecto. A lo largo de los caminos, hasta llegar a Chatellerault, se detenían las muchedumbres llorosas, invocando bendiciones para aquel ángel que iba a ser sacrificado en el ara de la paz. Francia y España habían estado en guerra durante varias generaciones: el porte altivo y frío de Felipe, que tan mala impresión había producido a los flamencos, era igualmente desagradable para los franceses, y los cuentos que circulaban sobre la sombría rigidez de su corte monástica llenaban de pavor el corazón de la bella joven.

Permanecieron algunos días madre e hija en Chatellerault, con el sinsabor de tener que despedirse; mas al fin, en 29 de Noviembre, ya no se dilató más la partida, y con el más profundo quebranto se separaron madre e hija llorando sin consuelo. Habíase iniciado Isabel en la escuela poética en que cantó Ronsard, y no había cortesano que no supiese rimar sus cuitas. De esto dió durante toda su vida innúmeras pruebas María Estuardo, y aconteció otro tanto a Isabel. Ella y su madre se habían cambiado cartas poéticas durante la temporada del luto, y continuaron haciéndolo en lo sucesivo; en su viaje solitario desde Chatellerault, se consolaba Isabel dictando una

carta en verso para su madre, de quien acababa de separarse. Como poesía, deja bastante que desear. El poema es muy largo para poderse citar entero: en él, parangona la escritora el deseo de ver a su marido con el amor natural, incomparablemente mayor que siente por su madre, de quien dice es para ella padre, madre y marido todo junto. La epístola termina así:

«Tantost je sens mon œil plorer puis ryre,
 Mais la fin est toujours d'estre martyre,
 Qui durera sans prendre fin ne cesse,
 Jusques à tant que je reprenne adresse
 Pour retourner vers vous en diligence:
 Lors oblyant la trop facheuse absence
 Je recevrai la joye et le plaisir,
 Et joyrez de mon parfait desir
 D'ensemble veoir père mère et mari» (1).

El siguiente día trajo a Isabel un poema semejante, de adioses desconsoladores de su madre, y algunos versos realmente poéticos de María Estuardo, entre los cuales se leen éstos:

«Les pleurs font mal au cœur joyeux et sain,
 Mais au dolent, ils servent quasi de pain:
 Car si le mal par les pleurs n'est allegé
 A tout moins il en est soulagé.»

Proseguía la luenga cabalgata lentamente su camino por las tierras nevadas de la Francia. Interminables cuestiones de etiqueta, motivadas por la soberbia y celotipia de ambos lados, daban ocupación a los oficiales franceses y españoles mientras tanto. Felipe, como de costumbre, paraba atención en el más mínimo detalle. El altivo Cardenal Mendoza se oponía a dar precedencia al Rey de Navarra, pues no era Rey en

(1) Bibliothèque Nationale, «Fonds François», núm. 7.237, donde hay una colección considerable de poemas de la madre y de la hija sin publicar aún. Miss Frere cita algunos versos de Catalina a Isabel, pero no los precedentes.

rigor, y el Dux de Venecia mismo había cedido siempre su lugar al Cardenal. «El Príncipe de Roche sur Yon puede ser llamado «señoría», porque es de sangre real; pero no puede tener más privilegios que un Embajador en España.» La condesa de Ureña, que sería camarera de Isabel y era dama ensoberbecida con la intimidad de Felipe, se asignaría a la compañía de la Reina para decidir sobre todos los puntos de etiqueta femenil; y López de Guzmán, nombrado Mayordomo mayor de Isabel, había de prevenir todo lo concerniente al servicio de mesa, con arreglo al ceremonial español. Al Cardenal Mendoza se le ordenó que fuera él quien se adelantara el primero a saludar humildemente a la Reina, y a su hermano el Duque se acercara a besar su mano, aunque ella mostrara resistencia. Todas las mañanas iría el Cardenal a visitarla, y ella había de recibirle en pie y ordenar que trajeran un sillón para él, en que se sentaría mientras ella permanecería de pie durante la visita. El Duque del Infantado, jefe de los Mendozas, sería el único a quien recibiría la Reina en pie, la primera vez que fuera a visitarla, y a él se le habría de poner un escabel tapizado de terciopelo rojo; mas se prevenía al Duque que este privilegio era duradero hasta que acabase el viaje, y cesaría tan pronto como la Reina se juntara con su marido (1). Y así sucesivamente se habían ido estudiando todos los pormenores, teniendo en cuenta los distintos grados de la jerarquía cortesana, lo cual de suyo era bastante para aterrorizar el ánimo de una joven de quince años que había pasado su vida en la placentera corte poética de su padre.

Cruel ironía fue la de enviar al ilusorio Rey consorte de Navarra, Antonio de Borbón, a hacer entrega de la consorte francesa al efectivo Rey de Navarra, en la frontera del reducido reino montañoso, y si aceptó esta misión, probablemente fue sólo con la esperanza de que en las interminables negociaciones pendientes se le adjudicase alguna compensación, como

(1) *Documentos inéditos*, vol. III.

la del título de Rey de Cerdeña, pues la ocasión se prestaba. Felipe mantuvo las ilusiones del pobre fatuo en tanto que a él le convino, pero sin la más remota intención de satisfacer a la Casa de Navarra. Cuando llegó la comitiva de la Reina por entre profundas barranqueras nevadas a la población fronteriza de San Juan de Pie de Puerto, en el último día del 1559, y se dejaron la Francia tras sí, Antonio y los demás Borbones estuvieron alerta, por si atisbaban algún rumor sobre lo que podían esperar de los españoles en el asunto mentado. El cambio de acompañamiento de la Reina por la enviada de parte de Felipe había de verificarse en un lugar emplazado entre San Juan y el pueblecillo español de Roncesvalles; pero la inclemencia del tiempo, con la abundancia de nieve, hizo imposible llegar al lugar convenido; y durante tres días, Isabel y su séquito se vieron bloqueados por el temporal en San Juan. Por primera vez vistió a la usanza española y recibió algunos servidores de esta nación. El 3 de Enero de 1560 volvió grupas hacia la frontera, porque no quería entrar en su nuevo reino en litera, y de este modo, con un verdadero ejército de sirvientes y de bagaje, hubo de caminar por aquellos agrestes caminos del valle de Valcarlos en España.

El frío era intenso, y por los altos caminos de las sierras soplaban furiosamente los ventisqueros; mas ella avanzó animosamente para poder ganar el refugio de la iglesia de Nuestra Señora de Roncesvalles. Fue esto buena determinación para los franceses, y Antonio de Borbón no hubiera pasado la frontera antes si no hubiera sido por la insistencia de Isabel y la imposibilidad de llevar adelante el programa ceremonioso de hacer entrega de la Reina en un paraje de los Pirineos, en medio de un espantoso temporal de nieve. No pensaba ir más allá de Roncesvalles ni aunque fueran dos leguas, distancia a que estaba el Espinal, en donde se alojaban el Cardenal y el Duque con toda su comitiva. A las puertas del monasterio de Agustinos, donde el Rey de Navarra ayudó a apearse a la ateri-da Reina, se presentaron, además del Prior y otras dignidades,

un grupo de nobles españoles que habían ido a caballo desde Espinal para saludar por cuenta propia a su nueva Reina; acabadas las ceremonias religiosas y rezos en la iglesia lindamente decorada, aquellos nobles, con su servidumbre, estuvieron a punto de venir a las manos con los de la comitiva francesa. Al dejar Isabel la iglesia para entrar en el aposento que se había prevenido para ella en el monasterio, los españoles, celosos de que en su propio país sólo franceses asistieran a la Reina, se agruparon sin orden de nadie en torno de ella y hubieron menester de separarlos de allí a la fuerza (1).

Dominaban los recelos y suspicacias en ambas partes. Se había convenido tras de mucho engorro cortesanal, que la transferencia de la Reina a la comitiva española había de hacerse precisamente en un lugar situado entre Roncesvalles y el Espinal; Antonio se opuso, haciendo del mal tiempo una excusa—razonable por cierto,—para excitar a los españoles a llegar a Roncesvalles antes que exponer a la Reina y a ellos a verificar una larga ceremoniá a campo raso sobre la nieve acumulada a una altura de tres pies. Pero el del Infantado, turbado ante la idea de que a él y a su hermano se les exigiera dar un paso más que a los franceses, se negó. Alegó sus razones Antonio, pero en vano; y así pasó Isabel en aquel monasterio del valle pirenaico dos días más, esperando a que cediera la terquedad de uno u otro. Por fin, perdió la paciencia. Tenía tan a pecho como nadie la honra francesa, pero comprendía que el éxito de su misión dependería de si sabía ganarse los afectos de los españoles, por lo que mandó el 5 de Enero llamar al de Navarra, y le dijo que su intención era ir al lugar convenido para la transferencia. Los nobles franceses se enojaron, y en un principio pensaron en retornar, pero Isabel, con

(1) La relación del viaje de Isabel y su recibimiento se ha sacado, en su mayor parte, de relatos hechos por testigos oculares que entran en la correspondencia publicada por L. M. Paris en sus *Negociations sous François II*.

ser tan joven, supo mostrarse imperiosa e insistió, y entre torrentes de agua y nieve con las ropas del ceremonial enlodadas, se disponía ya a partir la gran comitiva, cuando llega la grata noticia del Espinal de que el Duque y el Cardenal se habían apaciguado y estaban ya en camino de Roncesvalles para obedecer, según decían, a la voluntad de la Reina.

Siguióse a esto enorme confusión, porque casi todo el bagaje, con colgaduras, guarniciones y aderezos, había sido embalado y gran parte había sido expedido ya, especialmente los mejores vestidos y adornos de la multitud de damas que acompañaba a Isabel, cosas destinadas a usarse un solo día. La luz iba acabándose en el desapacible día de invierno en que el Cardenal Mendoza y su hermano, precedidos de sesenta nobles españoles galanamente vestidos, subían en filas al salón iluminado por las antorchas; al fondo se alzaba un dosel bajo el cual se aparecía el Cardenal de Borbón rodeado de nobles y eclesiásticos franceses. Bajo un pabellón blasonado con los lises de Francia, se cambiaron los poderes de los emisarios, leyéndose los textos alusivos; y luego, con gran prodigalidad de saludos atildados y ceremoniosos, fueron conducidos los nobles españoles a una sala en que aparecía sobre un trono Isabel acompañada del rey Antonio y las dos damas de la casa de Borbón. Aquel lugar, emplazado en un monasterio solitario era poco adecuado para ceremonias de corte; y los españoles, tan solícitos por presentar sus homenajes a su nueva Reina, pronto perdieron toda conveniencia y en precipitada multitud llenaron la sala, tratando cada español de ocupar el mejor sitio y desalojando rudamente al francés que lo viniera ocupando, y aun a las mismas damas francesas, hasta que no quedaron más que ellos solos.

Isabel permaneció serena y digna, determinada a no decir nada que pudiera ofender a los españoles; pero cuando se adelantaron los Mendozas y se verificó el cambio de escolta, y en pie recibió sus saludos, se pintó de palidez su rostro. Durante los interminables discursos que acompañaron la ceremonia de

la transferencia siguió tranquila, hasta que el de Navarra hizo entrega de la custodia de la Reina a los españoles, diciendo: «Esta Princesa, que yo he tomado de la casa del Rey más grande de la tierra, va a ser entregada al más ilustre Soberano de ella.» Dicho esto, los Príncipes de Borbón se adelantaron para arrodillarse ante ella y decirle adiós; la fuerza de Isabel se debilitó y comenzó a llorar amargamente. El Cardenal Mendoza, para aprovecharse de la circunstancia, se adelantó y cantó el versículo *Audi filia et vide et inclina aurem tuam*, a que respondió cantando otro sacerdote español: *Obliviscere populum tuum, et domum patris tui*. Isabel amaba a su pueblo y el hogar de sus padres tiernamente; y ahora había de ir, casi niña, a pasar el resto de su vida entre extranjeros que habían sido los enemigos de su Casa durante tantas generaciones, para casarse con un hombre a quien nunca había visto, pero del que había oído contar tanto mal. Al cantar el sacerdote las palabras del versículo, parecíale oír a la quebrantada doncella la sentencia de su condenación, y anegada en llanto, se echó en brazos de Antonio de Navarra y de su hermano. Tomóla de la mano suavemente el Duque del Infantado, y la reprendió cariñosamente de que tal libertad usara una Reina de España con el Duque de Vendôme. En medio de su pena, replicó ella con agudeza que si así lo hacía era por orden de su hermano y como Princesa de sangre real, y según la usanza de aquella nación a que hasta entonces había pertenecido (1). Y sin dejar de llorar la bellísima doncella, fué conducida a la litera española que aguardándole estaba, y empezaron a caminar, siempre nevando, al són de infinitas trompetas y clarines, hasta llegar al mísero pueblo de Burguete, donde habían de pasar la noche; allí reposó bien, provista de ropas de camas, colgaduras, hachas, alimentos y delicadezas que en-

(1) *Negociations sous François II*, pág. 173.

viaron los franceses para abastecer aquellas pobres jornadas(1).

No hay aquí espacio para seguir a la Reina paso a paso, por su nuevo reino, hasta juntarse con su marido. Aumentaron los celos y acritudes entre los franceses que aún siguieron acompañando a la Reina, y los cortesanos españoles. En Pamplona, donde la compañía pasó tres días, Isabel hechizó los corazones de todos con su gracia y belleza, al pasar entre la muchedumbre, apiñada en el trayecto desde la Catedral al Palacio Real, en que había de alojarse. En lo alto de la escalinata estaba una dama de cincuenta años, altiva y seca en apariencia, pero por entonces toda sonrisas con que acompañaba el acto de besarle la mano y entregarle una carta del Rey Felipe. Era la Condesa de Ureña, hermana de los Alburquerque y Toledos, y una de las señoras más ilustres de España, a la que Felipe había elegido para que sirviera de guía, consejera y amiga a su nueva consorte. Miró con ceño a las dos Princesas de Borbón, que tenía obligación de saludar. Al partir de Pamplona, después de tres días de regocijos, Isabel, con ánimo de obsequiar a la Condesa, le ofreció un sitio en su propia litera. Pensó tal vez que no lo aceptaría; pero precisamente se parecía por encontrar una ocasión en que mostrar su precedencia con respecto a las otras; tan luego como la comitiva se puso en movimiento, los lacayos de la de Ureña echaron violentamente a un lado el equipaje de la primogénita de Borbón, Madame de Rieux, y de la sobrina soltera, y pusieron el de la Condesa en su lugar. Resultó de ello, como es natural, una pendencia, y el apelar a la Reina, que decidió tranquilamente en favor de la sangre real de Francia, hasta que el Rey Felipe mismo diera sus órdenes, lo que él hizo con arreglo al dictamen de su esposa, colocando a la Condesa entre Madame de Rieux y la sobrina. Pero la altiva dama guardó en el fondo del alma la memoria del menosprecio, y no pocas horas de sinsabores acarreó a Isabel este incidente.

(1) Más necesidad sentían de estos regalos, según se dice, las pobres doncellas de honor, cuyo bagaje y camas se habían extraviado.

Puede decirse que ahora comenzaba la vida de la joven Reina en España, y ya había mostrado tacto y diplomacia extraordinarios para una mujer de quince años. Su ascendiente sobre el afecto de los españoles fue irresistible desde el primer día, debiéndose, en parte, claro es, a su gran belleza y dulzura, mas también a su pronta adaptabilidad y respeto a las costumbres españolas.

Desde su niñez había estudiado el español, y a las muy pocas semanas de su entrada lo hablaba fácilmente. Pero nunca olvidó su país ni su lengua. «A los franceses hablaba siempre francés»—escribía Brantôme,—y no se permitió nunca interrumpir su uso, leyendo siempre en francés los libros más bellos que se producían en Francia, que tenía gran empeño en poseer. A los españoles y a los otros extranjeros hablaba en español correctísimamente. En suma, era la princesa en todo perfecta, y además, tan espléndida y generosa como nunca otra se vió. Nunca llevaba un vestido dos veces, sino que después de haberlo puesto una vez, lo daba a sus damas, y Dios sabe cuán ricos y espléndidos eran; tan ricos y soberbios, en verdad, que el menos bueno había costado sus trescientos o cuatrocientos escudos, pues el Rey su esposo se mostraba con ella sumamente pródigo en estas cosas. Cada día tenía el suyo, como me contó a mí su propio sastre, que llegó allí pobre y fue luego riquísimo, como lo he visto yo con mis propios ojos. Eran las ropas de Isabel magníficas y le sentaban a maravilla; entre otros vestidos, sobresalían unos con mangas acuchilladas con lazos, y su tocado correspondía tan bien, que no había más que pedir. Los que la veían en pintura, quedaban pasmados; pensad ahora cómo quedarían los que la veían cara a cara con aquella su dulzura y gentileza... Cuando iba fuera, o a la iglesia, o a los conventos, o bien a los jardines, era tal el concurso de gente que se reunía para contemplarla, que era punto menos que imposible poder andar, y cierto, se tenía por dichoso el que tras mucho trabajo podía decir: «Yo he visto a la Reina.» Nunca hubo Reina tan amada en España, ni aun la

misma Reina Isabel la Católica. La gente la llamaba la Reina de la paz y de la bondad, y nuestros franceses la llamaban *Rama de Oliva* (1).

Aguardaba Felipe en Guadalajara, ciudad de los Mendozas, la llegada de su prometida, con toda impaciencia. Desde Toledo había ido con él su hermana Juana, desolada en su viudez, y al saber, en fin de Enero de 1560, que la comitiva de la Reina se aproximaba, se hizo saber que el Rey gustaba de que se hicieran esfuerzos especiales para que la ciudad recibiera dignamente a su novia. Entre floridos bosquetes artificiales, que retenían cautivos multitud de pájaros y otros animales; por entre hileras de cabañuelas lindamente adornadas, en que se encontraba abundancia de provisiones, para que sin gasto pudieran refrigerarse los de la comitiva, y entre una calle de personajes principales arrodillados, vestidos de terciopelo carmesí y raso blanco, y un concurso de gente embelesada, entró Isabel en la ciudad, teniendo a sus lados al Cardenal Mendoza y al Duque del Infantado.

A la puerta del renombrado palacio de los Mendozas, en que Felipe se alojaba, estaba la Princesa Juana, que hizo acción de arrodillarse y le besó en la franja de su vestido; luego la condujeron por la mano al amplio zaguán, en cuyo fondo habían alzado un suntuoso altar. Ante él, en silla de oro, estaba sentado el esposo de Isabel, grave de aspecto, aún más de lo que requerían sus treinta y tres años. Saludó a su novia ceremoniosamente, y terminada la misa se llevó a efecto el casamiento, bendiciéndolo el Cardenal Mendoza.

La impaciencia de Felipe porque Isabel viniera había sido más política que personal, pues necesitaba, ante todo, estar seguro de Francia, y en un principio hubo poca cordialidad entre los recién casados. La primera tarde, estando los soberanos presenciando la corrida de toros y los juegos de cañas que se celebraban en la gran plaza de Guadalajara para festejar las bodas,

(1) Brantôme: *Dames illustres*.

E. M.—Octubre 1914.

la aterrada joven miraba tan fijamente al rostro de su marido, que éste se disgustó, y, volviéndose a ella, le dijo con amabilidad: «¿Cómo así me miráis? ¿Es para ver si tengo el pelo entrecano?» (1). Durante las fiestas monótonas que siguieron, pareció que el matrimonio no prometía buenas consecuencias. Era Isabel muchacha sin formar, inexperta, y le agobiaba con pesadumbre la misión que su madre le había confiado. En torno suyo rugían incesantes rivalidades, no sólo entre la Condesa de Ureña y las damas francesas, sino entre éstas mismas, y fue menester toda la autoridad de Catalina de Médicis y el temor que inspiraba a su hija para mantenerse Isabel en el justo medio entre las facciones que se peleaban.

Las cartas que se cambiaron entre ellas manifiestan cuán absoluto era el dominio que al principio ejercía Catalina sobre su hija, dominio que más tarde fue substituído en vasta proporción por el de Felipe. Isabel, en las riñas de sus damas francesas, se había inclinado en favor de Madame Vimeux, contra Madame de Clermont; y, como niña, había hecho amistades con algunas de sus doncellas francesas más jóvenes. Sobre este asunto le escribía la madre: «Parece muy mal, en la posición que ocupáis, dar a entender que sois una niña todavía, pues dais mucha importancia a las doncellas en presencia de la gente. Cuando estéis sola en vuestras habitaciones, podéis entreteneros y jugar con ellas cuanto os plazca; pero ante la gente habéis de reverenciar a vuestra prima (2) y a Madame de Clermont. Hablad con ellas y haced caso de lo que os digan, porque ambas son de juicio, y otra cosa no buscan que vuestro honor y bienestar; en cuanto a esas otras muchachuelas, nada os pueden enseñar, como no sean necedades e inconveniencias. Así que, haced lo que os digo, si queréis dejarme

(1) Brantôme dice que oyó esto de una de las damas de compañía de Isabel, que estaba presente.

(2) Ana de Borbón Montpensier.

contenta y que os tenga amor, y demostrarme que me amáis como es debido» (1).

De Guadalajara pasaron Felipe y su consorte a Toledo, para completar las fiestas y presentar a su hijo Don Carlos a las Cortes y recibir su vasallaje como heredero de la corona de Castilla. La capital recibió a la Reina con pompa inusitada, y acabada la recepción pública se retiró Isabel a sus habitaciones con sus doncellas favoritas francesas, que, por divertirla, bailaron delante de ella. Pronto la Reina, contenta y animada, se levantó y danzó varias veces. Advirtieron algunas de las damas de más edad que el color de su cara era más encendido que de ordinario, instruídas como estaban por Catalina que vigilaran atentamente por su preciosa salud. A la mañana siguiente, halló Felipe que su joven esposa tenía fiebre, y pronto se manifestó como causa la viruela.

Hasta entonces, Felipe no había usado demostraciones particulares de afecto para con su esposa, y ella no había superado el terror que la inspiraba. Pero aquella enfermedad peligrosa le consternó, así como a la madre: uno y otro estaban determinados a servirse de ella para mantener mutuo ascendiente, y su muerte amenazaba ser de efectos desastrosos para entrambos; pero, aparte de ello, la madre estaba tiernamente prendada de Isabel, y Felipe empezaba a amarla como no había amado a persona en el mundo, excepto, años después, a su hija mayor, por recuerdo de ella. A todo escape se enviaron correos de Toledo a París y de París a Toledo, a saber noticias diarias de los progresos de la enfermedad. Ni el temor por la propia salud, ni los consejos de sus cortesanos pudieron persuadir a Felipe a separarse del lado de la enferma, y durante muchos días, en los procesos más peligrosos del mal, siempre estuvo junto a ella. Catalina casi puede decirse que lo estaba también, a causa de la ansiedad. Todo dependía para ella de la influencia que supiera ganar la hija sobre su mari-

(1) *Négociations sous François II*, pág. 706.

do, y para Felipe era ya tan necesaria la belleza de Isabel como su misma vida. Se vió que el mal era leve, y pronto estuvo la paciente fuera de cuidado. Catalina no dejaba de acusar a las damas de servicio con preguntas y más preguntas, y con innumerables consejos para hacer desaparecer las huellas de la enfermedad. Entre los muchos remedios que mandó, parece, según cuenta Brantôme, que el que dió decisivo resultado, haciendo desaparecer los estragos que en su belleza había hecho la viruela, fue aplicar clara fresca de huevo en los puntos de la piel. Aunque Isabel estuvo pronto fuera de peligro, su convalecencia fue larga y fastidiosa; los muchos pormenores que nos revelan las confidencias de Catalina y Clermont sobre las condiciones físicas de la Reina, pormenores de tal franqueza que rayan en la indecencia a veces, nos hacen ver cómo iba aumentando el interés de Catalina por atraerse la simpatía del yerno para sostenerse a sí misma en aquella guerra de intereses que iba comenzando a desgarrar a Francia.

Las irregularidades de que tan frecuentemente daba cuenta Madame Clermont sobre la salud de Isabel, parecen haber sugerido a la madre que aquel desorden provenía de la espantosa enfermedad que había heredado de su abuelo Francisco I. Catalina, con este motivo, asaeteaba a la hija con reprensiones, estimulándola a la circunspección, y lo hacía en forma que Isabel llegó a temblar de terror cuando abría alguna de las cartas de su madre (1). «Recordad—escribía—cuanto os he dicho antes de separarnos. Bien presente tendréis cuán necesario es que ninguno se entere de la enfermedad que os domina; si vuestro marido lo supiera, no querría acercárseos más» (2). Francia había abandonado casi todas las otras preocupaciones en la paz de Cateau Cambresis, a fin de obtener la ayuda de España contra la reforma religiosa, y a Catalina le parecía que su hija podía ser instrumento decisivo en todo caso. Dependía

(1) Brantôme: *Dames illustres*.

(2) *Négociations sous François II*.

ello de que supiese cautivar a su experto marido y guiarle a su acomodo. Cierto es que Felipe ahora estaba enamorado de ella, mas lo es también que su política se basaba en un principio inconmovible, a saber: no dejarse dominar nunca por afectos personales; e Isabel era tan incapaz de moverle como todos los demás que lo intentaran.

Catalina había estimulado particularmente a su hija a que usase de todas sus artes para estrechar más íntimamente la alianza entre España y Francia, efectuando el matrimonio de su hermana Margarita (1) con Don Carlos, o por lo menos, oponerse resueltamente al casamiento con una prima austriaca, y, aun si fuera necesario, consentir que se casara con su tía Juana. Cuando fué Isabel a Toledo, vió por primera vez al heredero de Felipe. Era, con pocos meses de diferencia, de la misma edad que ella, cojo, epiléptico, semiidiota, vicioso y discolo. Cuando se acercó a su madrastra por vez primera, estaba él pálido y minado por fiebre intermitente, y se notó que ella le acariciaba más de aquello a que estaba acostumbrado, pues nunca había conocido madre. A aquel muchacho, lleno de pasiones y mal acondicionado, se le había dicho un año antes que aquella joven hermosa sería su mujer, y ahora, al verla esposa de su padre, a quien temía y odiaba, sintió su corazón lleno de hiel. Durante la enfermedad y convalecencia de la Reina no dejó él de preguntar solícitamente por su salud. Cuando estuvo bien y le fue dable volver a hacer la vida de familia, solía ella hablar con él y agasajarle. Fue ésta, probablemente, la única influencia femenil que conoció, pues su tía Juana, viuda, por quien alternativamente sentía repugnancia o adoración, era una beata mística y malhumorada, con bastante edad para poder ser su madre; al paso que Isabel, no sólo era de su edad y bella, con los atractivos de las francesas,

(1) Era esta Margarita de Valois la Reina Margot, que después se casó con Enrique IV el Bearnés, en la víspera de San Bartolomé, y fue luego abandonada por él.

sino que, además, ponía empeño, para favorecer los proyectos de su madre, en utilizar todos sus encantos para captarse su voluntad.

La historia romántica, que nos la presenta enamorada de aquel pobre enfermizo, hay que desecharla como falta de fundamento; pero sí es probable que sus hechizos, sumándose con los celos y aborrecimiento al padre, motivaran en él enamoramiento. Las cartas que Isabel escribía a su madre en aquel tiempo, hablan siempre de Felipe como de un esposo afectuosísimo, y de Don Carlos sólo con lástima por su desdichada salud, y Catalina, en sus respuestas, insiste constantemente en predisponer a su hijastro al casamiento con Margarita: «Seréis la más desgraciada del mundo si vuestro marido muere y el Príncipe (Don Carlos) tiene por mujer otra que no sea vuestra hermana Margarita.» Por desventura, no pudo el joven disimular su pasión extravagante por su madrastra, y bien pronto las damas francesas hacían guiños y movimientos significativos que comentaban la novela que estaba pasando ante sus ojos, que Isabel probablemente apenas si comprendía.

Más necesitada que nunca se vió Catalina de utilizar su poder personal en España al ocurrir la muerte de Francisco II, en Noviembre de 1560. No había ya temor de que Francia estuviera de nuevo en guerra por la causa de María Estuardo; pero, en cambio, esta Reina viuda podía casarse ahora con Don Carlos y llegar a ser, por los esfuerzos de los católicos ingleses, Reina de la Gran Bretaña, con lo que Francia quedaba de nuevo aislada (1). El Cardenal Lorena y María misma trabajaron vigorosamente por este casamiento; pero aunque Felipe nada dijera en pro ni en contra, Carlos era, y él lo sabía, inepto para el matrimonio. Contestando a las constantes excitaciones de Catalina para persuadir a Carlos de que se casara con Margarita, Isabel repetidas veces le aseguraba que ella ponía de

(1) Pormenores de estas intrigas se pueden leer en la obra de Martín Hume *The Love Affairs of Mary Queen of Scots*.

su parte cuanto podía, y parece haber hecho una especie de alianza con su tía Juana para que se encargara ella de proseguir el negocio si la causa del matrimonio con Margarita resultaba imposible.

La hermana de Felipe, mujer de Maximiliano y heredera del Imperio, escribió a Isabel a principios de 1561, pidiéndola su ayuda para la propuesta que entonces vivamente le hacía el Embajador imperial de casar a Carlos con una de sus primas austriacas, la Archiduquesa Ana (1). Isabel, dando noticia de esto a su madre, le decía que había enseñado la carta a la Princesa Juana, que había recibido también una semejante, y que claramente le había manifestado, enojada, que este plan iba directamente contra ella. En esto convenía Isabel: «He hablado con el Rey sobre el asunto, diciéndole que la Reina de Bohemia había hecho una excepción (antes de que las pretensiones en favor de su hija fueran dadas a conocer), y yo hago dos, a saber: en primer término, mi hermana, y en segundo, la Princesa (Juana). Ha contestado él, que su hijo era todavía tan joven y de tales condiciones, que había tiempo por delante para pensar en ello, aunque el Príncipe está ahora libre de su quartana» (2). Al Embajador imperial insinuó Felipe que la enfermedad de su hijo, tanto de cuerpo como de espíritu, le incapacitaban para tratar seriamente de matrimonio; pero Catalina no se dejaba convencer fácilmente, y su hija la secundaba decididamente.

La Reina madre, al enviar su propio retrato y el de su hijo el nuevo Rey de Francia, Carlos IX, a su hija, incluía en el pliego una miniatura de Margarita; una de las doncellas de Isabel da testimonio de la alegría que experimentó Isabel al contemplar la pintura de su queridísima hermana, y dice que, después de haber recitado sus oraciones en la iglesia, se retiró a su aposento y allí las volvió a rezar delante del retrato de

(1) Casó ésta después con Felipe mismo, siendo su cuarta mujer.

(2) *Négociations sous François II.*

su madre. Cuando se desenvolvieron los preciosos retratos estaba presente la Princesa Juana, que no dejó de admirarlos, e incontinenti entró Don Carlos. Preguntáronle: «¿Quién es la más linda?» Y él, naturalmente, contestó: La *chiquita* (1). A lo que una de las damas quiso sacar miga diciendo: «Sí, es cierto; pues la más a proposito para vos.» A esto prorrumpió él en risas (2). Isabel escribió gozosa a su madre que a Carlos había agradado el retrato de Margarita, y que había repetido tres o cuatro veces, riendo, que «la chiquita era la más guapa, si era parecida al retrato»; a esto aseguraba Isabel que estaba *bien faite*, y la officiosa Madame Clermont añadía por su cuenta que haría buena esposa para él, a lo que el muchacho, aunque afectado, no replicó. Felipe también debió decir, para agrandar a su mujer, que el retrato de su hermana era muy bello; pero lo que pudo muy luego advertirse es que durante estas intrigas, ya tan públicas, empezó a rendir ostensibles muestras de atención a su hermana Juana, cuyo matrimonio con Don Carlos le ofrecía siempre coyuntura para deshacer otras combinaciones matrimoniales que no fueran de su agrado.

Estableciéronse ahora las más tiernas relaciones entre Felipe y su consorte; y aunque habitualmente estaba plenamente entregado a las ocupaciones del gobierno, hasta en sus más mínimos pormenores, no era el de la vida de Isabel insignificante para él. Los dos hijos de Maximiliano, Rey de Romanos, el futuro Emperador, y María, la hermana de Felipe, fueron llevados a la Corte de España; y aunque seriamente dedicados a sus estudios, se les permitía ir a ver a Isabel y a sus damas, por las tardes, para danzar y jugar a su gusto. Carlos también aprovechaba cuantas ocasiones se le ofrecían para hacer compañía a su madrastra, y el ilustre joven Don Juan de Austria, entre-hermano de Felipe, y Alejandro Farnese, su sobrino, hacían frecuentes visitas, rebosando todos ellos de

(1) En español, en el texto.

(2) *Négociations sous François II.*

vida juvenil, excepto el infeliz Carlos, consumido por la fiebre, entristecido su desvariado espíritu con inquieto amor y despecho impotente.

El verano de 1561 trajo las esperanzas de que la Reina iba a colmar uno de los más caros deseos de su marido, haciéndole padre de otro hijo, siendo la alegría del Rey infinita a tal perspectiva. Hizo construir una silla de manos, de plata maciza, para llevar en ella a su mujer a Madrid, y la sofocaba a obsequios. Mas, por desgracia de Isabel, las esperanzas eran engañosas, y Felipe empleó toda clase de solícitas atenciones para consolarla de su disgusto. «Il avait toute la peine de la consoler et lui tenir beaucoup plus privée et plus ordinaire compagnie que n'avait jamais fait, de manière qu'il n'a été que bon que tous deux ayent eu cette opinion. Il me fit l'honneur de me prier que je l'allasse consoler et lui dire qu'elle lui volust donner ce contentement et plaisir de ne s'enfacher, et mesme quand on seroit a Madrid, que ma femme le lui allast aussi dire, et user de tous ses bons offices qu'elle sçavoit bien faire en son endroit. Elle est aujourd'hui, Madame, en tel estat pres du roy son mari, que Votre Majesté et tous ce qui aiment son bien et sommes affectionés a son service, en devront remercier Dieu» (1).

En medio de esta vida feliz y bien entonada en España, la joven Reina, con la mayor prudencia, hacía cuanto estaba a su alcance para obedecer a su madre y servir a Francia, que siempre le había inspirado afecto; pero era inevitable que, con el correr del tiempo, la influencia de su marido sobre ella fuera en aumento y adquiriera cierto interés más exclusivamente español en los asuntos. La muerte del joven Francisco II y la caída de los Guisas había hecho la amistad entre Francia y España más difícil que nunca, porque las profundas divisiones religiosas en Francia imponían la posibilidad de usar el poder

(1) Carta del Embajador francés en España a Catalina de Médicis, citada en la *Vie d'Elisabeth de Valois*, por el Marqués du Prat.

nacional, como se había previsto en la Paz de Cateau Cambresis, para destruir la herejía en dondequiera que retoñara; mientras que ahora, la retadora amistad de Catalina con los Borbones y el partido de la Reforma, mediante lo cual esperaba contrabalancear a los Guisas, enojaba profundamente a Felipe, su yerno. Felipe, sin embargo, estaba entonces lleno de ahogos: sus propios holandeses se agitaban en la revuelta; había sufrido tremenda derrota, inferida por los turcos, en la costa de Túnez (Febrero de 1560), y el poder cristiano en el Mediterráneo ya no dominaba sin rival. Isabel de Inglaterra estaba también más obstinada que nunca en sus simpatías con la política anticatólica, ahora que la fuerza del partido hugonote en Francia desterraba el temor de una coalición católica entre su país y España en contra de ella. Por mucho que fuera el mal humor de Felipe, e Isabel aconsejara, según los dictados de la madre, el Rey de España no estaba en disposición de hacer la guerra en Francia, y por algún tiempo le fue forzoso estar en disentiimiento con la suegra. Con lo que, si seguían así las cosas, la paz de Cateau Cambresis había sido un fracaso e Isabel había sido sacrificada inútilmente. Francia y España no podían hacer causa común contra el protestantismo, ni Isabel ganar a Don Carlos para su hermano, ni hacer de su astuto marido instrumento para los planes de la madre, a pesar de lo muy enamorado que estaba de su hermosura y juventud.

En lo tocante al matrimonio de Carlos, Isabel prosiguió infatigablemente en su porfía, pero el príncipe estaba ahora más empeorado que nunca. En la primavera de 1562, de estudiante en Alcalá, al bajar por una escalera oscura para recibir una cita secreta, se cayó y se abrió la cabeza. Felipe y su mujer estaban en Madrid cuando recibieron la noticia, y el Rey, a toda prisa, se puso en camino, viajando aquella misma noche lleno de ansiedad por su hijo. Hallóle sin sentido y con parálisis parcial. Los médicos, ignorantes en grado inconcebible, le trataron de modo tal, que en nuestros días sus remedios nos parecen otros tantos asesinatos. Purgas, sangrías, unturas, exor-

cismos... y para postre, metieron en el lecho del paciente, que no había recobrado el sentido, la momia del santo Fray Diego. Todo en vano, hasta que, por fin, un cirujano de Italia se atrevió a efectuar la operación de separarle el hueso del cráneo, que se le había hundido en los sesos, y Don Carlos recobró el conocimiento. Pero si hasta entonces había sido semi-idiota, resultó después de este accidente con una manía homicida que á intervalos le salteaba. El príncipe mismo y los que le rodeaban atribuyeron su mejoría a la momia del fraile, y se ofreció, en reconocimiento del milagro, dar cuatro veces el peso en oro del paciente. Cuando se le pesó para este fin, se halló que, con tener diez y siete años, no pesaba más que setenta libras.

Pero sin importarles que Don Carlos fuera enclenque o vicioso, no le dejaron de la mano Isabel y su madre, por un lado; por otro, los austriacos y la Princesa Juana, su tía, como candidato permanente de que podía disponer Felipe para desvirtuar las pretensiones de los otros. Apenas había pasado el accidente de Carlos cuando la misma Isabel se puso tan enferma, que pareció iba a morir. Cuando ya los médicos la desahuciaron (Agosto 1562), envió Felipe al Duque de Alba con un largo mensaje para el embajador francés, del que éste sacó también copia para Catalina. Empieza su carta diciendo que la Reina era verdaderamente un lazo de unión para la paz, puesto que ella «possède le roi son mari, et cet aujourd'hui en toute privauté et autorité avec lui». El mensaje era para advertir que siempre había sido ley que las Reinas de España, cuando estaban enfermas, dictasen sus últimas disposiciones con tiempo. Respecto al grande amor y extremo afecto que Felipe sentía por su mujer, no permitía que ella hablase en tan grave situación como era aquélla, para que no se abatiese o alarmase. Porque tenía, por cierto, muy buenas razones para amarla tiernamente y dedicarle todo cuidado, y que si llegaba a fallecer con este motivo, podría decir que aquélla sería la pesadumbre mayor de su vida y la que más agudamente traspasaría su corazón, viendo las espléndidas virtudes y preclaras

cualidades de que su esposa estaba adornada; mas puesto que los médicos decían que había llegado a tal extremo su salud, que ya no había que pensar en que se prolongara su vida (1), sentía que su amor por ella y su tristeza por su fallecimiento se encontraran enfrente del deber que ella tenía por su posición y fama de hacer pública su última voluntad. Aseguraba al embajador francés que su amistad para con su cuñado y con su madre no habían de disminuir por la muerte de Isabel, y proponía que ella dejase los dos tercios de su hacienda a la madre, y el resto se empleara en obras piadosas y en galardonar a su numerosísima servidumbre (2). Esta carta es de gran interés para demostrar cuánto amaba y respetaba Felipe a su joven esposa, y todo atestigua que según avanzaba el tiempo,

(1) Hablando de esta enfermedad, escribe circunstanciadamente Brantôme:

«Elle tomba malade en telle extrémité qu'elle fut abandonnée des medecins. Sur quoy il y eut un certain petit medecin italien qui pourtant n'avoit grande vogue a la cour, qui se presentant au roy, dit que, si on le vouloit laisser faire, il la gueriroit, ce que le roy permit: aussi estoit elle morte. Il entreprend et luy donne une médecine, qu'après l'avoir prise on luy vit tout a coup monter miraculeusement la couleur au visage et reprendre son parler et puis après sa convalescence. Et cependant toute la cour et tout le peuple d'Espagne rompaient les chemins de processions, d'allées et venues qu'ils fasoient aux eglises et aux hôpitaux pour sa Santé, les uns en chemise les autres nuds pieds, nues testes, offrans offrandes, prières, oraisons et intercessions a Dieu par jeusnes, macerations de corps et autres telles saintes et bonnes devotions pour sa Santé.»

Brantôme llegó a España poco después de la curación de Isabel, y describe con vivacidad la alegría y gratitud de la gente por la convalecencia. La vió, dice, por primera vez en su coche ir a dar gracias a la Virgen de Guadalupe, y asegura que le pareció más bella que nunca, según se asomaba a la portezuela del carruaje para saludar al pueblo. Iba vestida de raso blanco con guarnición de plata, y el semblante descubierto. «Mais je crois que jamais rien ne fut veu si beau que cette reine, comme pris l'hardiosse de luy dire.»—(*Dames Illustres.*)

(2) L'Aubépine a Catharine. *Bibliothèque Nationale*, impresa en un apéndice del libro de Du Prat, *Elizabeth de Valois*.

aumentaba el afecto de entrambos, aunque en torno suyo, todas las cosas de su vida pública y privada estuvieran henchidas de amargura y zozobra. Don Carlos iba siendo cada vez más insolente, sin que se le diera ya nada de la decencia y el respeto, y más que una falta de Isabel parecía atemorizar al Rey la desgracia de un matrimonio sin hijos.

Pero la fuente de más poderosas inquietudes para Isabel era en este período ver cuán terrible azote estaba castigando a su país. La primera guerra de religión en Francia había terminado con la muerte de Guisa y de Antonio de Navarra, y la promulgación del enfático edicto de Ambois que diera Catalina, concediendo tolerancia a los hugonotes en ciertas ciudades. Fue este golpe tremendo para Felipe y su causa; intentó pararlo a su manera con la ayuda del partido de Guisa. Juana de Albret y su hijo (después Enrique IV) se habían retirado a llorar la muerte de Antonio en su castillo de Pau. Enrique era el heredero de la corona de Francia después de los hijos de Catalina, y su madre era rígida calvinista; así que el partido católico proyectó secuestrar, con ayuda de Felipe, a Juana d'Albret, Reina de Navarra, y al hijo de sus esperanzas para prevenir el peligro de que un hugonote llegara a ser Rey de Francia. Trazóse todo para el golpe de mano cuando el principal conspirador, el capitán Dimanche, cayó enfermo en una ruin hostería de Madrid. Isabel había tenido siempre costumbre de allegar buena información sobre todos los hechos de agitación entre sus compatriotas en España, y habiendo oído de sus criados que un francés estaba enfermo y desamparado, lo hizo traer desde su posada a la casa de uno de sus servidores, para que fuera asistido en forma por sus propios médicos. Dimanche, en el curso de su enfermedad, divulgó el asunto de su conspiración al huésped, que, aunque católico, oyó con notable desagrado el plan perverso, y se lo contó a un alto oficial, y después a Isabel, de quien sabía era amiga afectuosa de Juana d'Albret. La Reina oyó el relato horrorizada, y clamó con lágrimas en los ojos: «No permita Dios que tal crimen

se cometa.» Y pronto salió un correo confidencial a todo galope a llevar las noticias de Isabel a su madre, de cómo el partido católico y España tramaban conspiración para arruinar la casa de Navarra y trastornar el equilibrio de Francia. Advertidas así por Isabel, Juana d'Albret y su hijo escaparon de Pau hacia el corazón de Francia.

Quizá Felipe no supo nunca que Isabel había echado por tierra un proyecto que tanto prometía; pero que la intervención de ella no fue debida a simpatía por el Protestantismo, lo prueba bien a las claras las cosas que después hizo. Su catolicismo era, por cierto, más español que francés por su carácter, y que su astuta madre llamara a sus conciliábulos gentes de dudosa ortodoxia, teníalo, según parece, por cosa francamente abominable, aunque por breve tiempo después de la primera guerra de los hugonotes, se había esforzado Catalina por obtener una apariencia de armonía entre las dos grandes facciones francesas. Pero Condé, jefe de los Borbones, después de la muerte de Antonio, estaba exacerbado y arrogante, y en desavenencia personal con Catalina. El Cardenal Lorena volvió a Francia desde el concilio de Trento, a principios de 1564, sediento de vengar el asesinato de Guisa, su hermano, y pronto toda la corte francesa hervía en intrigas.

Isabel escribió a su madre una carta extraordinaria en esta ocasión (en el verano de 1564), inspirada evidentemente por Felipe, y que constituía parte de las intrigas de Lorena para atraerse a Catalina al partido ultracatólico «Si queréis—escribía—que los franceses vivan como buenos católicos, no hay nada que pidiéndolo a mi marido se os niegue. El os suplica que no hagáis causa común con la mala gente, sino que la castigéis severamente. Si os asusta su número..., podéis contar con nosotros, y os daremos cuanto poseemos, y ejércitos para defender la religión. Si vos misma no castigáis a esas personas, no os ofendáis de que el Rey, mi marido, escuche las demandas de los que su ayuda requieren para propugnar la fe, y les dé cuanto soliciten. Está obligado, por cierto, a hacerlo así, por-

que le corresponde más que a ningún otro. Si Francia se convierte al luteranismo, Flandes y España no se quedarán muy atrás» (1). Y así, en todas las páginas de tan larga epístola, Isabel continúa excitando a su madre a que aplaste a los hugonotes de una vez para siempre. Catalina gustaba de la intriga y de los caminos tortuosos; y, aunque no entraba en su plan tener un partido solamente en Francia, temía menos a los Guisas, ahora que el Duque había muerto, e indudablemente le parecía estar en la mejor sazón para, estrechando amistad con España, efectuar el matrimonio de su hija Margarita con don Carlos, y obtener alguna ventaja por el matrimonio, o por cualquier otro medio para su hijo entrañable Enrique (el Duque de Orleans).

El efecto de la acción del Cardenal Lorena dejóse sentir muy pronto en el largo camino que del Norte al Mediodía de Francia emprendieron Carlos IX y su madre. Catalina había intentado, ya desde la muerte de Francisco II, arreglar una entrevista con Felipe II, y hacerle experimentar su influencia personal, sin que él mostrase repugnancia a discutir sobre el objeto de ellos; pero ahora que la corte de Francia, manejada por Lorena, iba a visitar el Sur, parecióle que algo se ganaría con llevar a efecto, cuando menos, lo que en el tratado de Cateau Cambresis se había dejado de cumplir. La corte salió de París en la primavera de 1564, y en Nancy se sometieron por primera vez las líneas generales del plan de Lorena para formar una Liga Católica que obtuviera la supresión de la herejía. No era el Rey más que un muchacho, y, según parece, se alarmó a la idea de aquel plan; pero entretanto, se llevaban a toda prisa las negociaciones para inducir a Felipe y a su esposa a entrevistarse con Catalina, cuando se acercaba a la frontera acompañada de su hijo. El embajador francés en España era resuelto partidario de los Guisas y trabajaba infatigablemente

(1) Isabel a Catalina. Bibliothèque Nationale, núm. 39. Impresa en el Apéndice de la obra *Elizabeth de Valois*, de Du Prat.

por que se llevara a cabo la conferencia, lo que hacía Isabel también, que quería entrañablemente a sus allegados y anhelaba abrazar a su madre de nuevo. Felipe tenía afán por que se consiguiera la formación de una Liga Católica; pero desconfiaba de Catalina, y después de muchas negociaciones consintió en la ida de Isabel hasta Bayona para que abrazara a su madre; mas la negociación política fue confiada por entero al Duque de Alba.

No sentía Felipe entusiasmo, pues sabía que Catalina iba rodeada de «políticos», y estaba resuelto a que no se pudiera decir que le habían engañado, si no sabía nada de aquella negociación. Decía que no quería hacer gastos en aquella ocasión ni que se hicieran vestidos de oro y plata, ni por unos ni por otros. La Reina había de guardar la más estricta etiqueta aun en la propia comunicación con su madre y hermano. Salió ella de Madrid con gran séquito de cortesanos, en Abril de 1565, llevando poderes de su marido para ratificar los acuerdos que el Duque de Alba había preparado. Estos acuerdos pueden verse en el memorial que dió Felipe al Duque para su gobierno (1). El objeto propuesto era una Liga en que cada parte había de comprometerse a emplear toda su fuerza y recursos para sostener la ortodoxia católica; a no permitir tolerancia alguna a ninguna otra religión, en público ni en privado, y a expulsar a toda persona no católica de sus reinos en término de cinco meses, bajo pena de muerte y confiscación de sus bienes; a publicar y dar fuerza a las decisiones del Concilio de Trento; a purificar todos los oficios, gobiernos y empleo de toda sospecha de herejía, y a privar de sus dignidades, títulos y autoridad a toda persona que no fuera firmemente adicta a la fe.

Con esta misión fatal caminó Isabel lentamente hacia el Norte, pasando por Burgos en la primavera de 1565. Tenía en su comitiva más de sesenta nobles españoles, acompañados de

(1) Archives Nationales, Paris C. K. 1.393, citado en la Introducción al *Spanish Calendar of Elizabeth*, editado por Martín Hume.

sus respectivos servidores bizarramente engalanados. Y, a pesar de las órdenes de Felipe por lo que tocaba a la ostentación de trajes que fue obedecida, no faltaron valiosos atavíos. En el 14 de Mayo, con un calor tan excesivo, que murieron a causa de él muchos soldados, Catalina y su hijo, con la corte francesa, caminaban al romper el día saliendo de San Juan de Luz hacia el pequeño río del Bidasoa, que separa a España de Francia. Por espacio de dos horas aguardó la comitiva real descansando bajo una verde fronda de la ribera, mientras la gente española al servicio de los bagajes hacia pasar a éstos en lanchas por el río. A punto de ponerse el sol, las trompetas de los heraldos anunciaban la llegada de la Reina de España. Desde el antiguo castillo de Irún podía verse la procesión real descendiendo el collado que domina la orilla y la litera en que llevaban a la Reina. Catalina entonces entró en un bote preparado al efecto, y los veloces remos la llevaron a la orilla española, en el momento preciso en que Isabel llegaba a ella. Ambas Reinas estaban fuera de sí con la alegría. Isabel se inclinó a besar la rodilla de su madre; pero ella la levantó y la besó tiernamente una y mil veces, y luego, vencidas por la emoción, rompieron las dos en llanto de irreprimible gozo, que no cesó hasta que el bote que las conducía las dejó en la opuesta orilla, en donde Carlos IX las esperaba entre el estruendo de los disparos de mosquetería que las saludaban (1).

No hay para qué entretenerse en dar cuenta de los vistosos regocijos, torneos, comedias, bailes y banquetes que siguieron en San Juan de Luz y Bayona; el esplendor con que cada Corte trataba de deslumbrar a la otra, y las graves conferencias políticas habidas entre el Duque de Alba y los Ministros de Catalina; pero lo que no puede omitirse es la interesantísima pintura que hace Brantôme, testigo ocular, de Isabel misma, en aquella memorable entrevista: «Al entrar en Bayona cabal-

(1) Bibliothèque Nationale, Colbert, vol. 140. *Bref discours de l'arrivée de la Reine d'Espagne à St. Jehan de Luz.*

gaba en una hacanea muy soberbia y ricamente enjaezada, con cubierta completamente guarnecida de un bordado de perlas, que había pertenecido a la Emperatriz y solía llevar en altas ceremonias de Corte cuando entraba en las ciudades. Decíase ser su valor de cien mil escudos y aun más. Iba arrogantísima en su caballo, y era un placer contemplarla, pues era tan amable y tan dulce, que a todo el mundo embelesaba. Ordenósenos a todos que la fuéramos a buscar y a acompañarla... y más graciosa estuvo cuando nos contestó a nuestros saludos dándonos las gracias de una manera encantadora. Conmigo en especial, fue bondadosa y cordial, porque yo me había despedido de ella en España hacía cuatro meses, y me impresionó sobre manera que ella así quisiera favorecerme más que a los otros... Mostróse también familiar con las damas y doncellas de la Corte, lo mismo cabalmente que cuando era soltera, y pidió noticias sobre los ausentes o que se habían casado; y sobre los que habían venido a la Corte, desde que ella salió de Francia, también hizo muchas preguntas.»

En las discusiones con los ministros políticos, pudo vencerse Catalina, como ya probablemente lo había previsto desde un principio, de que lanzarla enteramente en los brazos del partido extremo católico como Felipe deseaba, sería desastroso para ella y quizá también para el trono de su hijo. Pero no le convenía ponerse a mal con su poderoso yerno o enviar a su hija, sin haber hecho nada, a Madrid, después de tanta entrevista convocada al són de trompetas de los heraldos; así que, habiendo firmado un convenio que, al parecer, unía a España y Francia para una acción religiosa común, tuvo buen cuidado de dejar cantidad suficiente de cabos sin atar para hallar, en caso necesario, una malla por donde escapar. Cuando volvió a París, pronto empezó a suscitar dificultades sobre la ratificación, y escribió al Embajador en Madrid (Fourquevault): «Je lui dis que en faisant ces mariages, et donnant quelque état à mon fils d'Orleans, qu'il nous falloit tous joindre ensemble: c'est à savoir le Pape, l'Empereur, et ces deux vois, les Alle-

mands et autres que l'on avisera: et que le roi mon fils n'était pas sans moyens pour aider de sa part, à ce que serait avisé quand les dits mariages servient faits, et la dite ligue conclüe.» Vese aquí que ella ponía tantas condiciones para hacer imposible del todo la formación de la Liga. No sólo la hija Margarita había de casarse con Carlos, y su hijo Enrique con una hija del Emperador, y dotado de un Estado independiente, sino que habían de coligarse todas las demás potencias católicas antes de que Francia se comprometiese a hacer algo.

Es cierto que el poder de los hugonotes y de los nobles «políticos» en Francia, la antigua rivalidad entre ésta y España, juntamente con las persecuciones de la Inquisición contra los residentes y forasteros franceses en España y el degüello que el año siguiente se hizo de los expedicionarios franceses a la Florida, hacían impracticable la cooperación sincera de los dos países para tal Liga (1); y aunque se salvaron las apariencias en Bayona, pudo Felipe reconocer claramente, al volver a abrazar a su mujer, que el asunto de la Liga católica era un sueño. «Je ne fis qu'arriver hier (escribe el Embajador francés a Catalina después del regreso de Isabel), de baiser la main de la Reine, la quelle j'ai trouvée si joieuse et contente de la bonne venue du roy son mari; et de la demonstration de la bonne affection et amitié qu'il lui fait.» Aunque el afecto personal entre marido y mujer no era empañado por ninguna nube, es seguro, sin embargo, que los resultados políticos del matrimonio fueron insignificantes. Isabel lidió bravamente por obtener alguna satisfacción al ultraje de los franceses en la Florida, más sin éxito; Coligny, con gran indignación de Felipe, se iba ha-

(1) Se admite comúnmente (y entre otros, el P. Flórez en *Reinas Católicas*), que el asesinato de San Bartolomé en París, siete años más tarde (1572), fue deliberado en esta conferencia. Sin embargo, no hay nada que lo pruebe. Felipe y los españoles alabaron exageradamente esta enormidad, es cierto, pero fueron muchos los años que transcurrieron entre la conferencia de Bayona y la matanza de San Bartolomé para hacer derivar ésta de aquélla.

ciendo cada vez más poderoso en el Gobierno de Francia, y veíase que la segunda guerra de religión sería inevitable, lo que ya hacía calcular dificultades entre Felipe y sus súbditos holandeses, pues todos estaban comprometidos a agruparse para resistirle hasta la muerte.

En medio de tantos sucesos políticos que causaban congoja en el ánimo de Felipe, experimentó el júbilo extraordinario de saber que su esposa, de edad ahora de veintiún años, iba a ser madre probablemente (1). El Rey, como de costumbre, dispuso todo, hasta el más mínimo detalle de «le régime dont elle devoit user pour conduire son fruit a bon port»; y sus demostraciones de cariño y satisfacción hacia su mujer, juntos con el júbilo que del próximo cumplimiento de sus esperanzas se prometía, vencieron por esta vez su congénita frialdad y aire desdenoso aun en presencia de la gente. No sentía menos placer Catalina, porque si la criatura era un varón, el suceso sería de la más alta importancia, en vista de la incapacidad, cada vez mayor, de Don Carlos; y envió también, por M. de Saint-Etienne, un paquete a su hija: «Oú il y a tout plein de recettes, dont elle peut avoir de besoin», y escribió personalmente al médico de su asistencia, instándole a que hiciera uso de aquellos medicamentos que tenía seguridad habían de probar bien a Isabel.

Todos los días se le enviaban noticias por correo de los más mínimos incidentes del estado de la Reina, y Felipe apenas podía separarse de su lado, ocupándose en aquellos menesteres de dirigir toda cosa, que le eran tan caros. Por último, en 1.º de Agosto de 1566 tuvieron una niña en Balsain, junto a Segovia, Felipe e Isabel. Bautizóse a la criatura con el nombre de Isabel, en consideración a la excelsa Reina Católica y a su madre; con el de Clara, por el santo del día, y con el de Eugenia,

(1) Isabel atribuía tal felicidad a sus oraciones ante el cuerpo de San Eugenio que, con mucho trabajo, había conseguido pasar a España, por la resistencia de los fieles franceses. Fué llevado con gran pompa de Saint-Denis a Toledo, en donde recibió culto constante de Isabel.

por agradecimiento al cuerpo de San Eugenio, que había obrado aquel milagro, celebrándose las ceremonias del bautismo no sin piques de rivalidad entre el Arzobispo de Santiago y el Obispo de Segovia, sobre a quién le correspondería el honor de celebrar el Sacramento; fue encargado de hacerlo el Nuncio Cataneo, que fue después Papa con el nombre de Urbano VII. Sin duda que habría sido más satisfactorio para Felipe tener un hijo varón; pero con todo, su alegría y gratitud fueron inmensas; como que el Embajador de Francia, escribiendo a Catalina, dice que le había llevado a él mismo a la cámara de la Reina: «Voulant que je visse la fille qu'il avoit plu Dieu lui donner, de laquelle il est tant aise qu'il ne peut le dissimuler, et l'aime, a ce qu'il dit, pour le présent mieux qu'un fils.» Mantuvo el Rey este profundo afecto por su hija primogénita hasta el día de su muerte; y la famosa Infanta destinada por él para ser Reina de Francia e Inglaterra, llegó a ser, por su voluntad, soberana de Holanda, y heredó del padre, no sólo los antiguos dominios de su casa, sino además las miras, procedimientos y obstinación de Felipe.

La Reina estuvo, al parecer, próxima a morir pocos días después de su alumbramiento; pero tan pronto como su vida estuvo en salvo, se emprendió de nuevo el gran proyecto, tanto tiempo discutido, de un viaje de la Real Familia a Flandes, que se había insurreccionado. Felipe había de partir solo, dejando, según esperaba Catalina, de Regente a su mujer; pero Isabel imploró que se le permitiera acompañar a su marido: «Car vraiment, je serois trop marrie de demeurer par deçá après lui; je ferai ce qui sera en moi qu'il ne m'y laisse point.» Otro había que deseaba no menos ardientemente ir a Flandes con el Rey: Don Carlos, su hijo. Los excesos de frenesí de este mancebo habían llegado a ser más escandalosos que nunca. Proseguía el empeño en conquistarlo, para secundar con su matrimonio los intereses de la casa de Austria y los de la francesa; pero Felipe seguía dejando a un lado suavemente el asunto, pretextando la mala salud del hijo.

El atribulado padre había hecho lo posible para apartar al Príncipe de su vida de violencias y disoluciones. Felipe, por su parte, había sido un hijo excelente, pronto a sacrificar todo por realizar la misión que se le había confiado, y era grande pesadumbre el ver que éste, su hijo de su juventud, escandalizaba sin reparo la corte con la desobediencia e insolencia para con su padre y señor. Como su bisabuela Juana la Loca, vivía el Príncipe en rebeldía constante contra toda autoridad sacra y profana. Su conducta en el Consejo de Estado, donde su padre le había llevado para acostumbrarle a los negocios, ofendía a todos. Al parecer, en un raptó de locura había expresado descaradamente su simpatía a los holandeses, que desafiaban la voluntad de su padre, y había sacado una semipromesa de acompañar al Rey a Flandes. Si el Príncipe había entrado o no en comunicación con los agentes de la rebelión en Flandes, es cosa que no puede asegurarse; pero si tal medio y la ambición de Carlos por obtener la prematura regencia de Flandes, es lo que había en el fondo, siempre tendremos un mero disfraz de la Historia para representar que él simpatizaba seriamente con las oposiciones de la Reforma, algo más de lo que demostró Juana la Loca cuando se mofaba de la misa y de los símbolos sagrados.

En todo caso, Felipe abandonó su intención, si alguna tuvo de ir en persona a los Países Bajos, y decidió enviar al severo Alba con un gran ejército para que hiciese entrar en razón a aquellos testarudos «mendigos». Cuando oyó Carlos esto, y supo que él había de quedarse en España, su furia no tuvo límites. Intentó apuñalar al Duque de Alba mismo, cuando llegaba éste a despedirse; y al hacer las Cortes de Castilla la petición de que el heredero de la corona no saliera de España, Carlos armó escándalo colosal, y amenazó a los diputados con la muerte.

Por este tiempo, otoño de 1567, quedó Isabel encinta otra vez, y se renovaron en Felipe las esperanzas de tener otro hijo varón. Es claro que la gran misión a que él y su padre

habían consagrado sus activísimas vidas, no podían encomendarse sanamente al Príncipe Don Carlos. El Príncipe era insaciable de dinero, que disipaba en vicios; era descarado con su padre, quien tenía en él el designio de escaparse clandestinamente y unirse a los enemigos del Estado; y no hay duda que si el segundo hijo nacía varón, había de ocupar la sucesión en lugar de Don Carlos. Felipe se excedía a sí mismo en tier- nas solicitudes para con su esposa, cuando al fin, en 17 de Octubre de 1567 el hijo que toda Europa esperaba afanosa resultó también una niña.

Desde este punto, la novela de Don Carlos se desarrolla rápidamente. Felipe había sido paciente y sufrido largo tiempo en silencio, con la conducta del hijo; pero últimamente se desesperaba, y su afecto por el heredero se cambió en antipatía y disgusto; especialmente cuando los médicos le aseguraron que sin género de duda su linaje acabaría en Don Carlos (1). El Príncipe, por su parte odiaba a su padre acerbamente, y cansaba a impertinencias a su tía Juana, a quien primeramente amaba, y a sus primas las austriacas, aunque ya estaba formalmente prometido a una de ellas, Ana. La única persona que influía aún sobre él era Isabel: «Il faut semblant de trouver bon tout ce que la Reyne votre fille fait et dit, et n'y a personne qui dispose de lui comme elle, et c'est sans artifice ni feinte, car il ne sçait feindre ni dissimuler» (2).

Llegó la cosa a su colmo al terminar el año 1567. Felipe e Isabel habían ido a pasar la Navidad al palacio, recientemente construído, de El Escorial, cuando Carlos resolvió poner en ejecución su pensamiento, hacía días concebido, de escaparse de España. En 23 de Diciembre susurró al oído de su tío el joven Don Juan de Austria, que necesitaba su ayuda para proveerse de caballos; y Juan, reconociendo lo grave de la si-

(1) El Embajador francés a Catalina, Junio de 1567. *Bibliothèque Nationale*, núm. 220. Du Prat.

(2) Fourquevault a Catalina, *ibid.*

tuación, se puso inmediatamente en camino de El Escorial, recorriendo a galope tal distancia para enterar al Rey. Como en todas sus grandes calamidades, Felipe permaneció con flemma, y aunque tomó sus medidas secretamente para impedir la fuga, no volvió a Madrid hasta el día prefijado, que era el 17 de Enero de 1568. Al día siguiente fué con Carlos a misa; pero no hizo la menor señal de que conociera sus proyectos. Mientras tanto, el Príncipe había intentado matar al mismo Don Juan de Austria; y ya era tiempo que el padre empezara a obrar para prevenir una tragedia mayor, porque Carlos había manifestado a su confesor que sentía un impulso indomable de matar a un hombre.

«¿A quién?»—le había preguntado el confesor.—«Al Rey»—había él replicado.—Decidióse a obrar Felipe enérgicamente de una vez, cuando con Ruy Gómez y otros consejeros de su confianza deliberó lo que había de hacerse. Llegada la noche, cuando el Príncipe dormía, el atribulado padre, acompañado de cinco hombres armados y doce guardias, entró en el aposento, a despecho de los cerrojos y cerraduras, y cuando el Príncipe, alborotado, saltó a buscar sus armas, no las halló. Rabioso y desesperado, intentó estrangularse; pero le sujetaron, y reconociendo que estaba prisionero sin remedio, se revolcaba en la agonía de su pena sollozando: «No estoy loco, no estoy loco, estoy desesperado.»

Desde aquel instante quedó muerto para el mundo, que no le volvió a ver más. Tal posición era humillante para Felipe; pero se defendía él explicando a todas las Cortes que el defecto mental del Príncipe exigía su reclusión. A sus parientes más próximos no ocultaba su amargura. «No es un castigo—escribía;—pluguiera a Dios que lo fuese, porque así tendría término; mas yo no espero ver a mi hijo reintegrado nunca en su salud. He preferido, pues, sacrificar a Dios mi carne y mi sangre, escogiendo antes su servicio y el bien de todos, que cualquier otra consideración humana.» Se hizo una especie de examen o proceso del Príncipe; pero todo lo que en este particu-

lar se ha contado debe ser acogido con reserva. Ciertamente es que se le trataría con excesivo rigor, y que se examinaron minuciosamente en secreto los cargos de traición, conspiración, deslealtad y tal vez herejía. Ni a Isabel ni a su tía Juana se permitió ver a Carlos, y a Don Juan se le impidió hasta llevar luto por su fallecimiento. Según todas las relaciones, la enfermedad del Príncipe avanzó rápidamente, y así tenía que ser en tales circunstancias. Como en otros tiempos Juana la Loca, se pasaba días y días sin tomar alimento, y luego, en cambio, devoraba cosas increíbles, se exponía alternativamente a calores horrorosos o a fríos intolerables, y trató más de una vez de atentar contra su vida. Llegó su fin el 25 de Julio de 1568. La inmensa mayoría de los testimonios hacen ver que murió a consecuencia de sus delirantes extravagancias en la dieta y en la higiene.

Cuando comunicó Torquemada a Catalina la noticia de la muerte del Príncipe, escribía también que la Reina sufría de desmayos y jaquecas; pero que era su deseo que se hicieran considerables manifestaciones de luto en Francia por la muerte de Don Carlos, para mostrar al Rey de España que ellos (los franceses) sentían mucho su pérdida: «Porque los españoles conceden mucha importancia a las apariencias.» Isabel, en mal estado de salud, pues volvía a estar embarazada, sufrió profundamente, pues, de la agitación que sentía en torno de ella. El Embajador francés recordaba gozoso a su madre que la muerte de Don Carlos era ventajosa para ella, y a la Reina alababa su belleza, que con el luto había aumentado en gran manera, y la consolaba con las brillantes esperanzas que prometía el nacimiento de un hijo, que esta vez podía ser varón. Pero el corazón de la Reina estaba conturbado, no ya por Don Carlos, sino por las escenas de horror que inundaban de sangre el territorio de Flandes, bajo el látigo del Duque de Alba. Egmont y Horn habían sido alevosamente sacrificados en Bruselas, Montigny en España, y su propia Francia, tan querida, estaba desgarrada en dos bandos, en fratricida guerra. Era

católica sincera, como Felipe; pero su fe no necesitaba de aquellos asesinatos en masa para afirmarse, que la llenaban de temblor y espanto, y languidecía en aquella atmósfera de tenebrosas maquinaciones que envolvían a Felipe.

Catalina escribía a menudo contestando a las inquietadoras noticias de su hija, alentando sus esperanzas del nacimiento de un hijo que a su tiempo pondría orden en todo; pero Isabel, a sus veintitrés años, había ya perdido su sereno temple de ánimo, y el progreso de su embarazo era el de la enfermedad que la extenuaba. Felipe, como siempre, estaba solícito por su bienestar y dicha; lleno de esperanza también de que naciera un hijo, porque en esto había de consistir el remedio de todo. Las historias mentirosas que largo tiempo después urdió el traidor Antonio Pérez, con habilidad infernal, en su seguro refugio de la casa de Essex, acusando a Felipe de celos de su mujer con Don Carlos, y después con un tal Pozo, apenas si merecen más crédito que la novela sentimental de Saint-Real, titulada *Don Carlos*. Pérez, cuyo único deseo era ennegrecer el nombre de Felipe indeleblemente, para complacer a sus enemigos y los señores que le daban salario en Inglaterra y en Francia, apunta la idea de que Felipe mismo tenía tramado el asesinato de su amada esposa por medio del veneno; pero aun cuando las cartas confidenciales de los amigos de ella que tenía en Francia no rechazaran semejantes imputaciones, el hecho mismo de que no habría nada más desastroso para la política de Felipe que la muerte de Isabel, bastaría a darles un mentís.

Isabel llevaba sufriendo meses de achaques del corazón y de otros trastornos físicos; y en 3 de Octubre de 1568, los remedios violentos que los médicos le administraron provocaron un aborto. La pobre Reina conoció su fin cercano, pues cuando a la madrugada entró Felipe con el corazón traspasado de pena, y se sentó junto a su lecho, ella se despidió de él serenamente, encargándole que cuidara de sus hijas, y conservase amistad con Catalina y con el Rey Carlos IX y recompensase a las damas de su compañía, que le habían servido tan bien: «Con

otras palabras dignas de admiración, propias para desgarrar el corazón de tan buen marido como el Rey era. Él le contestó también tranquilo, pues no creía en la proximidad del fallecimiento, y le prometió hacer cuanto pedía; después de lo cual se retiró a sus habitaciones acongojadísimo, según me han dicho» (1). La moribunda se había confesado y recibido la extremaunción durante la noche, y a las primeras horas de la mañana mandó llamar al Embajador a su habitación: «Nos conoció en seguida, y dijo: ¡Ah Embajador, bien veis que estoy en camino para otro mundo mejor!... Rogad a mi madre y hermano que lleven esta pérdida con paciencia, y que se consuelen con saber que lo que me satisface más que ninguna otra prosperidad de las que en este mundo he gozado, es ir a mi Creador, donde le serviré mejor de lo que aquí puedo. Yo le rogaré que mis hermanos y hermanas vivan muchos días felices, así como mi madre y Carlos mi hermano; y os pido les supliquéis que miren por su reino y no dejen que la herejía arraigue en él. Tomen todos mi muerte con paciencia, pues yo soy muy dichosa.» «¡Oh!—replicó el Embajador principal,—Vuestra Majestad vivirá largo tiempo todavía, para ver a Francia buena y feliz.» «No, no, Embajador—murmuró ella moviendo la cabeza con lánguida sonrisa.—Espero que así sucederá, pero yo no deseo verlo. Prefiero ir y ver lo que muy pronto ver espero.»

Después de muchas y tiernas pláticas sobre su país y la gente de él, la Reina moribunda se despidió de sus paisanos y oró durante algún tiempo con sus directores espirituales: luego cayó en desmayo por diez minutos. Al medio día «abrió repentinamente los ojos, vivos y centelleantes, y me pareció que me quería decir algo más, porque me miraba fijamente» (2); y luego, Isabel de la Paz pasó quietamente a aquel mundo en que su alma gentil mora para siempre. «Dejamos el palacio todos llorando, porque no hay entre la gente de esta ciudad

(1) Fourquevault a Catalina, 3 Octubre 1568. Du Prat.

(2) Ibid.

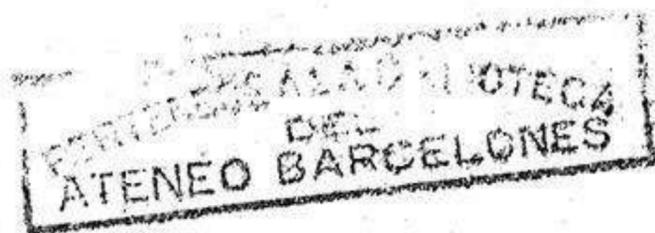
ninguno, grande ni chico, que no la llore, pues todos llevan luto por la mejor Reina que aquí ha habido.» Felipe fué a ocultar su pena lejos del mundo, al monasterio de San Jerónimo; pero su misión en la tierra era mayor aún que su pena y su amor. Las esperanzas de la alianza francesa para extirpar la herejía habían fracasado, fracasado de todo punto. Inglaterra, ayudando a los flamencos rebeldes con todo su poder, había avanzado más y más, alejándose de él. En Francia la Reforma iba en auge, y sólo dos vidas—precarias por cierto—mediaban entre el trono y un rey hugonote. No había heredero varón que se pudiera hacer cargo de la espinosa misión de defender la cristiandad ortodoxa en el universo entero. ¿Adónde volvería Felipe con simpatía sus ojos para buscar la madre del heredero que anhelaba? No a Inglaterra ni a Francia, pues en ambas se había estrellado. ¿Dónde, pues, sino entre su propia familia, en Austria? A su sobrina Ana, la prometida de Don Carlos, ahora muerto. Al cumplirse el segundo aniversario de la muerte de Isabel, Ana de Austria se ponía en camino de España para desposarse con su tío Felipe. Isabel de la Paz, políticamente, había vivido en vano.

LIBRARY OF THE
BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA

MARTÍN HUME

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
<i>La Reina Gobernadora</i> , por Carlos Cambroneró.....	5
<i>Acepciones nuevas</i> , por Juan B. Selva.....	27
<i>La guerra franco-alemana de 1870 y 1871</i> , por el Capitán Tanera	52
<i>Laura de Dianti.—Garcilaso de la Vega</i> , por Carlos Justi.....	120
<i>Las Reinas de la España antigua</i> , por Martín Hume.	156



LIBROS PUBLICADOS

POR

LA ESPAÑA MODERNA

que se hallan de venta en su Administración,
López de Hoyos, 6.—MADRID

N.º del Catál.º	Pesetas	N.º del Catál.º	Pesetas
513-514. Aguanno.—La génesis y la evolución del Derecho civil (Dos tomos).	15	El Cabecilla.	3
176 — La Reforma integral de la legislación civil..	4	12 — El Dandismo y Jorge Brummel.	3
315 Amiel.—Diario íntimo..	9	131 — La Hechizada.	3
574 Andreief.—Los ahorcados	7	120 — Las Diabólicas.	3
178 Anónimo.—¿Académicas?	1	124 — Una historia sin nombre.....	3
179 — Currita Albornoz al P. Luis Coloma.....	1	110 — Venganza de una mujer.....	3
327-328 Antoine.—Curso de Economía Social, 2 vols.	15	495 — Barthelemy - Saint-Hilaire.—Buda y su religión.....	7
180 Arenal.—El Delito colectivo.....	1,50	130 Baudelaire.—Los paraísos artificiales.	3
182 — El Derecho de gracia.	3	163 Becerro de Bengoa.—Trueba.	1
181 — El Visitador del preso.	3	174 Bergeret.—Eugenio Mouton (Merinos)	1
323 Arnó.—Las servidumbres rústicas y urbanas.—Estudio sobre las servidumbres prediales.....	7	552 Berzeviczy.—Beatriz de Aragón, Reina de Hungría.....	7
172 Asensio.—Fernán Caballero.....	1	353 Boccardo.—Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política, para uso especialmente de los Institutos técnicos y de las Escuelas superiores de Comercio.....	10
39 — Martín Alonso Pinzón.	3	311 Boissier.—Cicerón y sus amigos.—Estudio de la sociedad romana del tiempo de César.....	8
184 Asser.—Derecho Internacional privado.	6	380 — La Oposición bajo los Césares.....	7
569-570 — Audinet.—Derecho internacional privado. (Dos tomos).....	12	525 Bouchot.—Historia de la literatura antigua.....	6
368 Bagehot.—La Constitución inglesa.....	7	169 Bourget.—Hipólito Taine	0,50
391 — Leyes científicas del desarrollo de las naciones en sus relaciones con los principios de la selección y de la herencia	4	395 Bréal.—Ensayo de Semántica. (Ciencia de las significaciones)	5
416 Baldwin.—Elementos de Psicología.....	8	447 Bredif.—La Elocuencia política en Grecia.....	7
111 Balzac.—César Birotteau	3	399 Eret Harte.—Bloquea-	
54 — Eugenia Grandet.	3		
112 — La Quiebra de César Birotteau.	3		
62 — Papá Goriot.....	3		
76 — Ursula Mirouet.....	3		
2 Barbey d'Aurevilly.—			

N.º del Catál.º	Pesetas
dos por la nieve.....	2
484 Brooks Adams. —La ley de la civilización y de la decadencia de los pueblos	7
505-526 Bryce. —La República Norteamericana, dos tomos.....	13
556 — El gobierno de los Estados en la República Norteamericana.....	7
558 — Los partidos políticos en los Estados Unidos..	6
367 Bunge. —La Educación..	12
185-186 Burgess. —Ciencia política y Derecho constitucional comparados (<i>dos tomos</i>).....	14
557 Burnouf. —Las religiones, literatura y constitución social de la India	7
547-548 Buylla. —Economía (<i>dos tomos</i>).....	10
533-537-542 Caillaux. —Los Impuestos en Francia, (<i>tres tomos</i>).....	18
520 Cambronero. —Las Cortes de la Revolución... 4	
559 — Crónicas del tiempo de Isabel II.....	7
36-37 Campe. —Historia de América (<i>dos tomos</i>)... 6	
156 Campoamor. —Cánovas. 1	
79 — Doloras, cantares y humoradas.	3
69 — Ternezas y flores.....	3
317-354-371 Carlyle. —La Revolución francesa (<i>tres tomos</i>).....	24
393 — Pasado y presente....	7
102 Caro. —Costumbres literarias.....	3
58 — El pesimismo en el siglo XIX.....	3
65 — El suicidio y la civilización.....	3
363 — La filosofía de Goethe	6
293 Castro. —El libro de los galicismos.....	3
394 Colombey. —Historia anecdótica de El Duelo en todas las épocas y en todos los países.....	6
190-191 Collins. —Resumen de la filosofía de Spencer (<i>dos tomos</i>).....	15
437 Comte. —Principios de Filosofía positiva.....	2

N.º del Catál.º	Pesetas
64 Coppée. —Un idilio.....	3
404 Couperus. —Su Majestad.	3
361 Champcommunale. —La sucesión abintestato en Derecho Internacional privado.....	10
515 Chassay. —Los deberes de la mujer en la familia.	3
40 Cherbuliez. —Amores frágiles.. ..	3
26 — La tema de Juan Tozudo	3
93 — Meta Holdenis.....	3
18 — Mis Rovel.....	3
91 — Paula Meré.....	3
297-298 Darwin. —Viaje de un naturalista alrededor del mundo (<i>dos tomos</i>)..	15
59 Daudet. —Cartas de mi molino.....	3
125 — Cuentos y fantasías..	3
13-14 — Jack (<i>dos tomos</i>)... 6	
46 — Novelas del lunes....	3
540 Delorme. —César y sus contemporáneos.....	6
567 Deploige. —El conflicto de la Moral y de la Sociología.....	7
536 Deschanell. —Lo malo y lo bueno que se ha dicho de las mujeres... 7	
425 Dollinger. —El Pontificado.....	6
166 Dorado. —Concepción Arenal.....	1
33 Dostoyusky. —La novela del presidio.....	3
301 Dowden. —Historia de la literatura francesa.. 9	
402 Dumas. —Actea.....	2
340 Eltzbacher. —El anarquismo, según sus más ilustres representantes. 7	
516 Ellen Key. —El amor y el matrimonio.....	6
342 Ellis Stevens. —La Constitución de los Estados Unidos, estudiada en sus relaciones con la Historia de Inglaterra y de sus colonias.....	4
326 Emerson. —La ley de la vida.....	5
332 — Hombres simbólicos. .	4
413 — Ensayo sobre la naturaleza, seguido de varios discursos.....	3,50
442 — Inglaterra y el carác-	

N.º del Catal.º	Pesetas
ter inglés.....	4
459 — Los veinte ensayos...	7
553 Engels.—Anti-Dühring o revolución de la ciencia, de Eugenio Dühring.....	7
155 Fernández Guerra.—Hartzenbusch.....	1
162 Fernán Flor.—Tamayo..	1
158 — Zorrilla.....	1
92 Ferrán.—Obras completas	3
352 Finot.—Filosofía de la longevidad.....	5
534 Fisher.—Economía política y geométrica.....	8
357 Fitzmaurice - Kelly. — Historia de la Literatura española.....	10
24 Flaubert. — Un corazón sencillo.....	3
390 Flint.—La Filosofía de la Historia en Alemania..	7
196-197 Fouillée. — Historia de la filosofía (<i>dos tomos</i>)	12
195 — La ciencia social contemporánea.....	8
194 — Novísimo concepto del derecho en Alemania, Inglaterra y Francia..	7
451-452— Historia de la filosofía de Platón (<i>dos tomos</i>)	12
554-555 — Compendios de los grandes filósofos (<i>dos tomos</i>).....	12
333 Fournier. — El ingenio en la historia.—Investigaciones y curiosidades acerca de las frases históricas.....	3
198-199 Framarino dei Malatesta.—Lógica de las pruebas en materia criminal (<i>dos tomos</i>).....	15
509 Fromentin.—La pintura en Bélgica y Holanda..	6
302-303 Gabba. — Cuestiones prácticas de Derecho civil moderno (<i>dos tomos</i>)..	15
307 Garnet.—Historia de la Literatura italiana....	9
201 Garofalo. — Indemnización á las víctimas del delito.....	4
200 — La criminología.—Estudio sobre el delito y la teoría de la represión, con un Apéndice	

N.º del Catal.º	Pesetas
sobre los términos del problema penal, por Luis Carelli.....	10
202 — La superstición socialista.....	5
507 — El delito como fenómeno social.....	4
539 — Justicia y Civilización.....	4
98 Gautier.—Bajo las bombas prusianas.....	3
167 — Enrique Heine.....	1
132 — Madama de Girardin y Balzac.....	3
121 — Nerval y Baudelaire..	3
70 Gay.—Los Salones célebres.....	3
345 George. — Protección y librecambio.....	9
421 — Problemas Sociales..	5
261 Giddings.—Principios de Sociología.....	10
414 — Sociología inductiva.	6
485 Girard.—La Elocuencia ática.....	4
546 — El sentimiento religioso en la Literatura griega.....	7
286 Giuriati. — Los errores judiciales.....	7
531 — El Plagio... ..	8
164 Gladstone.—Lord Macaulay.....	1
287 Goethe.—Memorias.....	5
538 Gómez Villafranca.—Indices de <i>La España Moderna</i> , tomos I á 264, formados aplicando el sistema de clasificación bibliográfica decimal..	12
406 Gonblanc.—Historia general de la Literatura.	6
21 Goncourt. — Germinia Lacerteux.....	3
204 — Historia de María Antonieta.....	7
44 — La Elisa.....	3
61 — La Faustín.....	3
318 — Las favoritas de Luis XV.....	6
6 — Querida.....	3
11 — Renata Mauperín...	3
358 — La Du-Barry.....	4
528 — La Clairon.....	6
543 — La mujer en el siglo XVIII.....	5

(Continúa.)